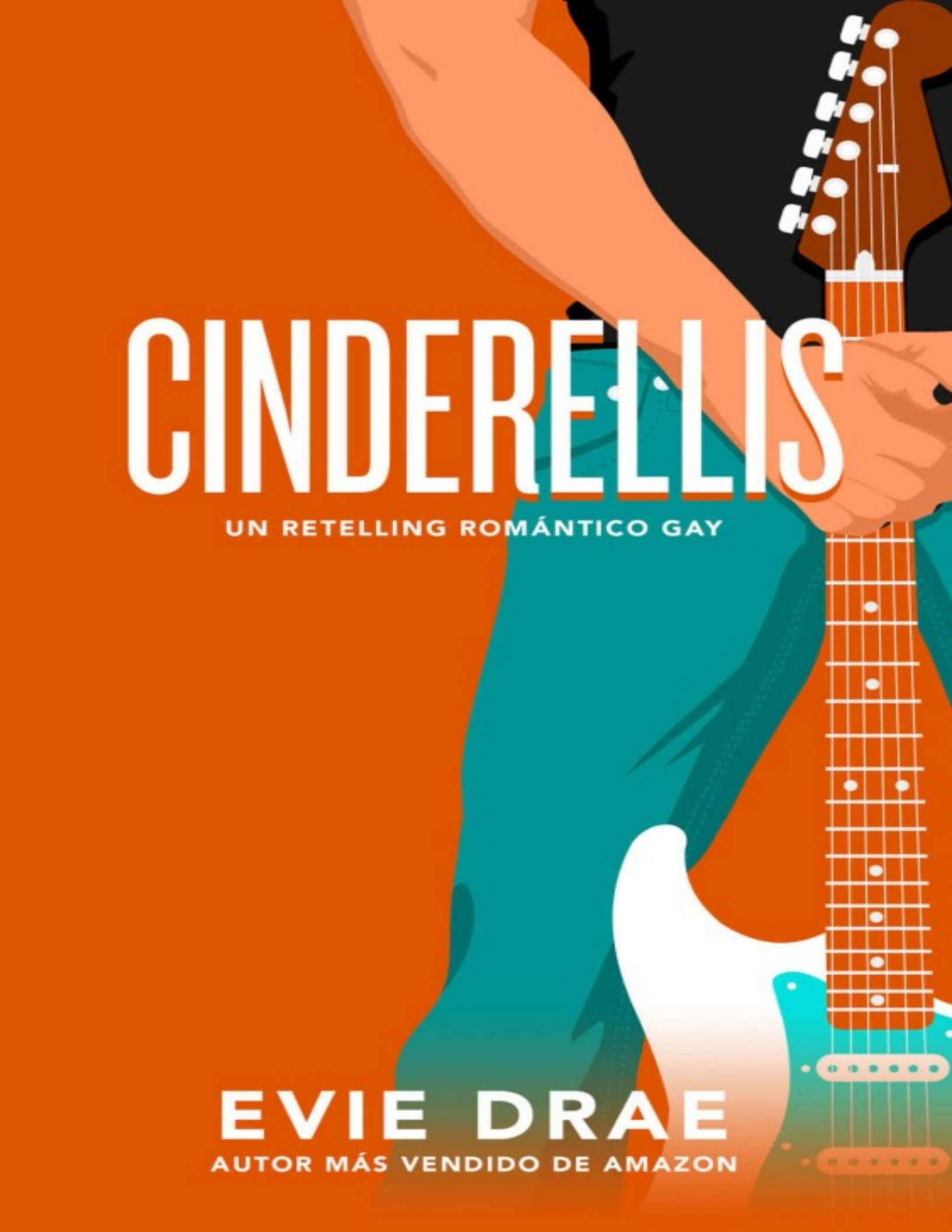

CINDERELLIS
UN RETELLING ROMÁNTICO GAY
EVIE DRAE
AUTOR MÁS VENDIDO DE AMAZON

Cinderellis

Un retelling romántico gay

Evie Drae

Clandesdyne


clandestine

Derechos de autor © 2025 Evie Drae

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

ISBN-13: 9781234567890
ISBN-10: 1477123456

Diseño de la portada de: Pintor artístico
Número de control de la Biblioteca del Congreso: 2018675309
Impreso en los Estados Unidos de América

Para Kero y Thule. Os queremos y os echamos de menos, pero vuestra luz brillará más ahora que estáis juntos de nuevo.

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Agradecimientos
Acerca del autor

Libros en esta serie
Libros de este autor

Capítulo uno

Las luces de discoteca hacían que un arcoíris caleidoscópico de colores bailara en la oscuridad y proporcionaban la iluminación suficiente para crear un ambiente lujoso sin que la atmósfera de celebración se viera afectada. Ellis reforzó el efecto con una combinación cuidadosa de música dance electrónica y remezclas de canciones pop. Era su lista de reproducción personal, una que había desarrollado durante los últimos años pero que tenía pocas ocasiones de usar.

Se apartó con un dedo el cuello demasiado ceñido del esmoquin de alquiler y ajustó algunos controles en la mesa de mezclas para fundir el final de la canción con el inicio de la siguiente. Era un remix de una canción electrónica que empezaba tras una pista pop más suave, por lo que tuvo que ajustar con cuidado algunos atenuadores más para normalizar el sonido. Asintió con satisfacción después de inclinar la cabeza de modo que la oreja que tenía libre apuntara al techo mientras apretaba un auricular contra la otra. No estaba tan alto como para que la gente no pudiera mantener una conversación, pero el ritmo le retumbaba bajo la piel y atraía a los bailarines al escenario central.

El Colosseum del Caesar's Palace de Las Vegas había sido la segunda casa de Ellis desde hacía décadas. Gracias a su padrastro, que era el técnico de sonido principal, había trabajado como tramoyista en el icónico teatro desde que tenía quince años. Tener la oportunidad de ser incluso el segundo asistente de Ray sería un sueño hecho realidad, pero lo más lejos que Ellis había llegado era a ocuparse de los micrófonos de forma extraoficial.

Excepto en noches como aquella; noches en las que ponerse frente a los controles no era una de las prioridades de su padrastro y Ellis tenía una oportunidad para brillar. Aunque Ray fuera el único que sabía que era él quien realmente llevaba las riendas.

Al haber crecido bajo el mismo techo que el infame Raymond Brunswick, Ellis tenía una formación informal pero más que suficiente para operar la complicada maquinaria que se encontraba

frente a él. Simplemente no tenía un título que cualificara su experiencia. Todavía. Pero cuantas más veces le pasaba Ray las riendas, más oportunidades tenía Ellis de probarse a sí mismo. Al final su padrastro tendría que reconocer su talento. No le quedaría más opción.

Aunque no hubiera un puesto vacante para Ellis en el equipo de sonido principal, aún podría trabajar con el sueño de ocupar una posición oficial de asistente. Si Ray aprobaba el ascenso.

La cabina de sonido, de diseño abierto y localizada en el centro del patio de butacas trasero, llamaba poco la atención de los escandalosos asistentes a la fiesta que inundaban el escenario principal. Era extraño que el Colosseum acogiera una fiesta como aquella, sobre todo una tan pequeña y exclusiva. Sin embargo, habían firmado un contrato exclusivo con un artista importante para los próximos seis meses y aquello había que celebrarlo.

Ellis manipuló otra transición en fundido de la pista electrónica a una remezcla radiofónica alegre. La masa de esmóquines en el escenario siguió bailando y moviéndose al ritmo de la música, ignorantes al completo del hombre que controlaba el flujo de sus movimientos. Sonrió y se reclinó en la silla. Algún día viviría de eso. Haría feliz a una cantidad incontable de personas que no se pararían a pensar dos veces en él o en el trabajo que hacía.

Eso sería cien veces mejor que los trabajos de carpintería y de tramoyista que hacía tras el escenario. Al menos llevar el sonido le haría feliz. Le daría una razón para levantarse todos los días, algo más tangible que un sueño.

Ellis vio como algo se movía por el rabillo del ojo. Giró la cabeza a tiempo de ver a alguien, vestido de negro de pies a cabeza, gatear bajo la consola. Mordiéndose el labio, apartó la silla y observó el espacio oscuro que quedaba bajo la mesa de mezclas.

—Eh, disculpa…

Vio un atisbo de piel pálida bajo una capucha demasiado grande. Unos labios carnosos se fruncieron en un «chist» silencioso a la vez que un dedo con la uña pintada de negro descansaba sobre ellos. Ellis se incorporó y estiró la espalda. Podía dejar que el polizón

hiciera lo que quisiera mientras no se chocara con nada, desenchufara ningún cable o…

El pánico le encogió el estómago y Ellis agachó la cabeza por segunda vez.

—Mira, lo siento, pero hay un montón de cables importantes ahí abajo. La verdad es que no es un lugar ideal para…

La persona gateó hacia atrás como un cangrejo desde debajo de la mesa y se dejó caer contra la pared trasera de la cabina de sonido. El movimiento hizo que se le bajara la capucha. La luz de discoteca, vibrante y de mil colores, atravesó la oscuridad con la intensidad suficiente como para que Ellis pudiera observar a un hombre con expresión bastante enfadada que le miraba con el ceño fruncido.

Llevaba la línea de los ojos, cuyo color no podía discernir en la iluminación tenue y poco frecuente, pintada con una raya negra gruesa. Tenía el pelo, de algún tono de marrón, si podía confiar en la luz, de punta en ángulos extraños. Ya fuera a propósito o no, el efecto era desconcertantemente atractivo… como si acabara de salir de la cama después de un revolcón. Dobló las rodillas y descansó los brazos cruzados sobre ellas, a la vez que el ceño fruncido se convertía en una exasperación crispada.

—¿Hay alguien corriendo por el pasillo tras de mí?

Ellis miró el patio de butacas vacío y observó después el escenario para estudiar a la multitud antes de volver a mirar a su invitado misterioso.

—No parece que nadie venga hacia aquí.

—Gracias a Dios. —El tío apoyó la cabeza en la pared—. ¿Te importa si me quedo un rato? Necesito un descanso.

—Eh, sí, claro. —Mientras terminaba la canción que estaba sonando, Ellis atenuó el sonido hasta pasar a la siguiente antes de apartarse más de la oreja el auricular que no estaba usando. Era difícil oír algo excepto la música con la pista retumbándole en el oído izquierdo y el cavernoso Colosseum devolviéndole el sonido en el derecho—. Si tu intención es esconderte, puede que tengas más suerte en la esquina. Hay menos visibilidad si alguien viene a buscarte.

Los ojos del hombre bailaron en la luz multicolor antes de que asintiera, se colocara al otro lado de la silla de Ellis y le levantara los pulgares.

—Eres buena gente. Gracias, tío.

Pasaron unas cuantas canciones más antes de que Ellis volviera a mirar a su compañero silencioso. Se había fundido con la esquina, tenía la cabeza apoyada en la pared, los ojos cerrados y las manos sobre los muslos enfundados en tela vaquera.

Para el carro. ¿Quién llevaba vaqueros a una fiesta formal? Ellis le observó más de cerca, esperando a que la luz fragmentada volviera a pasar sobre el tipo para revelar unos vaqueros ajustados oscuros, unas zapatillas Converse blancas y negras arañadas y una sudadera negra normal.

Vale, entonces no era uno de los invitados al evento. ¿Quería decir eso que Ellis estaba escondiendo a un intruso? La ansiedad le revolvió el estómago e hizo que un reflujo ácido le golpeara la parte de atrás de la garganta.

Ray le mataría si la fastidiaba. Se suponía que nadie podía saber que la persona que estaba a cargo del sonido esa noche era un tramoyista y no el ingeniero de sonido principal, que era a quien estaban pagando. Si venían a buscar a alguien que se había colado en la fiesta y se estaba escondiendo, le descubrirían a él.

Tragó saliva a pesar del nudo que le comprimía la garganta. Ese no era el momento adecuado para asustarse. Tenía que concentrarse en sacar al polizón de la cabina de sonido antes de que alguien fuese a buscarle.

Después de la transición a la siguiente canción, Ellis se quitó los auriculares y se giró hacia el otro hombre, que parpadeó con los ojos delineados con Kohl y sonrió con unos labios rellenos e irritantes que parecían hechos para ser besados.

Antes de que Ellis pudiera decir una frase coherente, el fugitivo inclinó la cabeza y habló:

—Tienes mal aspecto, tío. ¿No irás a vomitar? Si lo haces, ¿te importa apuntar hacia el otro lado?

Ellis sacudió la cabeza y estiró la espalda. Con un metro noventa de estatura y una silueta ancha y perfeccionada después de años de

trabajo físico, era al menos 15 centímetros más alto y unos veinte kilos más pesado que el tipo que estaba acurrucado en la esquina. Aunque la intimidación física no era parte de su repertorio habitual, aquel era un momento tan bueno como cualquier otro para utilizar su tamaño como ventaja. Agravó la voz unas cuantas octavas y se concentró en hacer que sus facciones resultaran más duras.

—¿De quién te estás escondiendo?

El hombre se rio, nada afectado por el intento de Ellis de parecer agresivo, y estiró las piernas para cruzarlas por los tobillos.

—De todo el mundo. Ese grupo es agotador.

Ellis se pasó la lengua por uno de los colmillos mientras observaba la fiesta. La energía que se desprendía del escenario no había cambiado a pesar de la ausencia de aquel fugitivo. ¿A lo mejor nadie sabía que estaba allí?

Con un resoplido, Ellis se dejó caer sobre la silla y dejó de intentar parecer un tipo duro. De todas formas, nunca se le había dado bien. Ese tipo de interpretación requería unos rasgos de personalidad que él simplemente no tenía.

El polizón rio y se pasó una mano por los rizos despeinados.

—Nadie va a venir a buscarme aquí. Tu espacio está a salvo, te lo prometo. Le he dicho a la directora de la gira, Kumiko, que estaba buscando un refugio y algo de silencio. Mantendrá a los lobos distraídos un rato.

Ellis frunció el ceño. Si conocía a la directora de la gira, tenía que ser parte de la función nueva. Pero entonces, ¿qué hacía vestido como un vagabundo en una fiesta elegante en su honor? A lo mejor era un ayudante de la gira a quien no habían invitado. O, más probablemente, uno de los miembros de la banda que no se molestaba en seguir las reglas porque pocas veces se aplicaban a él. Eso tenía más sentido y explicaría cómo había podido presentarse con un aspecto tan alejado del código de vestimenta de la fiesta. Y también explicaría por qué la encargada de la gira necesitaría distraer al resto de los invitados para que pudiera escaparse.

Genial. Ray siempre insistía en que Ellis no interactuara con los artistas. Sobre todo si estaba haciendo el trabajo de su padrastro.

¿Qué haría ese tío si veía a Ellis trabajando en las plataformas más tarde? ¿Le llamaría la atención y le metería en problemas?

Joder.

—¿Formas parte de la banda de Cinder? —Ellis intentó parecer despreocupado al preguntarlo, pero le ardían los nervios bajo la piel, haciendo que sintiera un escalofrío de inquietud.

—¿Que si soy parte de…? —El hombre arqueó las cejas—. ¿No sabes quién soy?

Ellis se encogió de hombros y cogió los auriculares, volviendo a colocarse uno sobre la oreja izquierda para poder trabajar en la siguiente atenuación. Cuando el ritmo tecno sonó por los altavoces, se oyeron gritos desde el escenario, pero Ellis lo ignoró y en su lugar miró con los ojos entrecerrados a su invitado.

—Conozco la música y las voces, no las caras.

—Ah. —Las comisuras de los labios del hombre se pellizcaron, y asintió—. Eso tiene sentido.

Cuando no dijo nada más, Ellis se mordió el labio inferior para esconder la frustración que sentía. Necesitaba saber hasta dónde le cubría el montón de mierda en el que se había metido. Y para eso tenía que obtener respuesta a su pregunta.

—¿Entonces eres un miembro de la banda?

—Oh. —El tipo se pasó la lengua por los labios y soltó un pequeño resoplido—. Sí, lo soy.

La confirmación le desmoralizó. Significaba que tendría que pasarse los próximos seis meses escondiéndose en las alturas o bajo el escenario en lugar de ocuparse de comprobar los micrófonos como Ray le había dejado hacer recientemente. Había dado un primer paso en la dirección adecuada después de una década de esperanzas aplastadas y aquel hombre lo había arruinado sin intentarlo siquiera. Sin siquiera querer hacerlo.

Tragándose un suspiro, Ellis se concentró de nuevo en la mesa de mezclas. Ajustó un atenuador con el único propósito de mantener las manos ocupadas, no porque el sonido estuviera desequilibrado.

¿Por qué no tenía la vida una barra deslizante para pasar de una escena a otra con tanta facilidad como él hacía la transición entre canciones? Encontrar el equilibro en el mundo real era mucho más

difícil que encontrarlo en una cabina de sonido, eso estaba claro. Pero el caos y las anomalías que ocurrían entre los momentos de equilibrio era los que hacían que la vida fuera interesante. De todas formas, ¿quién quería que su existencia fuera una carrera?

La oportunidad de Ellis llegaría cuando fuera el momento. Una oportunidad de verdad. Una en la que pudiera probar lo que valía y ganarse un lugar permanente al lado de su padrastro como el ayudante de uno de los grandes. Y después, algún día, cuando Ray se retirase, a lo mejor podría ocupar su lugar. A lo mejor él podría ser el dios del sonido al que la gente adoraba por su conocimiento y habilidades expertas.

Y ¿mejor aún? A lo mejor podía hacer que Ray se sintiera orgulloso. Cuando su padrastro se volviera hacia él con esa sonrisa brillante y feliz por una vez, todos sus problemas habrían valido la pena.

Capítulo dos

Cinder no podía esconder la sonrisa que le tiraba de los labios. ¿Cuándo había sido la última vez que se había encontrado con alguien que no sabía quién era?

Hijo de Julia y Clyde Cinderford, dos leyendas de la industria musical que, hoy en día, seguían actuando ante multitudes, Cinder había pasado su niñez en la carretera. Sus padres tenían casas lujosas en tres ciudades diferentes, pero nunca se quedaban en una de ellas más de uno o dos meses seguidos. El tiempo suficiente para grabar un disco nuevo y volver a empezar una gira.

A los catorce años, Cinder empezó una carrera propia, lo que le garantizó un futuro compuesto por el mismo calendario caótico que había vivido siendo un niño. Algo de lo que, en realidad, no se arrepentía. Le gustaba todo de su vida, y eso incluía todo el caos que esta conllevaba.

Pero aquello era lo que había esperado encontrar durante su parada en la gira. Normalidad. La sensación de ser parte de algo humano y una rutina. Algo que esperaba que le dejara poner los pies en la tierra como no lo había hecho nunca.

Tenía seis meses de actuaciones en el mismo lugar por delante mientras vivía en la casa preciosa que había comprado en el desierto para la ocasión, y Cinder tenía intención de descubrir qué significaba tener un hogar. Un concepto extraño cuando menos para él, pero eso era algo que tenía intención de cambiar

¿Y qué mejor forma de hacerlo que encontrar a alguien que no supiera (o a quien no le importara) quién era él?

El ingeniero de sonido había fruncido el ceño cuando Cinder había admitido que era parte de la banda, como si aquello le disgustara de algún modo. Esa no era una reacción a la que estuviera acostumbrado, pero desde luego era interesante. ¿Qué pensaría si supiera que Cinder no era parte de la banda de músicos (un grupo que cambiaba dependiendo del calendario de la gira) sino el propio cantante?

Unas risas de placer flotaron desde el escenario cuando el otro hombre volvió a toquetear el panel iluminado y el ritmo de la música cambió.

No cabía duda de que era bueno en su trabajo. La ingeniera de sonido de la gira de Cinder (Lizbeth, una mujer que parecía un hada y que se enfadaba a menudo) consideraba el tratamiento de una lista de reproducción como el trabajo de un disc jockey glorificado y muy por debajo de lo que ella hacía. Pero hacía falta ser habilidoso para mantener feliz a un grupo tan exigente como el que viajaba con Cinder. Además, sus atenuaciones eran preciosas y las llevaba a la perfección.

—¿Llevas el audio aquí desde hace mucho, eh…?

El hombre levantó la vista hacia Cinder y el ceño fruncido se intensificó hasta transformarse en un mohín adorable. Negó con la cabeza y volvió a concentrarse en la monstruosidad multicolor de dispositivos y botones iluminados.

Pese a haber crecido alrededor de todo el equipamiento técnico necesario para llevar una producción sobre un escenario, Cinder evitaba esas cosas. No era su punto fuerte y no le importaba nada admitirlo. Los técnicos normalmente se lo agradecían.

Que las divas del escenario se entrometieran en lo que hacían era una causa frecuente de cambios de trabajo en el negocio de la música, y Cinder intentaba con todas sus fuerzas no ser uno de esos cabrones controladores de los que su equipo se quejaba. Valoraba a su gente. No podría hacer lo que hacía sin ellos.

Lo que quería decir que ser agradable con su nuevo ingeniero de sonido debería ser una prioridad. Aun así, algo le impedía seguir el camino de la honestidad completa desde el primer momento. ¿Había algo de malo en tener una relación que no estuviera basada en su fama? ¿Solo por una vez y por poco tiempo?

—Así que… —Cinder agitó la mano en la visión periférica del hombre y sonrió cuando un par de ojos claros se movieron para mirarle—. Eso de quedarme callado era un intento de conocer tu nombre. Estoy en lo alto de la escala de las incomodidades sociales, así que ¿qué tal si lo intento de nuevo? —Alargó una mano y suprimió una risa cuando la oferta hizo que el hombre arrugara la

nariz. No era la reacción típica, pero le encantó—. Yo me llamo Henry, ¿y tú?

Aunque se sentía un poco embustero, no era mentira. Cinder no había adoptado la versión acortada de su apellido en lugar de su nombre hasta que empezó su propia carrera musical siendo adolescente. Porque, en serio, Henry no era el nombre adecuado para una estrella del rock. El hecho de que sus propios padres le hubieran puesto esa parodia de nombre era prácticamente un crimen.

Pero, si confesaba que era Cinder, la conversación se acabaría y no estaba preparado para abandonar algo tan placenteramente normal.

Envolviendo la mano de Cinder con una palma grande y llena de callos, el hombre inclinó la cabeza y le estudió durante un momento:

—Ellis.

Cinder se mordisqueó la punta de la lengua y repitió el nombre mentalmente; era fuerte, robusto y sexy, como la persona de hombros anchos a la que pertenecía.

—Me gusta. Así que, Ellis, ¿cuánto tiempo llevas siendo un gurú del sonido?

Ellis se pasó una mano por el pelo rubio que llevaba peinado hacia atrás y el movimiento golpeó los auriculares, con lo que salieron volando hasta acabar en el suelo. Maldijo en voz baja mientras buscaba a tientas en la oscuridad. Por segunda vez, no contestó la pregunta de Cinder.

Curioso. ¿Estaba rechazando contestar a propósito o no le gustaba hablar? A lo mejor la charla le distraía del trabajo. Lizbeth se convertía en una bestia si alguien la interrumpía cuando estaba «enchufada». Tendría que considerarse afortunado porque Ellis no estuviera echándole la bronca.

Había sido lo bastante amable como para proporcionarle un santuario y un lugar en el que esconderse de la multitud abrumadora del escenario. Lo mínimo que Cinder podía hacer era mantener la boca cerrada.

Vio los auriculares cuando un haz brillante de luz violeta atravesó la cabina. Habían acabado debajo de la silla de Ellis. Inclinándose

hacia delante, Cinder los buscó a ciegas, sorprendiéndose cuando otro haz de luz (esta vez uno azul que se convirtió en una pulsación verde) iluminó el espacio. Tenía la nariz pegada a la de Ellis.

Ellis se apartó, pero no antes de que Cinder pudiera verle bien la cara.

Joder. ¿Eran todos los hombres de Las Vegas tan impresionantemente atractivos o era Ellis una anomalía? Cinder no podía descifrar el color real de sus ojos, pero eran claros, de una claridad hermosa y conmovedora. Sus facciones eran tan sólidas y angulares que podrían haber estado esculpidas en un bloque de mármol. Y la mandíbula, joder, junto a los labios suaves y carnosos, hizo que el cerebro de Cinder se moviera inmediatamente en dirección sur, imaginándose esa boca y esa mandíbula fuerte y cuadrada haciendo algo inapropiado y maravilloso.

Moviéndose contra el dolor que la imaginación libidinosa le había provocado entre las piernas, Cinder cogió los auriculares y se los puso a Ellis en la mano. Este toqueteó el set unas cuantas veces antes de agarrarlos con más seguridad. Murmuró un «gracias», se los puso en una oreja y volvió al trabajo sin volver a mirar a Cinder.

Satisfecho simplemente por haberse librado de las normas sociales y de la presión abrumadora de la multitud, Cinder volvió a acomodarse en la esquina oscura y mantuvo la promesa que no había hecho en voz alta. No dijo ni una palabra más.

~*~*~

Cuando alguien le puso una mano en el hombro, Cinder se despertó con un sobresalto. No tenía ni idea de cuánto tiempo había dormido, pero, a juzgar por el silencio y la ausencia de la luz de discoteca, podía imaginarse que había sido un buen rato.

Ellis estaba de pie frente a él, con la ropa arrugada y aspecto sexy. Tenía los dos botones superiores de la camisa abiertos y la pajarita le colgaba del cuello planchado. Ya no llevaba los auriculares y, bajo el brillo de las luces del teatro, se podían ver mechones de color platino que atravesaban los rizos color miel. Era un color

envidiable y las ondas parecían gruesas y suaves. A Cinder le picaban los dedos con las ganas que tenía de pasarlos por ellas.

Tragándose un bostezo, se puso de rodillas y miró desde detrás de Ellis para asegurarse de que los asistentes a la fiesta se habían dispersado. Gracias a Dios lo había hecho.

—Me he perdido toda la diversión, ¿eh? Vaya plomazo estoy hecho.

—Son más de las tres. Todo el mundo se ha ido hacia un after hace unos cuarenta y cinco minutos. —Ellis se pasó la mano por la nunca y miró al suelo—. Supuse que querrías esperar a que no hubiera moros en la costa, así que te he dejado dormir un poco más. Espero que te parezca bien.

—Joder. —Cinder se puso de pie de un salto sin ninguna pizca de sarcasmo en la voz. Se frotó la cara con las manos en un intento en vano de mejorar el riego sanguíneo hacia el cerebro cansado—. Lo siento, tío. La última parte de la gira ha sido brutal. Una ciudad diferente cada noche. Supongo que estaba más agotado de lo que pensaba.

A Ellis se le sonrojaron las mejillas.

—No pasa nada. No me has molestado.

Cuando Ellis se pasó los dientes por el labio inferior carnoso, el dolor volvió a la entrepierna traicionera de Cinder. Se metió las manos en los bolsillos de la sudadera y tiró de ella hacia abajo para esconder la prueba creciente de su inexplicable atracción por el hombre que estaba frente a él.

Nunca se había sentido atraído por un sexo o género concreto, sino más bien por un tipo. No le importaba cómo alguien se identificaba o qué partes tenían bajo el cinturón. Era quién era (su esencia, como le gustaba llamarlo) lo que atraía su atención.

Grande y corpulento no era normalmente su estilo. Se inclinaba más hacia personalidades sumisas y la gente del tamaño de Ellis que tuviera esas tendencias eran uno entre un millón. Al menos así era en su experiencia. Aunque no es que fuera exactamente la experiencia típica. Nada en su vida, ni en sus aventuras sexuales, seguía las reglas marcadas.

Aun así, algo en la naturaleza silenciosa y tímida de Ellis le atraía. O a lo mejor era su belleza inconmensurable, tan inesperada junto a su apariencia fornida. De cualquier modo, Cinder no quería que aquella fuera la última vez que hablaran.

Una vez las cosas empezaran a seguir su curso y entraran en la rutina del espectáculo, podía no tener una excusa creíble para buscar al ingeniero de sonido. Cualquier razón que se le pudiera ocurrir sería algo de lo que Kumiko u otro de sus empleados podría ocuparse. Lo que quería decir que, si quería volver a ver a Ellis, tenía que actuar ya.

—¿Tienes algún plan para esta noche?

Las cejas de Ellis se elevaron con sorpresa.

—¿Qué? ¿Quieres decir ahora?

—Sí, cuando termines de recoger. —Cinder se pasó la lengua por los labios e ignoró la voz mental que le decía que sonaba como un idiota. Por supuesto que tenía planes. Irse a casa y dormir. Después de todo, eran más de las tres de la mañana y no acababa de despertarse de una siesta larga y refrescante—. Eres un hombre de Las Vegas y esta es la ciudad que nunca duerme. He pensado que a lo mejor tenías algo divertido programado.

—Si consideras que tirarme bocabajo en la cama es divertido, entonces claro, sí que tengo planes. —La comisura de los labios de Ellis se inclinó en una media sonrisa, y ya solo esa visión estuvo a punto de matar a Cinder. No podía imaginarse lo que podría hacerle una sonrisa completa si ese pequeño gesto le revolvía el estómago.

¿Qué le pasaba? ¿Desde cuándo iba detrás de alguien que no había mostrado ni una pizca de interés de vuelta? No era su estilo perseguir a sus amantes. Todo lo que tenía que hacer era sentarse y esperar a que el correcto fuera tras él, divertirse un poco y moverse hasta la siguiente ciudad y el siguiente cuerpo cálido dispuesto a compartir su cama.

Pero esto era diferente. Ellis era diferente. No le importaba una mierda quién era Cinder, lo que quería decir que la pequeña sonrisa que le había ofrecido era genuina y para Henry, no para todos los adornos dorados que acompañaban a su persona pública.

—Me parece justo. —Cinder se pasó la lengua por los labios—. ¿Y mañana? Es nuestra última noche de libertad antes de que empiece el espectáculo. Me encantaría ser turista por una noche con alguien que sabe cómo moverse por la ciudad.

Ellis se pasó una mano por la nuca y entrecerró los ojos.

—Ah, todavía hay mucho que hacer aquí para prepararlo todo. No puedo, de verdad. Lo siento.

—Sí, claro. Por supuesto. —Cinder escondió la decepción tras una sonrisa amplia—. ¿Qué tal si lo posponemos para más tarde?

Con los labios apretados, Ellis asintió.

—Sí, vale.

Si no iba a ocurrir aquella noche, que no ocurriera. Cinder iba a estar allí los próximos seis meses. Ninguno de los dos iba a irse a ninguna parte.

Capítulo tres

Ellis dejó la escoba en la esquina del armario del bedel y tiró de la pequeña cadena sumergiendo el cuarto en la oscuridad. Salió, cerró la puerta y comprobó la manilla para asegurarse de que estaba bien cerrada.

Cuando se dio la vuelta, se le escapó un grito sorprendido.

—¡Hala! Perdona, tío. —Henry levantó ambas manos y sonrió—. No estaba intentando pillarte por sorpresa, pero he visto tu pelo rubio por el rabillo del ojo y he tenido que venir a decirte hola y que hace mucho que no te veo. ¿Dónde has estado escondido?

A Ellis se le encogió el estómago con nerviosismo mientras miraba por encima del hombro de Henry para asegurarse de que no había nadie por allí.

—En ningún sitio. He estado ocupado, eso es todo.

No era mentira: siempre estaba ocupado y no se estaba escondiendo (al menos no por elección propia)

Como había esperado, después de confesarle a Ray su encuentro con Henry, le había apartado de todos los trabajos relacionados con el sonido. Su padrastro también había hablado con el tramoyista principal y había conseguido que asignaran a Ellis a las alturas, lo que aseguraba que estaba fuera de la vista en una plataforma sobre el escenario durante las actuaciones y los ensayos.

Henry apretó los labios y asintió.

—Claro, sí, han sido unas semanas de locura, intentando hacer que las actuaciones no tengan ningún fallo y todo eso. Pero no te he visto por ahí. Hasta hice que la diosa del sonido de la gira, Lizbeth, preguntara por ti, con lo que recibió una respuesta bastante cascarrabias del idiota del ingeniero de sonido principal. ¿Qué le pasa a ese tío, de todas formas? Es un gruñón.

A Ellis se le calentaron las mejillas. Agachó la cabeza y se encogió de hombros sin ofrecer una respuesta. Hablar mal de su padrastro estaba descartado, esa era una forma segura de perder el trabajo, entre otras cosas.

—Ray es el mejor entre los mejores. No podrías pedir una persona mejor para llevaros el audio.

—No sé, Lizbeth no está impresionada y, en mi humilde opinión, ella es el estándar de la industria en lo que a impresionante se refiere. —Henry se metió las manos en los bolsillos de unos vaqueros informales. Todo su aspecto había cambiado de la apariencia de ayudante de gira mugriento a la de un chico de campo. La piel con una palidez poco natural y el pelo despeinado de forma artística ya no estaban y habían sido sustituidos por un conjunto de pecas y unas ondas suaves y desgreñadas que le caían sobre los ojos—. ¿Y tú? ¿Por qué no estás ahí fuera trabajando con los micrófonos y siendo el genial técnico de sonido que eres? Apuesto a que eres mil veces mejor que ese viejo capullo.

De los labios de Ellis salió algo que era una mezcla entre una risa nerviosa y un hipido. Se encogió de dolor. ¿Debería ser sincero o inventarse una mentira? Considerando que mentir nunca había sido su punto fuerte, Ellis suspiró y miró a Henry a los ojos.

Se le aceleró el pulso cuando unos ojos preciosos de color avellana parpadearon entre unas pestañas gruesas. Incluso sin el maquillaje dramático que había llevado en su primer encuentro, ese borde oscuro natural hacía que los ojos de Henry destacaran. Ellis tuvo que hacer un esfuerzo titánico para mantener la boca cerrada y la expresión neutral. La belleza de Henry casi le dejó sin respiración.

—No estoy en el equipo de sonido. Estaba cubriendo a alguien esa noche, pero yo, eh, agradecería de verdad que lo mantuvieras en secreto. —Ellis entrecerró los ojos—. Podría meterme en problemas si alguien se enterara.

Henry frunció el ceño.

—Tío, ¿cómo puede ser que no estés en el equipo? Lo hacías de lujo con esas atenuaciones y todo el mundo se lo pasó genial con tu selección de canciones.

Ellis se encogió de hombros y se tragó una sonrisa. ¿Cuántas veces había deseado que alguien le dijera algo así? Y ¿que lo hiciera Henry? Había algo en aquello que hacía que el cumplido fuera incluso más especial.

—Solo puse una lista de reproducción.

—Sí, ¿de quién? —Henry arqueó una ceja—. ¿Era selección tuya?

—Eso no importa. —Ellis pasó el peso de un pie a otro. Necesitaba cambiar de tema antes de que Henry escarbara demasiado o preguntara cosas que él preferiría no responder. Establecer aún más una conexión entre él y Ray solo le traería problemas—. De todas formas, ¿qué haces aquí? Esta noche no hay actuación y no he visto un ensayo en la agenda.

Las noches en las que el Colosseum se quedaba a oscuras, Ellis hacía su segundo trabajo como conserje fuera de turno. Su responsabilidad era lidiar con cualquier tarea de mantenimiento o de limpieza de las que no se habían ocupado durante las horas en las que había estado abierto. A cambio le daban un espacio de almacenamiento y un catre en el antiguo camerino, que había quedado obsoleto después de la remodelación. No era lujoso, pero le ahorraba tiempo en viajes y le daba un lugar que llamar suyo.

En una ciudad tan cara y con tanto tráfico como Las Vegas, el trabajo extra merecía la pena solo para tener esos beneficios.

—Yo podría preguntarte lo mismo, sabes. —Henry inclinó la cabeza y sonrió con picardía—. Me aburría en casa y me he dejado la guitarra aquí. He pensado que podía pasarme y recoger a mi vieja chica para entretenernos el uno al otro, pero he encontrado algo mejor. Compañía humana.

Cuando Henry subió y bajó las cejas, la comprensión hizo que a Ellis se le encogiera el estómago mientras la inquietud peleaba con un deseo doloroso. Le habían ordenado mantenerse tan alejado de los artistas como fuera posible. Especialmente de Henry. Pero la idea de pasar una noche libre de preocupaciones en su compañía sonaba casi demasiado bien para ser verdad. No podía recordar la última vez que alguien que no fuera su padrastro hubiera buscado su compañía, y Ray solo veía a Ellis como un medio para conseguir un fin, alguien que hiciera lo que él quisiera para que él pudiera poner los pies en alto y emborracharse.

Aun así, por mucho que quisiera robar una parte de la noche para sí mismo y conocer mejor a Henry, sería más seguro mantener la distancia.

—Ah, lo siento, pero la verdad es que iba de camino a casa. —Una vez más, no era mentira. Había estado de camino a su cama para irse a dormir, algo que necesitaba mucho. No tenía la oportunidad de dormir una noche entera muy a menudo y era la excusa perfecta—. ¿Por qué no llamas a uno de tus compañeros de la banda? Estoy seguro de que están de fiesta en algún sitio y les encantaría que te unieras a ellos.

—Meh, no suelo pasar tiempo con ellos. —Henry arrugó la nariz, lo que hizo que destacaran aún más esas pecas adorables que el maquillaje había escondido—. Creo que el destino está intentando decirnos que es hora de que te tome la palabra y tengamos esa salida que habíamos pospuesto. ¿Por qué otra razón estaríamos los dos aquí en nuestro día libre?

Porque no era el día libre de Ellis, por eso. De hecho, no podía recordar cuándo fue la última vez que tuvo uno. Se pasó la lengua por detrás de los dientes mientras pensaba en las palabras de Henry. Había prometido posponer hacer algo juntos para escapar de la invitación anterior. ¿Cuántas veces podría escapar de él antes de que Henry le pillara y exigiera saber por qué le daba tanto miedo hacer amigos?

—Vale, pero no puedo quedarme hasta muy tarde. —Cuando Henry le dirigió una sonrisa deliciosa y golpeó el aire con el puño, Ellis no pudo sino devolverle la sonrisa. Era prácticamente contagiosa—. ¿Habías pensado en algo concreto?

—Sí. —Henry abrió los brazos—. En cualquier sitio que no sea aquí. Llevo un mes viviendo en Las Vegas y solo he visto el Colosseum y el interior de mi casa. Necesito ir a algún sitio nuevo antes de que empiece a salirme moho.

Ellis rio.

—Eso no limita mucho las opciones. ¿Estabas pensando en salir a cenar? ¿A beber algo? ¿A ver un espectáculo?

Henry apretó los labios y entrecerró los ojos.

—La comida es obligatoria y las bebidas ocupan un puesto alto en la lista. Tú eres de por aquí, ¿no?

Decir eso era quedarse corto. Ellis no había salido del condado de Clark más veces de las que podía contar con los dedos de las manos

y cada uno de esos viajes solo le había alejado unos kilómetros de los límites del condado.

—De toda la vida.

—Genial. Llévame a un sitio poco turístico. Cuando más escondido esté, mejor.

Joder. Ellis no había pasado mucho tiempo paseando por la ciudad, sobre todo siendo un adulto. Si Henry hubiera querido una recomendación que fuera una trampa para turistas, Ellis hubiera podido darle una con facilidad. Vivir en la ciudad significaba aprender qué ofrecía, más como un rito de paso que porque frecuentara los establecimientos. Pero ¿un sitio poco turístico? No tenía nada que ofrecer en ese aspecto.

¿Qué pensaría Henry de eso? Había admitido que era un residente nativo de Las Vegas y aun así no podía hacer una sola sugerencia que no apareciera impresa en un panfleto turístico.

Ellis comprobó el bolsillo trasero del pantalón y suspiró. Tenía la cartera en el montón de cajas que usaba como mesita de noche.

—¿Me das un minuto? Tengo que coger una cosa.

—Claro, sin problema. Iré contigo. —Henry se acercó a él y arqueó una ceja impaciente—. Sabes, no me has dicho qué estás haciendo aquí.

Tragándose un gruñido, Ellis caminó en dirección al viejo camerino. No quería que Henry viera dónde vivía, pero sería más sencillo dejar que le siguiera y que esperara en la puerta que discutir para que no le acompañara.

No sentía una inclinación especial por decirle a Henry cuál era realmente su trabajo, pero no iba a mentirle. Tenían al menos unas horas de conversación y proximidad por delante. Ellis no podría mantener una mentira durante todo ese tiempo, pero no había nada que dijera que no podía ser vago en sus respuestas. A lo mejor Henry no estaba interesado en hacerle más preguntas.

—Trabajo aquí.

—No me digas, Sherlock. —Henry rio y empujó el hombro de Ellis de forma juguetona—. Pero hoy no hay actuación, ¿por qué estás aquí?

Y él había esperado una falta de interés. Tragó saliva y miró a Henry por el rabillo del ojo.

—Tengo dos trabajos. Solo hago el segundo los días en los que no hay actuación.

—Espera, espera, ¿entonces no tienes ningún día libre? ¿Nunca? —Cuando Ellis se encogió de hombros, Henry entrecerró los ojos—. ¿En qué trabajas si no estás en el equipo de sonido?

Ellis se frotó la nuca y evitó su mirada. No le avergonzaba lo que hacía; eran trabajos honestos y disfrutaba haciéndolos. Sobre todo cuando su padrastro le dejaba ayudar con el sonido. Pero Henry podría ver a Ellis de forma diferente cuando supiera que no solo le había hecho creer que era un ingeniero de sonido, sino que su posición real era la de alguien poco cualificado que hacía trabajo físico. Y un conserje con pretensiones.

—Soy tramoyista. Armador, para ser exactos. Cuando no hay actuación, soy el conserje.

Utilizó la llegada al camerino para evitar que Henry tuviera que contestar. No quería que el músico rico se compadeciera de él, igual que no quería que le asqueara lo que hacía. Sin importar en qué parte de ese espectro de emociones estuviera Henry, se podía guardar sus pensamientos para sí si Ellis cambiaba el tema de conversación.

—Dame un segundo. Tengo que coger la cartera y después podemos irnos.

Pero, en lugar de entrar en la habitación sin acompañante como había esperado, Ellis se encontró con que Henry estaba tan pegado a sus talones que le fue imposible cerrar la puerta tras él.

Henry se quedó de piedra al ver el catre de Ellis. Movió el mentón con una barba incipiente de lado a lado.

—Tío, ¿vives aquí?

Ellis agachó los hombros con un resoplido. La vergüenza hizo que el calor le picara en las mejillas.

—Hace las cosas más fáciles. Trabajo muchas horas, así que tener un lugar en el que quedarme y no tener que pelearme con la locura del tráfico del Strip me ahorra mucho tiempo.

Había vivido con Ray casi toda su vida. Después de que su madre muriera cuando él tenía nueve años, su padrastro y su hermanastra eran toda la familia que le quedaba. Por suerte, Ray aceptó a regañadientes seguir siendo su tutor en lugar de meterle en el sistema. Pero cuando Ellis empezó a trabajar como tramoyista a tiempo completo después de terminar el instituto, ya no podían ir a trabajar juntos. A menudo Ray se iba a casa cuando a Ellis aún le quedaban horas de trabajo. Además, él tenía que entrar a trabajar mucho más temprano.

Hacía unos cinco años, cuando Ellis tenía veintiún años, Ray le dijo que encontrara un lugar en el que vivir. Estaba cansado de que Ellis entrara en casa tarde por la noche y de que le despertara temprano. Afortunadamente, el trabajo de conserje quedó libre no mucho más tarde y, gracias a que la dirección ya conocía a Ellis, aceptaron su petición de dejarle vivir en el antiguo camerino en lugar de pagarle un sueldo.

Al final resultó ser una mejora considerable. El catre era cómodo, podía usar las duchas cuando quisiera siempre y cuando los artistas ya se hubieran ido y le ahorraba las horas que había pasado lidiando con el terrible sistema de transporte público para ir y volver a su casa de la infancia en Boulder City.

Ellis cogió la cartera de la mesita de noche y miró a su ceñudo acompañante. *Mierda.* No solo se enfrentaba al reto de encontrar un lugar poco turístico que no repugnara a Henry, sino que también tendría que soportar más conversación sobre un tema del que preferiría no hablar. Pero el ceño fruncido de Henry decía claramente que esa conversación no había terminado.

Joder.

Capítulo cuatro

A pesar de que el McMullan's Irish Pub en Tropicana estaba mucho más cerca del Strip de lo que Cinder había pretendido, la iluminación tenue y los clientes escandalosos le proporcionaban la cubierta perfecta de anonimidad. Especialmente cuando consiguieron sentarse en una mesa vacía al fondo del bar.

Pese a lo variado del menú, ambos pidieron pescado con patatas fritas y una pinta de Guinness. Cuando la coqueta camarera, que, o bien era una mujer irlandesa de verdad o una actriz con una habilidad envidiable, se fue para dar su pedido, Cinder se reclinó sobre la silla. Se bajó el borde de su desgastada gorra favorita para esconder mejor los odiosos ojos (su rasgo más reconocible cuando no estaba vestido para una actuación) y le hizo a Ellis un gesto con la barbilla.

—¿Qué te parece si dejamos a un lado toda esta mierda formal y tenemos una conversación de verdad?

Pese a la corta distancia, les había costado quince minutos llegar del Caesar's Palace al McMullan's en taxi. Cinder había intentado durante todo el trayecto tener un intercambio de palabras con Ellis que fuera más allá de las normas sociales requeridas, pero sus esfuerzos habían sido en vano.

Ellis no era un hombre de muchas palabras.

Como si estuviera probando la validez de ese último pensamiento, Ellis se encogió de hombros y jugueteó con los cubiertos en lugar de mirarle a los ojos o dar una respuesta verbal a la petición de Cinder.

Riéndose, Cinder se inclinó hacia delante de nuevo y apoyó los codos en la mesa.

—Vamos, hombre, dame algo. Me muero por tener una interacción humana que no tenga que ver con algún aspecto de quién soy en el escenario.

La pura verdad que se escondía tras esas palabras contradijo el intento de humor ligero de Cinder, pero mantuvo la sonrisa cuando Ellis miró en su dirección.

—La verdad es que no soy muy hablador.

No jodas. Cinder se metió el labio inferior entre los dientes para evitar que la respuesta mordaz saliera libre. No podía culpar a Ellis por su reticencia. No todo el mundo era tan hablador como Cinder y, además, el comportamiento de Ellis tenía una demarcación clara después del interrogatorio descuidado al que Cinder le había sometido en el teatro.

No era asunto suyo hacerle unas preguntas tan personales a un hombre al que ni siquiera conocía. Mucho menos cuando esas preguntas llevaban implícita una opinión sorprendida. No era de extrañar que Ellis se hubiera quedado callado después de que Cinder expresara la sorpresa sobre su trabajo y el lugar en el que vivía.

A veces Cinder olvidaba que la cuna de oro en la que había nacido no era una bendición maldecida que compartiera con él el resto del mundo. No podía permitirse olvidarse de ello con Ellis. No si quería que esa amistad (o lo que pudiera salir de ella) funcionara. Y quería. De verdad que sí quería.

Decidido a actuar tan humanamente como fuera posible para no asustar a Ellis, Cinder se aclaró la garganta y golpeó los dedos al ritmo de una canción de pop conocida que sonaba sobre el ruido constante de los clientes. El grupo había sido su telonero durante su última gira doméstica de verano. Tenían un talento puro impresionante y no cabía duda de que llegarían lejos.

La camarera llegó con las bebidas y les ofreció una visión extendida de sus pechos amplios mientras se agachaba. Esas colinas exquisitas estaban sujetas de milagro en un top de color rojo cereza que hacía juego perfectamente con el color que adornaba el mohín de sus labios. La camiseta era tan pequeña que se le subía por la cintura a la vez que dejaba salir el escote por el cuello. La poca tela que se hacía pasar por una falda no compensaba la falta de material de cintura para arriba.

En lugar de atraer la atención de ninguno de los dos hombres, como sin duda había esperado, Cinder se encontró con que quien atraía su mirada era Ellis, que le miró al mismo tiempo. Ambos sonrieron, como si estuvieran intercambiando una broma privada desconocida, y la camarera resopló derrotada. Comprobó que tenían

todo lo que necesitaban, les dijo que la comida no tardaría y desapareció entre la multitud.

—Bueno. —Cinder intentó sonreír de nuevo y suprimió un suspiro de alivio cuando Ellis le devolvió la sonrisa e incluso le miró a los ojos otra vez—. ¿Cuánto tiempo hace que trabajas en el Colosseum?

Ellis tomó un trago del coraje líquido oscuro y cuadró los hombros como si estuviera preparándose para una batalla.

—Empecé como tramoyista a tiempo parcial cuando tenía quince años. Llevo allí desde entonces.

Cinder recogió una gota que se había derramado de su Guinnes con el nudillo y lo pasó por el lateral del vaso. Cuando se llevó el dedo a la boca y lamió la cerveza agridulce, las cejas de Ellis se sacudieron mínimamente y tomó otro trago de su bebida.

Esa era la segunda señal en el mismo número de minutos. ¿Podría ser que la esperanza de Cinder de encontrar algo más que una sencilla amistad con Ellis fuera menos imposible de lo que había imaginado al principio?

Animado por ese pensamiento, Cinder tomó un trago largo de su propia bebida para esconder la sonrisa.

—Te tiene que gustar de verdad el trabajo para haberte quedado tanto tiempo.

—Me encanta. Han pasado grandes actuaciones durante la última década, y siempre podré decir que formé parte de ellas de algún modo, por pequeño que fuera. Incluida la de Cinder. —Por fortuna, Ellis había vuelto a juguetear con los cubiertos, así que no vio cómo Cinder se tensaba al escuchar su nombre—. El tío tiene la voz de un ángel, lo juro. Tiene que ser algo realmente especial compartir escenario con él, ¿no? —Entonces, de forma casi inaudible, murmuró —: Me encantaría mezclar para él algún día.

Cuando Ellis levantó la vista y le miró a los ojos con una sonrisa soñadora tirándole de los labios, a Cinder se le hizo un nudo en la garganta. Si no fuera por la pureza y la esencia de las palabras de Ellis, Cinder hubiera pensado que sabía la verdad y estaba provocándole para obtener una reacción.

Pero no, simplemente había estado ofreciendo el cumplido más sincero que Cinder había recibido nunca. Porque no pensaba que el

propio artista estuviera presente.

Mierda.

No podía seguir haciendo eso. No podría mentirle a Ellis, incluso si no era tanto una mentira como una omisión. Aun así, en ese momento, lo único que pudo hacer fue preguntar:

—¿Por qué no lo haces? Eres brillante tras esa consola. Vi las pruebas con mis propios ojos. Y con mis oídos.

La confusión se convirtió en dolor antes de que Ellis bajara la vista a su regazo.

—Es complicado.

Después de encontrarse con el gilipollas del ingeniero de sonido principal, Cinder podía adivinar qué parte era la «complicada». Pero les sirvieron la comida antes de que pudiera expresar su opinión sobre el tema. La camarera fue menos descaradamente coqueta esta vez, pero aun así se quedó más tiempo del necesario y, para cuando desapareció de vuelta entre el resto de los clientes, el momento había pasado.

Igual que la oportunidad de Cinder de decir la verdad.

La conversación se desvió hacia temas más ligeros, más sencillos. Una charla sin objetivos ocultos que Cinder no solía tener la oportunidad de disfrutar con alguien que no fuera Kumiko o Lizbeth, las dos rocas en las que podía apoyarse entre el equipo de la gira. Una pareja casada que le aceptaba amablemente como el tercero en discordia cuando las baterías se le quedaban inevitablemente sin energía y necesitaba contacto humano para recargarlas.

Pagaron la cena a medias, igual que habían hecho con la factura del taxi. Cuando salieron del interior frío del bar a la noche de calor estancado del desierto (demasiado temprano aún para que se hubiera enfriado, pero sin la presencia opresiva del sol para calentarles más la piel), Cinder sugirió que caminaran de vuelta al Caesars.

Para su deleite, Ellis aceptó y la conversación sencilla continuó durante toda la hora que les costó caminar los casi cinco kilómetros que les separaban de la entrada trasera del teatro.

—Bueno, aquí es donde termina mi noche. —Ellis alargó la mano para darle un apretón a Cinder, pero Cinder se quedó paralizado durante demasiado tiempo antes de poner la palma en la de Ellis, cálida y callosa—. Estoy seguro de que tú tienes más energía, pero yo tengo que madrugar. Gracias por una noche agradable.

Cinder le apretó la mano cuando Ellis empezó a separarse, manteniendo el contacto un poco más antes de dejarle ir.

—¿Te veré mañana en la actuación?

Ellis canturreó de forma negativa y sacudió la cabeza.

—Soy tramoyista, ¿te acuerdas? Estaré en las alturas. Dudo que vuelvas a verme antes de que acabe vuestro contrato. Pocas veces estoy en el suelo cuando la banda está allí.

El estómago de Cinder ardió con pánico. Esa no podía ser la última vez que viera a Ellis. Las pocas horas que habían pasado juntos eran de las mejores que podía recordar. Quería más. Mucho más.

Aunque antes de que pudiera pedírselo, necesitaba confesarle su identidad.

Pero no esta noche. No podía arruinar una noche perfecta. Si decirle a Ellis quién era realmente creaba un abismo entre ellos que no podría cruzar, se negaba a dejar que pasara al final de una experiencia tan hermosa.

Lo que, por su parte, quería decir que tenía que ver a Ellis de nuevo. Como Henry. Una vez más.

—Entiendo que estés ocupado durante las actuaciones. Yo también lo estoy. —Se metió las manos en los bolsillos mientras Ellis descansaba una de las suyas sobre la manilla de la puerta con la llave tarjeta sujeta firmemente en la otra, preparado para entrar en el edificio tan pronto como Cinder dejara de hablar—. ¿Pero a lo mejor podíamos planear encontrarnos después? O en nuestro próximo día libre… Quiero decir, ¿un día que no haya actuación? Cuando hayas terminado aquí —Hizo un gesto hacia el edificio tras Ellis— con tus tareas.

Ellis siguió con la mirada el gesto de Cinder y agarró más fuerte la manilla cuando fijó la vista en el cartel de la entrada trasera.

—De verdad que no debería…

La burbuja de pánico que se había alojado en el estómago de Cinder se desplazó hasta su pecho, presionándole los pulmones hasta que le resultó difícil respirar.

—No aceptaré un no por respuesta. Venga, hombre, lo hemos pasado bien, ¿no? Ayuda a un solitario que no conoce la ciudad y hazme compañía. Prometo que no molestaré en el trabajo si tú prometes encontrarte conmigo en algún sitio después. ¿Trato hecho?

Pasando la mirada de Cinder a la puerta y de nuevo a Cinder, Ellis asintió.

—Vale.

El cuerpo de Cinder se inundó de alivio y la banda que le había estado apretando el pecho se aflojó.

—Vale. Genial. ¿Me puedes dar tu número de teléfono? Hará que sea más fácil organizar las cosas.

Ellis tragó saliva después de humedecerse los labios carnosos hasta que brillaron como un faro, avivando las llamas del deseo que Cinder prácticamente no podía ignorar con una llamada de atención cruel pero inconsciente. Después repitió:

—Vale.

Cinder no dudó a la hora de sacar el teléfono y teclear los dígitos que Ellis le ofreció en la aplicación de mensajería antes de mandarle un mensaje rápido para que Ellis también tuviera su número.

Cuando se separaron, Ellis entró en el edificio con una última mirada, una sonrisa suave y un asentimiento de despedida, y Cinder prácticamente fue dando saltos hasta el aparcamiento.

Su decisión de quedarse en Las Vegas estaba por fin dando fruto.

Capítulo cinco

Ellis apoyó los codos en la barandilla de la estrecha pasarela de metal que miraba al área del escenario y cerró los ojos, dejando que la música le envolviera completamente, que le rodeara los sentidos y le llenara el alma.

Alrededor de los tres cuartos de la actuación de Cinder, había una canción que goteaba pasión y corazón, una canción en la que Cinder usaba exquisitamente su increíble vibrato. Se había convertido en una de las favoritas de Ellis casi desde el principio, y era aún más especial porque su sencillez le daba un momento para respirar, para abrirse y caer con el corazón por delante en la música.

Todas las partes que estaban en constante movimiento durante una producción de éxito se detenían durante esos tres minutos y cuarenta y dos segundos. El espacio en las alturas que él ocupaba se paralizaba y se quedaba en silencio mientras una sola luz de color rojo sangre enfocaba el centro del escenario, destacando una solitaria banqueta de madera y un pie de micro. Tras el tercer cambio de ropa de la noche, con unos vaqueros negros ajustados y una camiseta blanca, Cinder salía al escenario agarrando el mástil de una guitarra acústica. Como si se tratara de una señal, la audiencia prácticamente desaparecía con el orquestado cambio de humor.

Todos sabían qué venía a continuación y, con un suave grito ahogado colectivo, todo el teatro dejaba de respirar. Entonces, como en el latido de un corazón, cuando Cinder descansaba la cadera en la banqueta, ajustaba la cuerda de la guitarra y se acercaba el micrófono, la multitud exhalaba al unísono.

Con la primera nota de la ya familiar canción, a Ellis se le encogía el corazón. La música siempre había ocupado un lugar importante en su vida, afectándole de formas que no podía explicar. Pero nada en sus veintiséis años de vida se había aferrado tanto a su propio ser como podía hacerlo Cinder con su tenor inolvidable mientras temblaba a través de una octava antes de descender en registro e intensidad. Directo a su corazón.

Deseaba que llegara ese pequeño descanso con más ganas cada día que pasaba y le sorprendía sentir curiosidad sobre el hombre que componía de un modo que le tocaba el alma. A Ellis pocas veces le importaba algo que no fuera la música en sí misma, pero había algo distinto en la música de Cinder. El propio Cinder tenía algo diferente, aunque Ellis no podía especificar qué.

Habiendo crecido en Las Vegas con un padrastro que trabajaba en el mundo del espectáculo, a Ellis nunca le había impresionado que alguien fuera famoso. Admiraba el esfuerzo que conllevaba alcanzar y mantener el estrellato, pero podía decir lo mismo de muchos trabajos. Si alguien trabajaba duro, se ganaba el respeto de Ellis sin importar cuál fuera la meta o el resultado.

Pero la curiosidad que sentía sobre Cinder no estaba basada en la novedad de su fama o ni siquiera en el propio hombre. Era la música. Ellis deseaba sumergirse más en ella. Le afectaba de formas que no entendía, pero quería hacerlo. Era como si Cinder viera una parte de Ellis que él ni siquiera había sabido que tenía, y necesitaba saber por qué y… ¿cómo lo hacía?

Quería ponerle un rostro a la voz aunque solo fuera para probar que Cinder era real. Para probar que las respuestas que provocaba en Ellis no eran producto de su imaginación. Para probar que aún era capaz de sentir emociones tan profundas que podían atravesar las paredes que había construido alrededor de su corazón roto tras la muerte de su madre.

Para probar que todavía podía simplemente sentir.

Voluntariamente, la mente de Ellis cambió de dirección cuando las últimas notas roncas se desvanecieron y el escenario se quedó a oscuras. Unos ojos de color avellana brillante y una sonrisa torcida pero segura flotaron hacia sus pensamientos, haciendo que el pulso se le acelerara y en su rostro se dibujara otra sonrisa.

En algún lugar de la oscuridad que había debajo de él, Henry estaba preparándose para unirse a Cinder en el escenario. Nunca le había dicho a Ellis cuál era su papel en la banda, pero Ellis podía imaginarse que era el guitarrista principal o rítmico, teniendo en cuenta que su razón para estar en el teatro en su día libre era rescatar el instrumento olvidado.

Antes de encontrarse con Henry por segunda vez la noche anterior, Ellis había hecho todo lo posible para no buscarle cuando las luces descansaban sobre el escenario. Aunque la tentación había estado ahí, hacía mucho tiempo que había aprendido a luchar contra los deseos que le llevarían a la autodestrucción.

Y, aun así, después de pasar una noche en compañía de Henry, Ellis empezaba a pensar que los beneficios de tener una amistad con él podrían superar los riesgos. Incluso cuando consideraba a su padrastro.

Cuando el ritmo de la canción más animada que seguía al solo de Cinder vibró a través del pecho de Ellis, se obligó a dejar de pensar en el escenario y concentrarse en la galería. Tenía trabajo que hacer y, a no ser que Henry usara el número que Ellis le había dado la noche anterior, enredarse en cosas que podrían pasar en un futuro que podría no ocurrir no tenía muchos beneficios.

~*~*~

Lo único en lo que Ellis podía pensar mientras se quitaba el arnés de seguridad era en darse una ducha fría y meterse en la cama. La actuación había ido sin problemas, pero tenía que levantarse pronto la mañana siguiente para inspeccionar el peine. Uno de sus compañeros había notado una tensión poco normal en una de las líneas, lo que quería decir que tendría que comprobar todos los puntos de contacto de la línea para asegurarse de que todo estaba funcionando correctamente y para encontrar el origen de la tensión antes de que llegaran las tropas para preparar la actuación del día siguiente.

—¿Te ha dicho papá que tenemos otro escalón que hace ruido en el porche?

Ellis se sobresaltó cuando la voz de su hermanastra le distrajo de sus pensamientos. Se volvió para enfrentarse a su mohín y sus brazos cruzados con una sonrisa forzada.

—Ah, hola, Suze. —Aún no estaba acostumbrado a encontrarse con ella en el teatro, pero, hacía unas semanas, después de completar su penúltimo año en el instituto, había empezado a

trabajar para su padre. Ahora, con diecisiete años y trabajando como una aprendiz sin sueldo con solo una fracción de la experiencia que tenía él, su hermanastra estaba muy por delante de Ellis en la carrera con la que él soñaba.

Algo que a ella le gustaba bastante restregarle por la cara.

Ellis apartó los celos mientras se soltaba las perneras del arnés. No le haría ningún bien rebajarse al nivel de madurez de una adolescente melodramática. Si él no era la mejor persona, nadie lo sería, no cuando se trataba de Suzette.

Recogió el material de seguridad antes de darse la vuelta y ofrecerle una sonrisa genuina. Las cejas de Suzette siguieron formando una V enfadada. Cuando hizo una burbuja rosa y la explotó de forma ruidosa en lugar de devolverle el saludo a Ellis, él giró los hombros y suspiró.

—Ray mencionó el escalón la semana pasada, pero no he tenido tiempo de ir a casa a comprobarlo.

Suzette arrugó la cara.

—¿No puedes venir por la mañana? Cin no empieza la actuación hasta la noche. Estoy segura de que tienes tiempo.

¿Cin? Ellis arqueó una ceja. ¿Se había hecho amiga Suzette de los artistas?

Se tragó otra oleada de celos mientras sus pensamientos vagaban de nuevo a Henry. Ray se pondría furioso si se enteraba de que Ellis había cenado con uno de los miembros de la banda, pero Suzette no se enfrentaba a las mismas restricciones.

Era una mierda, pero así era Ray. Nunca le había perdonado a Ellis que siguiera existiendo tras la muerte de su mujer. Joder, nunca había apreciado mucho la existencia de Ellis para empezar. Siempre se había metido en el camino de la relación entre Ray y Maggie.

Al menos así es como lo había visto Ray. Nada que Ellis hubiera hecho, ninguno de los intentos que había hecho para gustarle o de los esfuerzos incontables que había hecho para que simplemente no se fijara en él, habían sido lo bastante buenos como para ganarse al gran Ray Brunswick.

Durante los primeros cinco años de la vida de Ellis, él y su madre habían sido un equipo inseparable. El padre biológico de Ellis había

muerto cuando Ellis era demasiado pequeño para recordarlo, pero, por la forma en la que Maggie hablaba de él, Ellis había crecido idealizándolo tanto como lo hacía ella. Al menos hasta que un nuevo hombre llegó a su vida y, en lugar de encarnar el amor y el apoyo paternal que Ellis había esperado de alguien que ocupara el lugar de su héroe, Ray había sido… horrible.

Pero Maggie le quería, así que, por ella, Ellis lo había intentado. Había ignorado las miradas y las expresiones de disgusto que le lanzaba cuando su madre no estaba mirando. Había soportado las broncas que estaban dirigidas únicamente a él, incluso cuando habían pasado de ser ataques verbales a físicos cuando Maggie enfermó. Y, cuando su madre murió, había aceptado la culpa tan fácilmente como Ray se la había echado.

Se había pasado los años de su formación convencido de que de algún modo había hecho enfermar a su madre y le había permitido morir. Porque no había sido lo bastante bueno. Porque no se había comportado como debía.

Y Ray nunca le dejó olvidarlo. Incluso hoy en día, cuando su cerebro de adulto debería ser lo suficientemente sensato como para evitar las acusaciones irracionales, Ellis todavía dejaba que Ray le afectara.

—Holaaaaaa. —Suzette chasqueó los dedos frente a la nariz de Ellis, haciéndole volver al presente. Entrecerró un ojo—. ¿Has oído una sola palabra de lo que he dicho?

Ellis suspiró y se masajeó la sien. No, no lo había hecho, pero podía imaginarse qué se había perdido y no cambiaría nada su respuesta.

—Mira, haré todo lo que pueda para pasar por la casa mi próximo día libre, pero puede que quieras decirle a Ray que llame a un contratista. Puede pasar un tiempo hasta que encuentre un hueco para ir.

Suzette reventó otra burbuja y resopló por la nariz.

—Es tu casa vieja de mierda. Eso quiere decir que arreglarlo es responsabilidad tuya. Si quieres pagar para que lo haga otra persona, vale, pero esa no es la responsabilidad de papá.

Cuando se largó con un adiós a medias, Ellis dejó caer la cabeza y se tragó un gruñido. Era verdad. La casa era suya, aunque Ray no lo veía de ese modo. Y tampoco lo hacía el banco.

Cuando Ellis había aceptado el trabajo como conserje a los veintiún años y se había mudado a su lugar de residencia actual, su padrastro había hecho más que echarle de casa. También había amenazado con venderla. La casa de su madre. El único hogar que Ellis había conocido y el único espacio físico en el que aún tenía recuerdos de su madre. No iba a permitir que Ray la vendiera de ninguna forma, así que se había ofrecido a ocuparse de la hipoteca hasta que tuviera bastante dinero para comprarla él.

Lo que había resultado ser más difícil de lo que pensaba, considerando que su escaso salario servía para pagar una deuda que ni siquiera estaba a su nombre.

Arrastrándose hacia el camerino para coger ropa limpia para poder limpiarse el peso del día, Ellis se sacó el teléfono del bolsillo de los pantalones cortos y tocó el botón para desbloquearlo. Para su sorpresa, se había perdido varios mensajes de texto de Henry.

El primero lo había mandado antes de que empezara la actuación.

Ey. Dudo que veas esto antes de que terminemos, lo que es normal porque tienes que estar seguro ahí arriba, pero quería darte las gracias otra vez por lo de anoche. Espero que podamos repetirlo… ¿esta noche?

Había recibido otro mensaje más o menos al mismo tiempo que se habían apagado las luces del escenario. Antes incluso de que se encendieran las luces del teatro.

Joder, me vendría bien beber algo. Dime que estás libre.

Ellis rio mientras deslizaba el dedo hasta el tercer mensaje. Este le había llegado unos veinte minutos antes.

He tocado en bastantes teatros como para saber que los tramoyistas trabajáis demasiado duro. Voy a asumir que sigues en el aire y no me estás ignorando.

Cuando Ellis abrió el último mensaje (enviado hacía solo cinco minutos) con un último desliz del pulgar, su risita se convirtió en una carcajada.

Me he duchado y tengo tanta hambre que podría matar a alguien. En este momento, di que no por tu cuenta y riesgo, tío. Estaré esperando en el camerino, pero cuanto más tiempo me dejes aquí sin sustento, más frecuentes y suplicantes se volverán estos mensajes. No tengo vergüenza, y no me da miedo usarlo en mi ventaja.

Con un suspiro, Ellis miró la hora e hizo una mueca. Incluso si quería salir, lo que sí quería hacer, hacerlo a esta hora era imposible. Tenía una cita con el peine temprano por la mañana y ya estaba funcionando de vacío.

Para evitar un encuentro accidental con Henry que podría hacer su negación incluso más difícil, Ellis decidió saltarse la ducha e irse directo a la cama. En la seguridad de su habitación, apoyó la almohada en la pared y se reclinó sobre ella antes de teclear una respuesta, encogiéndose de dolor mientras presionaba el botón de enviar.

Ojalá pudiera decir que sí, pero me espera un día largo mañana. ¿Lo posponemos de nuevo?

Hubo una pausa larga antes de que el teléfono le vibrara en la mano.

No pasa nada. Dormir es importante. Te dejaré en paz esta noche, pero no prometo no acosarte de nuevo mañana. La cabezonería es una de mis mejores virtudes. Te acostumbrarás. O no. De todos modos, pasará.

Ellis le frunció el ceño a la pantalla, deseando con todas sus fuerzas que no tuviera que decir que no, y rezando para que la próxima vez que Henry le ofreciera salir (si es que había una próxima vez), Ellis no tuviera que rechazarlo de nuevo.

Dale de comer a la bestia hambrienta antes de que se apodere de ti. Buenas noches.

Pasó solo un momento antes de que esos tres pequeños puntos aparecieran en la pantalla, seguidos de una respuesta rápida que le hizo poner una sonrisa ridícula por razones que no se atrevía a admitir.

Hasta mañana. Dulces sueños, E.

Capítulo seis

—Menos mal que has pedido comida como para un ejército, porque me muero de hambre.

Cinder levantó la vista y sonrió mientras su mejor amiga, Kumiko, y su mujer, Lizbeth, entraban con paso tranquilo en el camerino. La comida que había pedido (que habían recogido en la recepción por él) colgaba de los dedos de Lizbeth, y Kumiko le arqueó una ceja inquisitiva a Cinder. Él señaló la mesa de acero inoxidable y cristal con la barbilla y volvió a centrar su atención en el silencio frustrante del teléfono.

—Servíos.

—En serio, Cin, ¿has pedido todo el menú o qué? Espero que no estuvieras planeando una fiesta y se te haya olvidado invitarnos. —Lizbeth dejó caer las bolsas sobre la mesa y revolvió ansiosamente los contenidos hasta que encontró algo que le interesó. Después de coger unos cubiertos de plástico, se dejó caer a su lado en el sofá y atacó uno de los incontables platos de pasta que Cinder había pedido en un restaurante italiano local.

Kumiko se sentó en el brazo del sofá más cercano a Cinder y empezó a masajearle los músculos tensos de la nuca.

—¿Qué te reconcome, querido?

Si había alguien que fuera a percatarse de que últimamente Cinder estaba cada día de peor humor, esa era Kumiko. A veces pensaba que le conocía mejor que sus propios padres. Con un suspiro, cerró los ojos y se inclinó hacia el masaje que tanto necesitaba.

A su otro lado, Lizbeth le golpeó el muslo con el suyo y añadió su granito de arena.

—Sabes que puedes hablar con nosotras de cualquier cosa, ¿verdad? A ver, el padrino de nuestro hijo es familia sin contar con toda esa mierda de los genes que no significa nada para mí.

Le costó un momento, pero las palabras se colaron en el cerebro confundido de Cinder y se le abrieron los ojos como platos. Se libró de la mano de Kumiko y se levantó, antes de girarse para mirar de

frente al rostro sonriente de Lizbeth y la frustración fingida que se apoderó de las facciones regias de Kumiko.

—Para el carro. ¿Padrino?

Frotándose las manos en el algodón suave de los pantalones de yoga (el uniforme habitual fuera de las horas de actuación), Kumiko le lanzó una mirada a su mujer, que le guiñó el ojo antes de meterse otro tenedor de pasta a la boca, y se giró para mirar a Cinder a los ojos.

—Lizbeth está embarazada.

—Está… —Cinder sacudió la cabeza y notó que una sonrisa le tiraba de los labios—. Bueno, joder. Enhorabuena a las dos. Esto es enorme.

Kumiko se encogió de hombros y después se inclinó sobre el asiento que Cinder había abandonado para apartarle a Lizbeth un rizo castaño de la frente. La adoración pura que había en sus ojos cuando sus miradas se encontraron en un intercambio silencioso pero breve fue suficiente para que la felicidad y la envidia inundaran a Cinder a partes iguales. Cuando Kumiko volvió a prestarle atención, apartó todos los celos infantiles de su rostro y sonrió. Ella le devolvió la sonrisa y elevó el mentón.

—Siempre existe la posibilidad de que la fecundación in vitro no funcione y los primeros meses del embarazo tienen muchísimo riesgo. Espero que no enfades porque no te lo hayamos dicho hasta ahora. Queríamos estar seguras de que estaba pasando de verdad antes de compartir la noticia.

Cinder les quitó importancia a sus palabras con una sacudida de la mano.

—No te atrevas a disculparte. No hay ninguna razón en absoluto por la que deberíais haberme involucrado en esto. Me entusiasma conocer las buenas noticias ahora, pero mi papel de sujetavelas no me incluye en vuestra vida matrimonial.

—Lo sé, querido, pero… —Kumiko suspiró y se levantó, atravesando la poca distancia que les separaba. Rodeó la cintura de Cinder con unos brazos delgados y descansó la cabeza sobre su hombro, tarareando con gratitud cuando él le devolvió el abrazo—. Te queremos. Eso lo sabes, ¿verdad?

Asintió contra su pelo negro y sedoso antes de besarle la cabeza.

—Lo sé, y yo también os quiero a las dos. Joder, por lo visto ahora hay tres personas a las que querer.

Lizbeth gruñó y se levantó del sofá de un salto, dejando abandonado el plato de pasta mientras se apresuraba a unirse a la muestra de amor. Se acurrucó bajo el brazo estirado de Cinder y abrazó la cintura de Kumiko hasta que encajaron juntos como las piezas de puzle desencajadas que eran. Habían cambiado de forma enfrentándose al mundo unidos durante años hasta que se habían convertido en el trío inseparable que eran hoy en día.

—No os pongáis sensiblones delante de mí. Ahora mismo soy un monstruo cargado de hormonas. Si me hacéis llorar, pagaréis por ello más adelante.

Cinder abrazó a las personas más importantes de su vida e intentó con todas sus fuerzas centrarse en su felicidad e ignorar la punzada egoísta de ansiedad que había desvelado esa buena noticia. No le iban a abandonar nunca. Puede que la maternidad fuera una nueva aventura de la que él no podría formar parte, pero eso no quería decir que fuera a perderlas.

Sin embargo, teniendo en cuenta la cantidad de veces que se había regodeado en su propia autocompasión últimamente, no le sorprendía que su entusiasmo hubiera sido apagado por el miedo al abandono y la soledad. Estaban siempre al frente de sus pensamientos, después de todo.

—Vale. —Kumiko le clavó una uña con una manicura perfecta a Cinder en las costillas—. Nosotras hemos compartido nuestra noticia. Obviamente, eres el padrino. Ni siquiera puedes decir sí o no, simplemente es así.

—Sí. —Liz asintió contra su hombro—. Y ahora que ya se sabe y está decidido, te toca a ti decir la verdad. Estamos preocupadas por ti.

Cinder les dio a ambas un beso en la frente antes de apartarse del abrazo grupal y dejarse caer de nuevo en el sofá con un suspiro profundo. Lizbeth volvió a sentarse a su lado, doblando las piernas delgadas y tatuadas debajo del culo mientras atacaba la pasta de

nuevo. Kumiko eligió sentarse en la mesa de café frente a él en lugar de volver al brazo del sofá.

Les ofreció una sonrisa pequeña antes de mirar el teléfono silencioso que tenía agarrado en la mano.

—¿Os acordáis del tío con el que salí a cenar y a tomar algo la semana pasada?

Kumiko asintió y frunció el ceño.

—Claro, el que conociste en la fiesta de bienvenida, ¿no? ¿Tenemos que darle una patada en el culo?

Cinder dejó escapar una risotada y negó con la cabeza.

—No. Yo solo… Pensaba que habíamos conectado. Algo encajaba, ¿sabéis? No podía explicarlo entonces mejor de lo que puedo ahora, pero…

—¿Pero? —Kumiko le puso a Cinder una mano reconfortante en la rodilla. A su lado, Lizbeth movió los dedos de los pies contra su cadera en su propia muestra de apoyo silenciosa.

—Ha desaparecido. Otra vez. Nos escribimos algunos mensajes el día siguiente, pero después… nada. No me contesta cuando le escribo o le llamo y, aunque trabajamos en el mismo puto teatro, no le he visto ni una sola vez desde entonces.

Lizbeth le dio un golpe a Cinder con el codo, el mismo al que llamaba su «Betty Booper», debido a su afición por clavar el codo huesudo en las costillas de la gente combinada con el tatuaje que le cubría todo el brazo y que tenía a la notoria Betty Boop en el centro.

—¿Y todo esto pese a haberte quedado por aquí antes y después del espectáculo, mientras los demás salimos y disfrutamos de la trampa turística que es nuestro nuevo hogar?

Dejó escapar una risa floja. Intentar esconderse de esas dos no tenía sentido; le sacarían la verdad de un modo u otro.

—Sí, incluso a pesar de todo eso.

—¿Por eso has pedido tanta comida? —Kumiko apuntó a las dos bolsas de distintos platos de pasta que estaban en la mesa detrás de ella—. ¿Para poder esconderte aquí cuando no hay actuación y rezar para encontrarte con tu tramoyista macizo?

Aquello solo tenía parte de verdad. La última vez que habían tenido un descanso en la programación había sido la noche que Ellis

y él habían salido. Cada día desde entonces había habido por lo menos una actuación y los días que había matinés programadas, dos. Pero ahora, después de la actuación de esa noche, tenían dos días enteros libres. Teniendo que cuenta que Ellis vivía en el teatro, Cinder planeaba «encontrarse» con él después de que todo el mundo se fuera por la noche.

Había pedido esa ingente cantidad de comida con la esperanza de convencer a Ellis de cenar juntos otra vez. Había pensado que, si ya estaba allí, y en cantidades abundantes con todas las opciones disponibles, Ellis no podría decir que no.

Y entonces a lo mejor Cinder podría descubrir por qué había dejado de hablarle. Si no había sido porque Ellis había descubierto la verdadera identidad de Cinder y estaba enfadado porque no se lo hubiera dicho, podría enmendar ese error y cualquier otro que pudiera haber abierto una brecha entre ellos. Y, si era por eso, podría suplicar una segunda oportunidad y cualquier cantidad de perdón inmerecido que Ellis estuviera dispuesto a ofrecer.

Lizbeth dejó caer la cabeza sobre el hombro de Cinder.

—¿Por qué no vienes a casa con nosotras? Podríamos poner una película y después aburrirte con nuestra lista de nombres para bebés en lugar de dejar que la veas.

Cinder le apretó el brazo, riéndose.

—Agradezco la oferta, pero creo que voy a quedarme un rato más por aquí y después irme a dormir temprano.

Kumiko se levantó.

—¿Lo posponemos para mañana?

Algo se contrajo en el pecho de Cinder con esa elección de palabras. Ellis todavía le debía algo que habían pospuesto, y Cinder estaba decidido a hacer que pasara.

—Me gustaría. —Se levantó y le ofreció una mano extendida a Lizbeth, que aceptó la oferta y dejó que tirara de ella hasta ponerse de pie—. ¿Puedo acompañaros hasta la seguridad de vuestro coche?

Lizbeth le revolvió el pelo que seguía húmedo después de la ducha.

—Como siempre, vaquero.

Pasándole un brazo por los hombros, Cinder abrió el otro para Kumiko y se dirigieron hacia la puerta.

Cuando salieron del camerino de Cinder, una joven morena y alegre estaba de pie justo en la puerta con una carpeta, apuntando a algo sobre su cabeza y echándole la bronca a algún pobre desgraciado escondido en la oscuridad mientras intentaba seguir las órdenes que le ladraban. Kumiko silbó para sí y Lizbeth escondió una risita, pero todo lo que Cinder pudo hacer fue fruncir el ceño y sentir compasión por quien estuviera recibiendo esas órdenes malhumoradas.

Sorprendentemente, cuando volvió veinte minutos más tarde del garaje subterráneo privado en el que había dejado a Kumiko y a Lizbeth junto a su coche, la señorita Cascarrabias aún seguía junto a la puerta del camerino. Tenía la carpeta abrazada al pecho mientras explotaba burbujas de chicle rosa y se retorcía un mechón de pelo completamente liso con un dedo que tenía la uña pintada de color rosa neón.

Cuando vio a Cinder, se le abrieron los ojos y absorbió una burbuja a medio formar entre los labios de color cereza.

—¡Dios mío! —Estiró la espalda mientras se le iluminaba el rostro con una sonrisa amplia—. ¡Hola!

Sin pensarlo, Cinder se convirtió en su personaje público, plantándose el encanto que había perfeccionado siendo un niño y devolviéndole a la joven la sonrisa. Pero, antes de que pudiera decir dos palabras en respuesta a su saludo alegre, algo que vio por el rabillo del ojo captó su atención. Cuando se volvió por instinto, su mirada aterrizó en un Ellis sudoroso y de aspecto atribulado. Llevaba pantalones cortos, una camiseta tan ceñida que prácticamente era un pecado y un arnés de seguridad que abrazaba una parte determinada de su anatomía de un modo que hizo que la sangre se acumulara en un lugar similar en el propio cuerpo de Cinder.

La morena soltó un gritito de sorpresa y se apresuró a hacer de centinela innecesaria entre Cinder y Ellis, sujetando la carpeta a modo de escudo. Después, en una voz tan baja que casi no podía escucharse, escupió por encima del hombro:

—Lárgate de aquí.

Sin importar lo equivocada que estuviera, Cinder podía apreciar el intento de la mujer de protegerle de potenciales mirones. Pero después de haber esperado días para poder volver a ver a Ellis y sabiendo, al menos, que su seguridad no era la razón por la que le había ignorado, Cinder no iba a dejar que esa humana diminuta asustara a Ellis.

—Ah, la verdad… Preferiría que no te fueras a ningún sitio todavía. —Cinder miró a Ellis a los ojos y en ellos vio… ¿Sorpresa? ¿Terror? ¿Una mezcla de ambas cosas?—. Te he estado buscando.

Ellis tragó saliva.

—¿De verdad?

Casi a la vez, la morena se giró sobre los talones y le frunció el ceño, coreando la pregunta de Ellis de forma mucho más repelente.

—¿De verdad?

Con una risa incómoda, Cinder asintió.

—Sí, de verdad. ¿Hay alguna posibilidad de que pudiéramos hablar un segundo? —Miró a la mujer y sonrió. Con paciencia, y con tanta amabilidad como le fue posible, pero con una intención clara, añadiendo por si acaso—: ¿A solas?

Ella arqueó las cejas y apretó los labios.

—Por supuesto. —Entonces, antes de que Cinder pudiera señalar a su camerino e invitar a Ellis a entrar, ella se volvió y centró su atención en Ellis—. Date prisa. Aún nos queda trabajo por hacer. —Después se fue indignada.

Ellis entrecerró un ojo antes de mirar al suelo.

—Siento no haber respondido tus mensajes. Ha sido una semana de locos.

A Cinder le inundó el alivio, y aquello mejoró su humor de forma significativa. Por lo menos no parecía que Ellis estuviera enfadado con él. A lo mejor Cinder todavía tenía una oportunidad de hacer las cosas bien.

—No te preocupes. Estás aquí ahora.

—Sí, eh… La verdad es que debería volver al trabajo. Todavía no ha terminado mi turno.

—Vale, entonces ¿por qué no nos encontramos aquí cuando termines? He pedido comida. Podríamos calentarla y…

—No puedo, lo siento. —Ellis negó con la cabeza y un rubor ligero le coloreó las mejillas mientras seguía evitando la mirada de Cinder—. No es nada personal, lo prometo. Pero, de verdad, deberías olvidarte de mí. Te iría mejor buscando compañía en otro sitio.

Cinder se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros desgastados. Ahí había algo que no iba bien. Si creyera que Ellis no quería volver a verle, no insistiría. Había recibido insinuaciones que no había querido demasiadas veces durante su vida, así que de ningún modo iba a forzar su compañía en alguien que no la quería. Pero estaba pasando algo más. No sabía exactamente qué, pero no iba a rendirse tan fácilmente.

—Entiendo que sigues trabajando, así que no te retendré. Pero ¿puedes hacerme un favor? —Cuando Cinder se calló y esperó a que Ellis levantara la vista antes de seguir hablando, Ellis le recompensó con la posibilidad de mirar esas profundidades de cristal líquido en sus ojos—. Cuando termines esta noche, no me importa qué hora sea, ¿pasarás por aquí?

Ellis abrió la boca para protestar, con la intención de objetar clara en la mirada, pero Cinder levantó una mano para detenerle.

—No, en serio. Tengo comida, un sofá cómodo y una televisión de pantalla grande con todos los servicios de *streaming* habidos y por haber. Mi intención es pasar una noche tranquila. Cuando sea que termine tu turno, dame unos minutos de tu tiempo, ¿vale? Después te prometo que te mandaré directo a la cama para que puedas conseguir el descanso que seguro que te has ganado. Solo… cinco minutos, ¿vale?

Mordiéndose el labio, Ellis miró hacia atrás antes de suspirar y asentir con suavidad.

—Vale. —Cuando una voz atronadora gritó el nombre de Ellis a lo lejos, hizo un gesto de dolor y caminó hacia el sonido—. Tengo que irme.

Cinder le ofreció un saludo pequeño y una sonrisa.

—Hasta luego.

Ellis hizo una pausa antes de que una de las comisuras de sus labios se inclinara en una medio sonrisa.

—Hasta pronto.

Capítulo siete

Ellis se quitó el arnés de seguridad con movimientos lentos y forzados. Sus pensamientos habían estado agitados desde su encuentro inesperado con Henry.

No había pretendido ignorarle. Al principio no, al menos. Pero entre las exigencias de su trabajo en el Colosseum y las reparaciones sin fin que podían ocurrírseles a su padrastro y su hermanastra cuando realmente hacían un esfuerzo (como reforzar el pomo de un armario de la cocina o arreglar el agujero de la pared después de que Ray le tirara una botella de cerveza llena a la televisión cuando su equipo perdió un partido importante), había tenido muy poco tiempo libre durante la última semana. Las pocas veces que había mirado el teléfono y visto las llamadas perdidas y los mensajes de Henry no había tenido energía para responder.

Y después Ray le había dado otra sorpresa. En solo unos años, había conseguido malgastar todo el dinero que había recibido al rehipotecar la casa. Una segunda hipoteca cuyos pagos salían de los bolsillos de Ellis junto a la suma original.

Juntar el abuso del alcohol de Ray y su adicción al juego significaba que su lucrativo salario pocas veces le llegaba para cubrir los gastos excesivos. Pero cuando había pedido el crédito, a todas formas haciendo que Ellis tuviera que cubrir contra su voluntad el coste de mantener sus adicciones, Ray había jurado por activa y por pasiva que sería más que suficiente para sacarle del agujero y mantenerle a flote. Por desgracia, había calculado mal sus propias habilidades y sus arcas ya se habían secado.

La casa no tenía un patrimonio neto lo bastante grande como para considerar siquiera una tercera hipoteca (gracias a Dios), pero aun así Ray esperaba que Ellis arreglara el problema. Si no lo hacía, todos esos años en los que le había dado cada penique para proteger su hogar habrían sido para nada. Y si Ray seguía adelante con la idea de vender la casa como había amenazado con hacer una vez, Ellis no solo perdería el único lazo tangible con los recuerdos de su madre que seguían desvaneciéndose, sino que además tiraría por

el retrete cada centavo que había puesto en la casa durante los últimos cinco años.

Entonces Ray le había dado una última estocada al recordarle que el futuro de la carrera de Ellis estaba en sus manos. Si Ellis perdía su trabajo en el Colosseum, algo que Ray podía hacer que pasara con facilidad pese a la reputación impecable de Ellis con su jefe y compañeros de trabajo, nadie en la industria se arriesgaría a contratarle. Después de todo, tenía que haber algo malo en un hombre de veintiséis años que llevaba desde los quince haciendo el mismo trabajo de tramoyista en el teatro.

Eso sin mencionar que nadie consideraría siquiera contratarle en un trabajo relacionado con el audio sin ninguna prueba creíble de su experiencia. Sobre todo con una historia de vida laboral tan poco impresionante.

Estar en esa situación era culpa del propio Ellis. Había estado tan cegado por la aspiración de calzarse los zapatos de su padrastro, que se había creído cada pizca de mentira que Ray le había puesto en bandeja a lo largo de los años. Y, aun así, incluso sabiendo que no había verdad bajo la mayoría de las cosas que Ray le había dicho, una parte de Ellis no podía librarse de la esperanza subyacente.

Todavía había tiempo para que Ray cumpliera sus promesas y cada vez que le daba una responsabilidad a Ellis (lo supieran otras personas o no) le acercaba un poco más al futuro de sus sueños.

Ellis hizo una parada en el baño para lavarse la cara y las manos antes de meter toda la cabeza debajo del grifo y dejar que el agua fría le empapara el pelo. Dejó que le enfriara el cuello que tenía demasiado caliente y que le goteara por la espalda. Necesitaba una ducha, pero no podía hacer que Henry esperara más de lo que ya lo había hecho.

Pese a lo mucho que quería verle, Ellis agradecía que Henry solo le hubiera pedido cinco minutos. Le dolían los músculos y la cabeza y tenía que levantarse y hacerlo todo de nuevo el día siguiente. Su plan era disculparse por haberle ignorado y prometerle compensárselo más tarde, con suerte un día que estuviera menos ocupado. Después Ellis podría robar unos momentos privados bajo

una cascada de agua que le limpiara antes de dejarse caer en la cama y quedarse inconsciente.

Cuando llegó a la puerta del camerino donde había hablado con Henry solo unas horas antes, Ellis apretó los puños.

Los nervios hacían que sintiera el pulso en el cuello, algo que era completamente ridículo. Henry era músico, estaba acostumbrado a estar de gira con el escenario siempre cambiante y una horda de fans leales que le siguieran como cachorritos. Estar parado en un mismo lugar probablemente le hacía desear algo distinto. ¿Y qué podría ser más distinto que entablar una amistad con alguien oriundo de Las Vegas, alguien que creía que podía ayudarle a pasarlo bien y enseñarle los entresijos de la ciudad del pecado?

No era como si Henry fuera a estar buscando algo más que eso. Especialmente no de alguien como Ellis. Si Henry quería una amistad de verdad (o algo que se pareciera a los anhelos ridículos que llenaban la mente de Ellis como un recordatorio cruel de algo que nunca podría ser), podía tener a quien quisiera. ¿Por qué elegiría a alguien como Ellis, que no era nadie? Alguien que, pese a la soledad asfixiante con la que vivía, no tenía la energía en su existencia sobrecargada de responsabilidades para responder a un sencillo mensaje de texto.

Tomó aire para coger fuerzas y llamó a la puerta con la potencia suficiente para que le oyeran pero, con suerte, no lo bastante fuerte como para despertar a Henry si se había quedado dormido. Después de todo, no necesitaba añadir nada a su estatus de perdedor molestando a Henry.

La puerta se abrió en cuestión de segundos con Henry de pie al otro lado, más sexy de lo que le convenía con la ropa arrugada y el pelo revuelto después de haberse pasado la tarde en el sofá. Otra razón por la que Ellis no podía dejar que esa «amistad» fuera más lejos; si Henry descubría que Ellis se sentía atraído por él, las cosas solo irían a peor.

—Has venido. —Henry sonrió. Después, antes de que Ellis pudiera responder, alargó la mano, le agarró de la muñeca y tiró de él hacia el interior del camerino. Le guio hasta el sofá después de

cerrar la puerta tras ellos—. Estaba empezando a pensar que ibas a dejarme plantado.

Ellis dejó que Henry le hiciera sentarse en el sofá, pero se apartó de inmediato, demasiado consciente del sudor y la suciedad que tenía pegados a la piel después de un turno de 18 horas y que el aroma a recién duchado de Henry solo amplificaba.

—No puedo quedarme mucho rato. —Ellis evitó la mirada penetrante de Henry, clavando la suya en su propio regazo.

—Lo sé. —La voz de Henry era tranquila pero segura. Controlada. De algún modo, con solo dos palabras inocentes, había conseguido que un escalofrío de deseo desinhibido recorriera la columna de Ellis —. Te he dicho que no te retendría, y lo decía en serio. La actuación terminó hace cinco horas y acabas de terminar tu turno así que está claro que has tenido un día largo. Lo respeto. Pero no podía dejarte desaparecer de nuevo sin conseguir al menos una respuesta a una pregunta que me ha estado reconcomiendo toda la semana.

Cuando Henry se quedó en silencio en lugar de hacer la pregunta que había mencionado, Ellis se arriesgó a levantar la vista y se encontró con los ojos clavados en los de Henry. Había puesto una pierna doblada sobre el sofá y estaba sentado de lado. Tenía el codo apoyado en el respaldo de forma casual, con la mano colgando peligrosamente cerca del bíceps de Ellis. Una sola ceja se alzó a modo de pregunta, avivando aún más el deseo que ahora se acumulaba en el interior de Ellis.

Después de aclararse la garganta, Ellis estiró la espalda y asintió.

—Vale.

Henry se tomó su tiempo. Tenía los ojos fijos en los de Ellis, dejándole clavado al asiento mientras se acercaba un poco más. Lo bastante cerca como para acariciar con el pulgar la barba de dos días en el mentón de Ellis y hacer que se le disparara el pulso.

Tragando saliva, Ellis luchó por mantener la voz firme cuando habló con voz ronca:

—Pensaba que tenías una pregunta.

Una media sonrisa tiró de la comisura de los labios de Henry.

—Así era, y me la acabas de contestar.

—¿Sí? —Ellis frunció el ceño. El deseo le nublaba la mente, pero aún estaba lo bastante despierto como para saber con seguridad que Henry no le había preguntado nada.

Con un canturreo a modo de afirmación, Henry se acercó más todavía.

—Quería saber si sentías lo mismo que yo. Creía que podía ser así, pero necesitaba estar seguro antes de decidir dar un paso adelante. —Devolvió el pulgar al mentón de Ellis, pero, esta vez, lo movió hacia arriba hasta que la piel callosa que iba de la mano por haber pasado años jugando con una cuerda de guitarra acarició el labio caliente e hipersensible de Ellis.

Ellis apretó la mandíbula. Tenía que estar malinterpretando la situación. No había forma de que…

El pensamiento se detuvo de forma abrupta cuando Henry reemplazó la caricia amable de su pulgar con la suavidad dulce de sus labios. De la garganta de Ellis se escapó un gemido estrangulado y cerró los ojos, cerrando los puños mientras luchaba contra el impulso de alargar las manos y apretar a Henry contra él.

Terminó tan rápido como había empezado. Henry hizo poco más que acariciar los labios de Ellis con los suyos antes de apartarse y, sin embargo, en el tiempo que duró ese momento robado, Ellis perdió todo el autocontrol.

Frunció el ceño después de parpadear.

—Yo… No has… Quiero decir, no pensaba que…

Una carcajada alegre llenó el aire como una burbuja y los labios de Henry volvieron a darle otro beso (demasiado breve) en los labios.

—¿Qué es lo que no pensabas? ¿Qué fuera gay? Bueno, tienes razón, no lo soy.

Ellis negó con la cabeza esperando que la propia acción despejara algo de la niebla de su mente. Si Henry no era gay, si no estaba interesado en Ellis de ese modo… ¿entonces por qué había…?

—Puedo oírte dándole vueltas a la cabeza. —Henry dejó escapar una risa antes de poner un nudillo bajo el mentón de Ellis y levantarle la cabeza para mirarle a los ojos—. Es verdad, no me describo como gay, pero solo porque no me atraen únicamente los

hombres. Soy pansexual. Es quién es una persona lo que me enciende los motores, no qué partes tienen. Y tú, Ellis, eres exactamente mi tipo.

Un rubor ridículo le subió a Ellis por el cuello, calentándole las mejillas hasta que ya no pudo seguir mirando a Henry a los ojos. No tenía experiencia en situaciones como esa. Había pasado la mayor parte de su vida adulta en un abotargamiento permanente de demasiado cansancio por un trabajo que le dejaba poco tiempo para socializar.

Los pocos amantes que había tenido habían sido todos antes de que cumpliese los veintiún años y ninguno había sido más que una curiosidad experimental. Había descubierto que era gay después de la pubertad y de que las hormonas desbocadas que hacían que sus compañeros de clase babearan por las chicas de su curso se volvieran traicioneras en su propio cuerpo, dejándole avergonzado e incómodo alrededor del género equivocado.

Pero su madre (la única persona con la que había podido hablar sobre sus pensamientos confusos sin que le juzgaran) había fallecido antes de que ocurriera. Hablar con su padrastro ni siquiera era una opción. Así que para cuando había aceptado la situación tras años de confusión y autodesprecio, no había sabido dónde empezar. Fruto de la desesperación, a los diecinueve años y aún virgen, había ido a un club gay de mala fama del Strip y dejado que un extraño le llevara a su casa.

Sin ser consciente de lo poco que Ellis sabía en realidad, el tipo se había puesto un condón sin ceremonia, se había cubierto la polla de lubricante y agachado a Ellis sobre el respaldo de sofá tres pasos después de entrar en su apartamento. Ellis había perdido la virginidad con los calzoncillos alrededor de las rodillas y la cara clavada contra una tela áspera y saturada del olor de cigarrillos. Si eso no resumía el alcance de su «vida amorosa» (o la falta de ella), Ellis no estaba seguro de qué podría hacerlo.

—Vale, bien, has cumplido con lo que te he pedido. Han pasado cinco minutos y he obtenido respuesta a mi pregunta apremiante. —Henry le dio un apretón en la rodilla antes de levantarse y extender

una mano para ayudarle a hacer lo mismo—. Solo otra pregunta rápida y te dejaré ir. ¿Tienes microondas?

Ellis echó la cabeza hacia atrás.

—¿Microondas? Ah, sí, sí que tengo.

—Bien. —Henry fue hacia la zona en la que estaba la cocinilla y rebuscó en el frigorífico. Reapareció con una bolsa grande de papel marrón doblada en el borde superior y dentro de una bolsa de la compra de plástico que decía «Gracias, que tenga un buen día» en mayúsculas con un emoticono de una cara sonriente entre las líneas del texto. Se la pasó a Ellis, que aceptó el paquete misterioso con un gruñido de protesta. Henry apuntó a la pesada bolsa con los labios curvándose en una sonrisa suave—. Es comida italiana. La he pedido para ti… bueno, para nosotros, pero yo ya me he comido mi parte. Adelante. Llévatela. Calienta un poco y llénate la tripa antes de irte a dormir, ¿vale?

Desconcertado, Ellis no pudo sino asentir mientras dejaba que Henry le guiara hasta la puerta sin protestar. Pero cuando Henry puso una mano en la puerta y agachó la cabeza hasta que sus miradas se encontraron para evitar que agarrara el manillar de forma automática y saliera de la habitación, Ellis frunció el ceño.

—Oye. —Las facciones de Henry se arrugaron con preocupación mientras levantaba la mano para acariciar la mandíbula de Ellis—. Habla conmigo. ¿Estás bien? ¿He sobrepasado algún límite? —Cuando Ellis negó con la cabeza pero sin responder de forma verbal, Henry maldijo para sí mismo y dejó caer las manos—. Lo siento mucho. Debería haberte pedido permiso antes de besarte. Debería…

—No. —Ellis consiguió articular la palabra a pesar del nudo que tenía en la garganta, negando con la cabeza para enfatizar. Tragó saliva unas cuantas veces y se pasó una mano por la cara—. No has hecho nada mal. —La risa de Ellis fue más bien un resoplido—. Estoy un poco oxidado en este aspecto. Necesito un poco de tiempo para procesarlo. Esto… —Gesticuló de forma incómoda entre él y Henry—, no es lo que pensaba que iba a pasar esta noche.

Henry entrecerró los ojos.

—¿No? ¿Qué pensabas que iba a pasar?

Ellis apretó los labios y se encogió de hombros.

—Pensaba que iba a decirte que ser amigos no era una buena idea, que iba a salir por esa puerta y que nunca volverías a dirigirme la palabra.

Henry se quedó completamente quieto antes de exhalar y bajar los hombros.

—¿Es eso lo que quieres?

Ellis gruñó y echó la cabeza hacia atrás para mirar al techo, como si pudiera encontrar la respuesta correcta escrita en las baldosas onduladas. Cuando las manchas de humedad resultaron de poca ayuda, suspiró y volvió a mirar al frente, concentrándose en algún lugar en la distancia por encima del hombro de Henry.

—No. Quiero decir sí, eso era lo que quería. Lo que pensaba que era lo mejor, al menos, pero ahora… No lo sé.

—Vale, me parece justo. —La voz de Henry era suave y estaba llena de comprensión—. Sé que ya te he pedido mucho hoy, pero tengo que pedirte otro favor y después dejaré que te vayas a dormir sin ninguna otra interferencia.

Pasándose una mano por el pelo todavía húmedo, Ellis gruñó para mostrar que estaba de acuerdo, pero continuó evitando la mirada de Henry pese a que podía sentir su peso como un contacto físico sobre la piel.

—Consúltalo con la almohada. Esto. Todo. —Henry alargó la mano para abrir la puerta y después dio un paso a un lado para que Ellis pudiera salir—. Y, cuando te escriba mañana, prométeme que al menos responderás. No me importa si me dices que me vaya a la mierda, solo… di algo, ¿vale?

Abrumado por la necesidad repentina de salir corriendo, de buscar un espacio libre de la incertidumbre asfixiante que le tenía agarrado por la garganta, todo lo que Ellis pudo hacer fue asentir antes de salir disparado hacia la seguridad de su habitación. Una vez más, en lugar de ducharse, trepó bajo las mantas y se escondió de un tsunami emocional provocado por un enigma de cara pecosa.

Capítulo ocho

Por décima vez en tan solo diez minutos, Cinder miró el móvil para ver la hora y para asegurarse de que no se había perdido una llamada o un mensaje de Ellis.

Para su total sorpresa, sin necesidad de escribirle él primero, Cinder se había despertado esa mañana y se había encontrado con un mensaje de Ellis. Ese momento le había hecho quedarse literalmente boquiabierto, teniendo en cuenta las interminables llamadas y mensajes que no habían sido respondidos.

Era corto y dulce, pero el significado que se escondía tras las palabras hizo que una sonrisa más amplia que las habituales atravesara la cara de Cinder, sobre todo teniendo en cuenta que aún no había tomado café. Había saltado de la cama como si un asiento eyectable le hubiera lanzado al aire y se había dirigido a la ducha a toda prisa.

Mientras esperaba a que el agua se calentara en su ducha de mármol rosa con modo lluvia y que no estaría fuera de lugar en un anuncio de champú, había releído el mensaje con una sonrisa tonta en la cara.

Me alegro de que ayer las cosas salieran como tú querías y no como quería yo.

Antes de meterse debajo del agua, Cinder había tecleado una respuesta rápida.

¿Significa eso que me dejarás invitarte a comer?

Mientras se pasaba la toalla por el pelo húmedo veinte minutos más tarde, le llegó la respuesta de Ellis.

Eso me gustaría.

Y ahora, dos horas más tarde, Cinder estaba de pie en la entrada trasera donde había quedado en encontrarse con Ellis. Aunque tenía una tarjeta para abrir la puerta, luchó contra la tentación de entrar y atrapar a Ellis entre sus brazos para darle el beso sin restricciones que se había contenido de darle la noche anterior.

Pero le parecía una invasión de la privacidad, teniendo en cuenta que Ellis vivía en el teatro y Cinder estaba allí para recogerle para

una cita.

Así que, en lugar de eso, mantuvo los nervios ansiosos bajo control mirando el teléfono (otra vez) para confirmar que la hora a la que habían acordado encontrarse no había pasado. Y no lo había hecho. Cinder aún tenía que esperar cinco minutos.

Para pasar el tiempo, practicó las cosas que había planeado decirle a Ellis durante la comida. La charla en la que le suplicaba que por favor no le odiara por ocultarle la verdad que había pasado toda la mañana perfeccionando hasta que fue una mezcla cuidadosamente compuesta de una parte de súplica, dos partes de disculpa y una parte «lo hice porque eres especial, así que por favor no imagines que había nada perverso en mis acciones cuando todo lo que quiero hacer es conocerte mejor y a lo mejor al final desnudarte y llegar a conocerte mejor de verdad».

Aunque tenía planeado ver cómo se sentía Ellis antes de lanzarse a la piscina con eso último. Se había asustado con un simple beso, así que Cinder necesitaba estar seguro de que estaban en la misma página antes de avanzar más en esa dirección.

Sonó la cerradura y la puerta pesada de seguridad se abrió, revelando la definición de algo que era un regalo para la vista. Cinder se bajó la visera de la gorra que llevaba para esconderse mejor del sol abrasador de Las Vegas y se bebió la visión como un vaso alto de agua fría vestido con una camiseta ajustada, un par de vaqueros que le abrazaban el culo y unas botas de trabajo desgastadas. Todavía tenía el pelo húmedo y lo llevaba peinado hacia atrás, pero unos pocos mechones rubios ya se habían soltado y le caían por la frente.

Olía tan pecaminoso que Cinder no pudo contener el murmullo de satisfacción que le subió por la garganta cuando el aroma se deslizó por el calor estancado para posarse sobre él como una brisa suave.

Vale, estaba colgado por Ellis. Muy colgado. Era algo innegable y totalmente desconocido para él. Pero… le gustaba. Y mucho.

Casi tanto como le gustaba Ellis.

—Hola. —La sonrisa tímida que inclinó los labios dulces de Ellis hizo que a Cinder se le encogiera aún más el estómago, hasta que

necesitó a Ellis de un modo casi doloroso que no había sentido nunca.

¿Era esto lo que se sentía cuando sentías pasión por alguien? ¿O se había saltado esa fase sin siquiera darse cuenta? Porque no había nada en lo que sentía por ese blandengue grande y musculoso que encajara en la simple definición de pasión. Ese sentimiento también estaba allí, por supuesto, pero ¿cuándo fue la última vez que Cinder había invitado a una conquista a comer cuando ni siquiera habían calentado las sábanas primero?

Joder, ¿cuándo fue la última vez que había invitado a alguien que no fuera Kumiko o Lizbeth? Tenía un recuerdo vago del ganador de un concurso al inicio de su carrera en solitario con quien había pasado el día como «premio», pero no se acordaba de nada más.

Y, sin embargo, ahí estaba, a punto de ir a comer con un hombre sin ningún plan establecido de intimidad física en un futuro inmediato.

Los labios de Cinder se estiraron con una sonrisa satisfecha mientras se metía las manos en los bolsillos para asegurarse de que se las guardaba para sí mismo. Había querido hacer algunos cambios en su vida y aquello no era más que la prueba sólida de que había empezado a ir en la dirección correcta. Aún le quedaba mucho camino por recorrer, pero a lo mejor Ellis podía ser quien le ayudara en la transición entre gigoló egoísta y novio feliz y comprometido.

Animado por la dirección que habían tomado sus pensamientos, Cinder respondió a la sonrisa tímida de Ellis con una sonrisa más amplia y propia del gato de Chesire.

—Hola a ti también. ¿Te sigue apeteciendo comida mexicana?

Ellis asintió y estiró la espalda, haciendo que la tela que ya se le pegaba a la piel se estirara aún más sobre los músculos deliciosos de los pectorales, los hombros y los bíceps. Cinder apretó la mandíbula para evitar que se le cayera al suelo y se dio un discurso mental a sí mismo sobre la importancia de no dejar que la baba le cayera por la barbilla en la primera cita real que tenía.

Se le relajó la mandíbula cuando comprendió aquello. Tenía veintinueve años y estaba a punto de tener su primera cita de verdad.

Sin presión ni nada.

Aclarándose la garganta, Cinder intentó sonreír de nuevo, esa vez menos gallito, pero con suerte sin nada que diera una pista de su cambio repentino de confianza.

—¿Quieres ir en taxi o andando? Hace más calor que en el infierno, pero Google Maps dice que el restaurante solo está a trece minutos andando, así que si te apetece una aventura…

Ellis se rio y señaló la acera abarrotada de gente con un gesto de la mano.

—Creo que podré soportar trece minutos sin derretirme en este calor brutal. Pero pregúntame otra vez cuando tenga el estómago lleno de tacos y cerveza. Puede que entonces sea otra historia.

Hablaron con comodidad mientras sudaban de camino a la Cabo Wabo Cantina en el interior del Miracle Mile Shops en Planet Hollywood. Después de intercambiar algunas ideas, Cinder había dado con este lugar turístico (pese a los planes iniciales de evitar lugares como este) porque había notado un cambio en la forma en la que Ellis respondía cuando mencionó el restaurante.

En efecto, mientras Cinder sujetaba la puerta para que Ellis pudiera entrar en el oasis fresco del Miracle Mile Shops, Ellis admitió que el restaurante tranquilo con ambientación del Dia de Los Muertos había sido uno de sus favoritos desde que abrió en 2009.

Dándose a sí mismo una palmadita en la espalda por haber interpretado bien a Ellis, Cinder siguió a su nariz hasta el restaurante que emitía aromas deliciosos y estaba lleno de gente. Se sintió agradecido de inmediato porque su equipo de seguridad hubiera reservado.

La escolta constante había sido parte de su vida desde que era un niño, así que esos días raramente pensaba en ello. Aun así, les pidió a Emmitt y a AJ (sus guardaespaldas principales) que mantuvieran una distancia discreta para no hacer que Ellis se sintiera incómodo y para que no se entrometieran en el tiempo que pasaban juntos. Eso quería decir que había que preparar las cosas con antelación con el restaurante para asegurarse de que los hombres tuvieran un lugar en el que sentarse que no estuviera pegado a

Cinder y Ellis, pero que aun así les permitiera una línea de visión clara para poder hacer su trabajo.

En cuanto la camarera se fue con sus pedidos, el estómago de Cinder dio un vuelco. Era el momento. Necesitaba poner todas las cartas sobre la mesa antes de que pasara nada más entre ellos. Si quería que Ellis viera las mismas posibilidades que él veía para su futuro, tenían que empezar a crear confianza, no ir de puntillas alrededor de los cristales rotos colocados allí por el engaño y la mentira.

—Escucha, Ellis…

—Quería…

Ambos rieron cuando sus intentos inoportunos de empezar una conversación se sobrepusieron y cayeron uno sobre el otro.

Ellis se pasó una mano por los rizos rubios y sedosos.

—Tú primero.

—No, tú, por favor. —Cinder levantó las manos en lo que era pura cobardía. No debería dejar que pasara otro momento con la mentira colgando sobre sus cabezas, pero los nervios que le encogían el estómago le hicieron agarrar la oportunidad de tener unos cuantos minutos de prórroga.

Ellis se lamió los labios enseñando un trozo diminuto de lengua que aun así consiguió que los pensamientos de Cinder se agolparan en espiral con la idea de invadir esa dulce boca buscando su sabor por primera vez. El beso casto al que se había limitado la noche anterior había hecho más para amplificar su deseo que para saciarlo.

—Iba a decir… —Ellis se aclaró la garganta y miró a la mesa con los ojos buscando una distracción en la madera nudosa y brillante de la superficie—. Quería darte las gracias. Por lo de ayer por la noche. —Levantó la vista y miró a Cinder a los ojos—. Nunca me hubiera atrevido a besarte yo primero, pero he querido hacerlo. Desde hace tiempo. Así que… gracias.

A Cinder se le aceleró el pulso y le envolvió una ola de placer vertiginosa.

Ellis había querido besarle. «Desde hace tiempo». Cinder sonrió. Con eso podía trabajar.

—Bueno, me alegra haber ayudado. Pero espero que ahora ya no tengas que atreverte a nada. Si quieres un beso, todo lo que tienes que hacer es dármelo. ¿*Capisce*?

Con las mejillas tiñéndose de un tono de rosa adorable, Ellis abrió la boca para responder, pero, antes de que pudiera hacerlo, la camarera llegó con una jarra de margaritas de frambuesa y dos vasos congelados con los bordes cubiertos de azúcar; una decisión de última hora de la que Cinder no se arrepentía en absoluto, sobre todo después de ver el modo en que a Ellis se le encendieron los ojos cuando vio la bebida. Cinder se tomó la libertad de servirles un vaso a cada uno antes de apoyarse en el respaldo de la silla y disfrutar del espectáculo mientras Ellis, sonriendo como un niño la mañana de Navidad, disfrutaba del primer sorbo del tentempié líquido.

—¿Un éxito? —Riéndose de la respuesta de Ellis, que puso los ojos en blanco en lo que claramente quería decir que por supuesto, Cinder alargó la mano sobre la mesa para brindar con él antes de tomar su primer sorbo. Era suave como el pecado y la mezcla perfecta de dulzura y acidez—. Mmm, definitivamente un éxito.

—Sierra Bravo, jefe. Papa Charlie. —La voz conocida de Emmitt gruñó el código indeseado que quería decir que había habido una brecha de seguridad y los paparazzi estaban cerca en la oreja de Cinder mientras su mano le apretaba el codo—. Tenemos que irnos.

Al otro lado de la mesa, AJ se había colocado tras Ellis, lo bastante cerca para que, cuando Emmitt diera la orden (confirmada primero por Cinder), pudieran llevarles a los dos a un lugar seguro.

Mierda. Cinder cerró los ojos durante un momento breve en el que maldijo antes de mirar a los ojos confusos de Ellis.

—Tenemos compañía indeseada. Paparazzi, lo que probablemente quiere decir que también habrá fans. ¿Te importa que nos vayamos de aquí antes de que las margaritas acaben en la portada de un periódico?

Con el ceño fruncido, Ellis miró de Cinder a Emmitt y después por encima del hombro a AJ antes de asentir y ponerse de pie.

Pero sus esfuerzos fueron en vano.

—¡Dios mío, es Cinder!

Tras el primer grito agudo, Cinder soltó unas cuantas palabrotas para sí mismo. Ahí se iba su oportunidad de ser él quien le dijera la verdad. La mirada confusa de Ellis le atravesó, pero toda la cobardía de Cinder asomó la cabeza en el mismo momento, evitando que le mirara a los ojos. En lugar de eso, dejó que Emmitt y AJ tomaran el control y los llevaran a través de los flases odiosos, las manos que intentaban agarrarle y los gritos que le helaban la sangre.

Para cuando se hubieron refugiado en la oficina de seguridad del Miracle Mile Shops, Cinder estaba más convencido que nunca de que la había cagado del todo.

La había cagado a niveles épicos como nunca lo había hecho.

Capítulo nueve

Los hombres musculosos que habían aparecido de la nada para escoltar a Ellis y Henry a través de una multitud de humanos chillones que usaban las cámaras de sus teléfonos móviles como armas y que a Ellis le provocaba ansiedad, les habían encerrado en un pequeño cuarto con un chasquido sonoro cuando lo cerraron desde fuera. El pánico se despertó en el pecho de Ellis, le robó el aire de los pulmones y le aceleró el corazón hasta que pudo oírlo latir como tambores en los oídos.

—Lo siento mucho. —Las palabras salieron de la garganta de Henry como un jadeo mientras se dejaba caer sobre una silla de metal cuyas patas rechinaron sobre el suelo de cemento. El sonido se parecía tanto a los gritos que Ellis todavía seguía escuchando que hizo que un escalofrío le recorriera la espalda—. Debería habértelo dicho yo. Iba a hacerlo, hoy, pero… Debería haberlo hecho antes.

Ellis se pasó una mano sudada por la nuca, masajeando la tensión que sentía en los músculos del cuello mientras se unía a Henry en una de las sillas debiluchas de metal junto a una mesa con un laminado pelado en la sala que estaba vacía de cualquier otro mobiliario. Las palabras de Henry resonaron en el cerebro de Ellis, pero no conseguía entenderlas. No conseguía entender eso. Lo que fuera que estaba pasando.

—¿Qué es lo que deberías haberme dicho? No entiendo que está pasando.

La vergüenza era lo único que mantenía la ansiedad alejada mientras Ellis luchaba por ignorar el hecho de que les habían encerrado en ese cuarto diminuto y ni siquiera sabía por qué. No le enorgullecía admitir que su miedo a los espacios pequeños (y a estar encerrado en su interior) se había consolidado desde la infancia. Aquello era una pesadilla.

Henry gruñó y apoyó la cabeza en la pared de cemento pintada de gris. Movió los ojos para mirar a Ellis y frunció el ceño.

—Esas personas eran fans. Y paparazzi. Los hombres que nos han sacado de allí son mis guardaespaldas.

—Vale. —Ellis cerró un ojo, obligando a su mente a concentrarse. En Henry, y no en los nervios que se le disparaban sin ton ni son bajo la piel, creando una sensación desagradable de insectos trepándole por ella. Necesitaba decir algo. Cualquier cosa. Lo que fuera mientras hiciera que Henry siguiera hablando y apartara el foco de él—. ¿Siempre te siguen cuando sales a comer? Los guardaespaldas, quiero decir.

Con un suspiro, Henry se pasó las manos por el pelo, quitándose la gorra mientras lo hacía.

—Sí, he tenido escolta toda la vida.

Ellis no podía afirmar que entendía la vida de un músico de rock y tampoco sabía lo bastante de la vida de Henry fuera de la banda como para cuestionar por qué necesitaría protección siendo un niño. Sin embargo, algo en el modo en que Henry dejó salir las palabras acompañadas de un ceño fruncido hizo que a Ellis se le encogiera el estómago.

Era un recordatorio muy necesario de que todo el mundo tenía sus demonios. Los problemas de Ellis no eran peores que los de otras personas y no podía vivir su vida obsesionándose con los problemas de su pasado si quería conseguir algo grande con su futuro; lo que incluía dejar que su miedo a estar en el lado equivocado de una puerta cerrada se apoderara de él siendo un adulto.

—¿Ellis? —Henry alargó la mano e, instintivamente, Ellis puso su mano más grande en ella, sonriendo cuando entrelazaron los dedos. Henry le devolvió la sonrisa con una más pequeña, aunque no consiguió borrarle el dolor de los ojos—. ¿Has oído lo que estaban gritando?

Pasándose la mano libre sobre la poca barba que tenía en el mentón, Ellis repasó el huracán reciente por el que habían acabado allí. Un momento estaba disfrutando de los primeros sorbos de una margarita de frambuesa deliciosa (una de sus indulgencias favoritas) y el siguiente dos hombres a los que no conocía de nada les apartaban a él y a Henry de la comida a través de los gritos ensordecedores de una multitud enloquecida, antes de meterles en aquella prisión.

El pánico volvió a burbujear en el pecho de Ellis y, para evitar que las proverbiales paredes se cerrasen sobre él, centró su atención en la boca de Henry. En esos labios rellenos y dulces que se habían presionado con tanta amabilidad y rapidez sobre los suyos y aun así habían conseguido provocar una avalancha de emociones con esa conexión tan breve.

Sin apartar la vista de la seguridad rosa de los labios de Henry, Ellis carraspeó.

—Eh, no, supongo que no.

Henry asintió y dejó escapar un suspiro con tanta fuerza que removió el flequillo de color marrón que ya no estaba resguardado bajo la gorra.

—Estaban gritando Cinder. —Tragó saliva y agachó la cabeza, encogiéndose al decir—: Estaban gritando mi nombre.

~*~*~

Ellis paseó de un lado a otro junto a su cama mientras los engranajes de su mente se movían al ritmo frenético de su corazón. Henry, su Henry, el hombre que le había ofrecido a Ellis ese beso dulce y humilde, era Cinder. ¡Cinder!

Eso no podía estar pasando.

Afortunadamente, solo unos momentos después de que Cinder dejara caer esa bomba, los enormes guardaespaldas habían vuelto. Les explicaron el plan para sacar a Henry y a Ellis del edificio sin atravesar de nuevo la multitud o despertar curiosidad en otro lugar, pero hacía falta separarles.

Todavía tambaleándose tras la admisión de Henry y desesperado por liberarse del espacio angosto, Ellis se aferró a la oportunidad con ambas manos. Había seguido a AJ, el escolta que le había acompañado desde la Cabo Wabo Cantina, sin siquiera mirar a Henry como despedida.

No porque estuviera enfadado con él, porque no lo estaba. La traición le arañaba el corazón, pero con una intensidad que no era peor que una picadura de abeja. Después de todo, prácticamente no

se conocían. Solo porque Ellis le había abierto el corazón más de lo que debería no quería decir que Henry hubiera hecho lo mismo.

No, Ellis no estaba enfadado con él. Un poco dolido, sí, pero podía entender las razones por las que elegía mantener su identidad en secreto. Lo que le provocaba nauseas tenía más que ver con las ramificaciones externas que con nada que fuera una implicación personal o interna.

Cuando (porque seguro que pasaría) Ray descubriera que Ellis no solo había desafiado las órdenes de mantenerse alejado de la banda, sino que había tenido una cita con el mismo titular de la actuación… Estaba jodido.

Como si fuera una señal, alguien llamó a la puerta con tanta fuerza que sacudió el viejo camerino y Ellis se preparó para lo inevitable. De algún modo, Ray ya se había enterado. Seguro que había fotos que habían hecho los paparazzi haciendo las rondas en internet. Habían descubierto la identidad de Ellis. Como resultado, Ray había venido a ponerle a Ellis los puntos sobre las íes. A recordarle por qué fraternizar con el talento era tan mala idea. Y por qué iba a costarle muchas cosas.

Pero, en lugar de la silueta fornida de Ray entrando en la habitación como un elefante en una cacharrería, de mal genio y con el puño levantado, la voz de Henry atravesó la puerta.

—¿Ellis? Lo siento mucho. Por favor, ¿podemos hablar?

¿Qué estaba haciendo Henry allí? Habían escapado de esa marabunta por los pelos y la mitad había llegado al Colosseum para cuando AJ ayudó a Ellis a entrar por la puerta trasera. Henry debería estar en la seguridad de su casa, no volviendo al teatro para enfrentarse a más caos.

Ellis recorrió la distancia que le separaba de la puerta con una zancada larga. La abrió para encontrarse a Henry con las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros y una expresión que era una mezcla complicada entre una disculpa dolorosa y una inquietud nerviosa.

—Gracias por abrir la puerta. Probablemente soy la última persona a la que quieres ver ahora mismo, pero…

—Eso no es verdad. —Ellis suspiró y dio un paso atrás, haciéndole un gesto a Henry para que se uniera a él en la habitación. Ese día no había actuación, pero sus compañeros de trabajo a menudo se presentaban en sus días libres para recoger cosas que se habían olvidado en las taquillas o para avanzar con algún proyecto o reparación urgente que tenía que completarse antes del inicio de la próxima actuación. Lo último que necesitaba era que uno de ellos viera a Cinder, de entre todas las personas, de pie en su puerta con el aspecto de un cachorro al que le han dado una patada.

Cuando Henry aceptó la invitación silenciosa y la puerta se hubo cerrado con seguridad tras él, Ellis avanzó hasta su cama y se sentó en la superficie rígida. Apoyó los codos en las rodillas y la cabeza en las manos.

—No es culpa tuya que seas, ya sabes, él. Quiero decir, tú. Quiero decir… Cinder. —Con una mueca de dolor provocada por su propio vómito verbal, Ellis gruñó—. No sé cómo lidias con ese caos de forma regular.

Henry se unió a Ellis en la cama, que rechinó y tembló bajo el peso adicional.

—Es parte del paquete. Mis padres también son músicos. Es todo lo que he conocido.

Ellis levantó la cabeza con esa migaja de conocimiento nuevo. Cuando se encontró con la mirada contraída de Cinder, dejó escapar una risa y bajó las manos.

—No estoy enfadado contigo. No te sientas obligado a disculparte. He lidiado con bastantes fans intentando colarse por la puerta trasera o multitudes escandalosas que se animan demasiado. Supongo que de algún modo tienes razón. Ese caos es parte del negocio. Es solo que no estoy acostumbrado a que me pase a mí.

Pasándose las palmas de las manos por la tela desgastada que le cubría los muslos, Henry sacudió la cabeza.

—Te debo una disculpa. Más de una, en realidad. Nunca debería haberte mentido sobre mi identidad real. Eso ha sido sospechoso y deshonesto y…

—Y completamente comprensible. —Ellis respondió a las cejas elevadas de Henry elevando las suyas—. No me conocías de nada y, si has crecido bajo los focos, supongo que fue una sorpresa encontrarte con alguien tan ignorante como yo lo soy a veces. No hay ninguna razón por la que deberías haber señalado mi error al asumir que eras parte de la banda y no, en realidad, la propia banda en sí.

Henry se pasó la lengua por los labios y ahogó un suspiro.

—Aprecio que lo entiendas. De verdad, lo hago. Pero debería haber dicho algo antes de besarte ayer por la noche. Como mínimo, antes de pedirte una cita. No ha sido justo que te sometiera a la locura que es mi vida pública sin darte la opción de excusarte con dignidad si no es para ti.

—Sabía en qué me estaba metiendo. —Ellis levantó los labios en una media sonrisa cuando Henry puso los ojos en blanco como diciendo «sí, claro»—. Lo sabía, gracias. Sabía que eras parte de la banda de Cinder y sé que Cinder es la estrella de rock más famosa de nuestros tiempos—. Rio cuando Henry incrementó el dramatismo poniendo los ojos en blanco de nuevo y acompañándolo de una sonrisa tonta y autocrítica al mismo tiempo que bajaba la barbilla—. Lo eres. Sabes que lo eres. No finjas que no sabes que te llaman el nuevo Príncipe del Pop.

Un rubor inesperado hizo que esas pecas adorables destacaran antes de que Henry mirara al suelo.

—Si soy tan famoso y casi un príncipe, ¿por qué tú no sabías quién era?

¿Era eso una pizca de inseguridad en alguien que había sido famoso desde que era un niño? Ellis no pudo evitar la carcajada que hizo que Henry le devolviera la atención en un instante.

—Oh, venga. Ya te dije que no conozco caras o nombres. Es un defecto mío. No hace falta que me lo restriegues. Además —Golpeó a Henry con el codo—, algo me dice que tú no me hubieras dedicado nada de tiempo si yo te hubiera reconocido. Así que a lo mejor era mejor que fuera ignorante de tu verdadera posición en la realeza hasta ahora. De otro modo, puede que nunca hubiera habido un ahora para empezar.

Henry entrecerró los ojos e inclinó la cabeza mientras pensaba.

—Me gustaría pensar que te hubiera dedicado tiempo, pero a lo mejor tienes razón. Era bastante agradable conocer a alguien que podía confiar en que quería mi compañía, no estar en presencia de alguien que han visto en los tabloides. A propósito… —Le ofreció una sombra de la sonrisa que hacía que las rodillas de Ellis se debilitaran pero que de algún modo consiguió ser tan sexy, sino más, que la versión completa—. Henry es mi nombre de pila real. En caso de que no lo sepas. En eso no te mentí. Cinder es mi nombre artístico. Un apodo, ¿sabes? No podría ser el Príncipe del Pop llamándome Henry.

Cuando se estremeció como si el sonido de su propio nombre fuera ofensivo, Ellis frunció el ceño.

—A mí me gusta Henry. ¿Ya no puedo llamarte así?

—Sabes… —Henry apretó los labios con un tic en el ojo mientras pensaba en la pregunta de Ellis—. Ni siquiera mis padres me llaman Henry. A veces aceptan la ostentación y el glamour con demasiada seriedad. —Rio y miró hacia otro lado, estudiando un momento el techo antes de volver a mirar a Ellis—. Me ha gustado ser Henry para ti.

Ellis sonrió y estiró la espalda.

—Sí, bueno, a mí me ha gustado que tú seas mi Henry.

Capítulo diez

—Eso suena precioso. —Kumiko cerró los ojos marrones cálidos y murmuró con apreciación moviendo todo el cuerpo antes de volver a centrar la mirada en Cinder y sonreír como una loca—. Puedo imaginarme a ese tramoyista grande y sexy atragantándose con sus propias palabras, intentando retirar lo que se le ha escapado de forma inconsciente.

Lizbeth, que tenía los ojos húmedos de forma poco característica, le dio a Cinder un puñetazo en el brazo mientras se secaba las pestañas.

—Mi Henry. Oh, mi corazón. —Dejó salir un sollozo exagerado que tenía demasiado entusiasmo genuino como para no tener un poco de energía hormonal detrás—. Kumi, nuestro pequeño Cinder está creciendo por fin. Se ha echado novio.

—Las cosas no son así. —Cinder arqueó las cejas. No había esperado que se pusieran tan dramáticas y emocionales cuando les dijera la verdad sobre cómo Ellis había intentado retirar lo que había dicho cuando se dio cuenta del posesivo que se le había escapado. Al menos no se lo había esperado de Lizbeth. Era más estoica de lo que él lo sería nunca. O lo había sido hasta hacía poco. Claramente, las hormonas del embarazo eran una putada.

—Oh, ¿no lo son? —Kumiko apretó los labios—. Ese brillo etéreo que has tenido toda la tarde y esa sonrisa radiante que no puedes esconder cuentan otra historia, querido.

—En el patio del colegio hay un charco y no ha llovido. —Lizbeth dejó escapar una carcajada cuando Cinder respondió a su rendición con una mirada furiosa. Bailando con agilidad donde no podía alcanzarla, le cogió la mano a su mujer y tiró de ella hasta sus brazos para terminar la cancioncita con una floritura digna de un salón de baile—. Son las lágrimas…

—De Cinder… —Kumiko le guiñó el ojo mientras se unía al juego, dejando que Lizbeth le diera vueltas alrededor del patio.

—¡Porque Ellis no ha venido! —Lizbeth estalló en carcajadas mientras Kumiko tomaba las riendas y bailaba con ella en el patio

polvoriento lleno de cactus. El sol poniente era el fondo perfecto para enmarcar a la feliz pareja mientras terminaban el baile al ritmo de una canción que solo ellas podían escuchar. Una que encendía un deseo tangible tan cálido entre ellas que rivalizaba con el calor asfixiante de Las Vegas.

—Y esa es mi señal para escaparme de aquí. —Cinder rio mientras se ponía en pie, recogiendo lo que pudo de los restos de la comida en la mesa de cobre del patio y dirigiéndose a la puerta de cristal que llevaba al alivio fresco del interior con aire acondicionado. No se sorprendió cuando Kumiko y Lizbeth no le siguieron. Las conocía lo bastante bien como para predecir con una precisión del noventa y nueve por ciento qué es lo que seguiría esas miradas ardientes que habían intercambiado mientras se deslizaban por la suciedad rocosa una en los brazos de la otra.

Algo de lo que sus pensamientos no se habían alejado mucho recientemente, solo que en ellos aparecía una pared de músculo de un metro noventa de altura con la sonrisa más adorable del mundo.

Qué no haría Cinder por desnudar a Ellis.

Gruñó y se ajustó el cinturón. Ese no era el momento para dejar que su mente vagara en esa dirección. No solo no estaban en ese punto de su… lo que fuera que tuvieran, sino que además no quería apresurar las cosas. Ellis se merecía algo mejor que eso.

Solo el tiempo diría qué les traería el futuro, pero todo lo que Cinder sabía era que necesitaba más. Más de la sonrisa dulce de Ellis. Más de su encanto sincero y su presencia tranquila y modesta. Más de su conversación fácil y su amistad natural. Simplemente, necesitaba más de todo.

Por suerte, podría tener todo eso en solo un par de horas.

Después de que Ellis hubiera, de forma bastante adorable, tropezado y caminado sobre sí mismo intentando retirar el «mi Henry» que se le había escapado de los labios, ambos escaparon de su horror de dormitorio y se sentaron en el camerino remodelado. Habían pedido comida a través de Uber Eats y pasado la mayor parte del resto del día pasando de un vídeo a otro en Youtube porque a ninguno de los dos le apetecía quitar la reproducción

automática. De todas formas, no tenía mucho sentido malgastar la energía en buscar un vídeo al que no iban a prestar atención.

Había sido una felicidad pura y total. Cinder no podía recordar la última vez que, si es que había pasado alguna vez, había compartido un día tan maravillosamente normal con otro ser humano. Pasar tiempo con Kumiko y Lizbeth era cualquier cosa menos normal, viendo como las dos tenían unas personalidades fuertes y preferían mantener las cosas interesantes y novedosas. La misma idea de pasar un día vagueando frente a la televisión bastaría para despertar la ansiedad de Kumiko y hacer que la gran vena de la irritación apareciera en la sien de Lizbeth.

Con Ellis, sin embargo, había sido sencillo. No había requerido ningún esfuerzo. Había estado lleno de conversación frívola y de roces robados de forma ocasional. Nada que no fuera más allá del roce casto de los dedos ligeros como plumas sobre el dorso de una mano o el roce «accidental» de rodillas. Pero pese a la apariencia mayormente platónica de la noche, la lujuria había crepitado entre ellos en una escala igual o mayor a la que había sentido entre las amantes que seguían dando vueltas en su propio mundo bajo los colores rosas, rojos y naranjas de una preciosa puesta de sol de Las Vegas.

Tomarse las cosas con calma era nuevo para Cinder, pero tenía que admitir que había algo satisfactorio en ello. Ninguna ráfaga momentánea de placer físico le había encendido los motores de la forma en la que habían retumbado, silbado y humeado mientras se sentaba junto a Ellis, completamente vestido y con los pies apoyados en la mesita de café. Nunca había experimentado nada tan potente como las tentaciones contra las que había luchado de hacer algo tan sencillo como besar a Ellis en los labios o explorar partes del cuerpo que nunca había sabido que eran sexys hasta que habían pertenecido a un hombre al que deseaba pero que no podía tener.

No era que Ellis le hubiera dicho a Cinder directamente que no podía tenerle. Pero había un sentido de vulnerabilidad e inocencia clara bajo la superficie de la apariencia externa fuerte de Ellis. Hasta que Cinder conociera mejor la situación, pretendía mantener las cosas tan castas como dictaran las acciones de Ellis.

Porque, por primera vez, podía hacerlo. Y, joder, quería hacerlo.

Sin molestarse en dejar una nota (las anfitrionas ni siquiera se darían cuenta de que se había ido hasta después de despertarse enredadas la mañana siguiente), Cinder fue a su coche. Agitó una mano al otro lado de la calle saludando al vehículo aparcado de forma discreta en el que estaban Emmitt y AJ antes de subirse en su todoterreno Wrangler negro, sin puertas y con la capota abierta, y dirigirse a casa.

~*~*~

Ellis había aceptado tener otra cita en su última noche de libertad antes de que las actuaciones empezaran de nuevo, pero cuando Cinder había sugerido intentarlo en la Cabo Wabo Cantina de nuevo, o ir a otro restaurante que eligiera, la respuesta había sido poco entusiasta. Por lo cual se habían decidido por un cambio de escenario del teatro, pero nada tan arriesgado como un lugar público. En su lugar, habían vuelto a pedir comida y ahora los dos estaban sentados juntos en el sofá de Cinder en el salón de su propia casa.

Estaba un poco nervioso porque Ellis pudiera estar decepcionado por pasar otra noche frente a la televisión, pero parecía tan contento de descansar como Cinder. Era comprensible, teniendo en cuenta que, para poder ir a su cita esa noche, Ellis se había levantado de madrugada para terminar algún proyecto que el propietario del teatro había insistido que tenía que estar terminado antes de que se levantara el telón el próximo día. Y dado que Ellis tenía que atender sus propias tareas de tramoyista antes de la actuación, ese era el único día en el que podía hacer lo que fuera que fuera tan importante que no podía esperar un día más.

Aunque Cinder no le culpaba. Para nada. Era un buen trabajador que trabajaba de forma honesta para ganarse todo lo que tenía. Aun así, Cinder no podía sino enfadarse un poco con la idea de que Ellis tuviera que trabajar tantas horas largas y difíciles, sobre todo cuando Cinder podría regalarle diez veces su salario anual sin casi hacer cambios en su cuenta del banco.

¿Cómo se suponía que iba a reconciliar esa disparidad de riqueza cuando Ellis insistía en pagar por sus citas y, como resultado de tener que trabajar tan duro por una fracción tan pequeña del salario de Cinder, su tiempo sería limitado después de ese día?

—Estás terriblemente callado.

La interjección suave de Ellis detuvo los pensamientos descarriados de Cinder y devolvieron su atención al lugar al que pertenecían. Al hombre apuesto sentado junto a él.

—Sí, perdona por eso. A veces me disperso.

—No pasa nada. ¿No lo hacemos todos? —Ellis sonrió y se removió en el asiento mientras sus dedos jugueteaban con las lentejuelas grises y negras reversibles en uno de los cojines de Cinder—. Si te aburres, siempre podemos…

—¿Aburrirme? Ni de coña. —Cinder se movió para poder mirar a Ellis a la cara—. Mis pensamientos se dispersan cuando pueden por lo raro que es que tenga tiempo para descansar, eso es todo. Es agradable. Lo estoy disfrutando muchísimo. Sobre todo, con una compañía de tan alta categoría.

Ellis se rio del cumplido, pero sus mejillas se colorearon con un ligero rubor.

—Lo mismo digo. A todo. El tiempo libre no es algo que ocurra frecuentemente en mi mundo, y las únicas personas a las que veo fuera del teatro son mi padrastro y hermanastra. —Se le oscurecieron los ojos y bajó la vista para seguir los patrones ausentes que había trazado en las lentejuelas—. No son la mejor compañía.

Padrastro y hermanastra… pero ninguna mención a su familia biológica. Cinder lo archivó para más tarde. No obligaría a Ellis a hablar de cualquier cosa de la que no quisiera hablar, pero era bueno saber esas cosas. Cinder tendría que tener cuidado al hablar de la familia hasta que conociera toda la historia. Lo último que quería hacer era tocar un tema peliagudo sin pretenderlo.

—¿Los ves mucho? ¿A tu padrastro y tu hermanastra? —Intentó que fuera una pregunta casual, pero esperaba que Ellis echara el freno si lo necesitaba. Para asegurarse, Cinder añadió—: No tienes que contestar si no quieres, por supuesto.

Ellis se encogió de hombros, pero mantuvo la vista fija en los caminos plateados que atravesaban el negro mientras pasaba los dedos por el cojín.

—Más de lo que me gustaría. Ellos, eh, trabajan en el teatro.

—Ah, ¿sí? —Cinder no pudo evitarlo, aquello le llamó la atención. ¿Había conocido a la familia de Ellis en algún momento? Si lo había hecho, esperaba haberles causado buena impresión. No sabía hacia dónde iba lo que tenía con Ellis, pero las mariposas que hacían piruetas en su estómago como si fueran un número del Circo del Sol cada vez que pensaba en él le decían que quería mucho más de lo que ya tenían—. ¿Alguien que yo conozca?

Ellis se encogió de hombros de nuevo y siguió escondiendo esos irises de color azul cristalino de los que Cinder no podía cansarse. En su lugar, suspiró y cerró los ojos.

—Ray Brunswick es mi padrastro y la morena que intentó salvarte de mí el otro día, ¿te acuerdas? Esa es Suzette.

—¿Ray Brunswick? Como… —Cinder intentó no dejar que la incredulidad se reflejara en su voz, pero en serio… ¿El cabrón del ingeniero de sonido? ¿Ese era el padrastro de Ellis?

Ellis se aclaró la garganta y por fin volvió a mirar a Cinder.

—Sí, ese mismo.

Cinder silbó.

—Vale, bueno, eso explica tus habilidades en la mesa de mezclas. ¿Supongo que el nepotismo se está entrometiendo en tus posibilidades de avanzar en esa carrera?

Pasándose la lengua por los labios, Ellis asintió una vez en respuesta.

—El viejo no quiere que parezca que está haciéndome ningún favor, pero es algo a lo que queremos llegar al final. En algún momento.

La irá bullía bajo la superficie, pero Cinder lo bajó a un borboteo.

—Espera, no está… ¿cómo se llamaba, Suzette? ¿No trabaja para él?

—Sí, pero solo como becaria. —Ellis le ofreció una media sonrisa que ni siquiera se acercaba a alcanzarle los ojos antes de volver a dirigir esa mirada preciosa al suelo—. No hay un puesto disponible

para un ayudante a tiempo completo. Cada vez que uno se queda libre, siempre hay una buena razón por la que no es un buen momento. Ray me promete que volverá a considerarme la próxima vez que se quede libre uno.

Ellis era rápido cuando se trataba de menospreciar la injusticia completa de su situación, así que Cinder le siguió el juego y mantuvo una expresión neutral pese a la furia que le calentaba la sangre. En lugar de eso, se aprovechó de la mirada baja de Ellis como excusa para tocarle el mentón rasposo, poniendo un nudillo bajo él y levantándole la cara hasta que sus miradas se encontraron de nuevo.

—Me he pasado la vida rodeado de música en directo. Conozco a un ingeniero de sonido con talento cuando oigo a uno, y tú, Ellis Tremaine, eres uno de los mejores.

Cuando Ellis se removió bajo el peso del cumplido de Cinder y no pareció tener una respuesta lista, Cinder le ofreció una rama de olivo en la forma de un cambio de tema a medias.

—¿Cuántos años tiene tu hermanastra? Es más joven que tú, ¿no?

—Oh, sí. Como nueve años. Tiene diecisiete. Este año será su último año de instituto. —Ellis arrugó la nariz—. No es mucho mejor que su padre, si te digo la verdad. A veces me compadezco de ella, porque tuvo un comienzo duro. Ray se alejó de mi madre cuando estaba enferma y dejó a su amante embarazada. Después la mujer puso a Suze en el sistema durante un tiempo antes de volver a sacarla con la esperanza de usar a su hija para clavarle las uñas a Ray. Nunca sabré por qué pensó que se merecía todo ese esfuerzo.

Ellis dejó escapar una risa falta de alegría y se deslizó aún más en el sofá hasta poder apoyar la cabeza en el respaldo.

—De todas formas, para entonces, mi madre ya no estaba, así que intentaron que las cosas funcionaran durante un tiempo. Pero Ray no es el ser humano con el que es más fácil convivir y la madre de Suzette era un desastre. Al final se largó. Suze acabó bajo la custodia de mi padrastro y nunca volvió a saber de su madre.

Cinder tragó saliva antes de arriesgarse a decir con suavidad:

—¿Tu madre ya no estaba?

—Sí, mi madre murió cuando yo tenía nueve años. Ray había hecho todo un paripé de ofrecerse a adoptarme legalmente cuando se casaron, sobre todo para contentar a su propio ego, según creo. No es el tipo de hombre que querría al hijo de otro hombre. Hasta intentó que mi madre me cambiara el apellido al suyo, pero afortunadamente había querido a mi padre y no quería que yo perdiera esa parte de él. De todas formas, al firmar esos papeles, Ray tuvo que quedarse conmigo después de que muriera. Amenazó con meterme en el sistema una y otra vez, pero, por suerte, nunca cumplió la amenaza. —Ellis negó con la cabeza, como si estuviera intentando librarse de recuerdos que preferiría no volver a visitar—. De todas formas, ese es el resumen de mi infancia. ¿No te alegras de haber preguntado? —Su intento de ser gracioso cayó en saco roto cuando se le rompió la voz al final y se giró mientras le saltaban los músculos de la mandíbula al apretar los dientes.

—Todos los buenos superhéroes tienen una historia triste. —Cinder recogió el hilo de la broma de Ellis con una sonrisa pequeña que combinaba con la que inclinaba la comisura de la boca dulce de Ellis. Con su mano sobre la mejilla del otro hombre, Cinder se inclinó hasta que sus labios estuvieron cerca y susurró—: ¿Puedo besarte?

En lugar de responder con palabras, las manos de Ellis sujetaron la cara de Cinder y, en un parpadeo, sus bocas se encontraron con el tipo de pasión y calor que Cinder solo había visto en películas o había soñado durante noches solitarias en la carretera.

Sus lenguas chocaron, rodaron y bailaron con un abandono febril, sus labios se derritieron juntos solo para apartarse y volver a juntarse una y otra vez. Los dientes rozaron la carne sensible. Las manos, ya no solo dedicadas a atraer al otro, ahora tenían libertad para tocar y explorar territorio desconocido. Sus gemidos y jadeos llenaron el aire a su alrededor hasta que casi se volvió demasiado.

Cinder apartó los labios de los de Ellis y un grito de ira alimentada por la lujuria le trepó por la garganta. No había nada que quisiera más que tomar a Ellis justo allí, en ese momento. Agacharle sobre el respaldo del sofá y perderse en ese hermoso hombre hasta que ambos se olvidaran de sus nombres y no pudieran andar rectos durante una semana.

Pero Ellis se merecía más que eso. Valía más que un polvo sucio provocado por el deseo momentáneo en lugar del cuidado y la devoción que se merecía. Cinder no dejaría que sus antojos físicos se interpusieran en el camino de la promesa que se había hecho a sí mismo con la cabeza más fría.

Hasta que entendiera a Ellis mejor y pudiera señalar lo que fuera que causara que esa inocencia gritara «por favor no me hagas daño» cada vez que Cinder se acercaba, el sexo estaba descartado.

Capítulo once

Esa emoción familiar cuando los primeros acordes de *Heartbeat Away* volaron hasta las alturas hizo que Ellis abandonara su tarea actual y se dirigiera a su punto de observación favorito. Si se quedaba de pie en el lugar adecuado, podía ver cómo Henry caminaba con paso tranquilo por el escenario bajo el velo de esa iluminación roja y emotiva. Entonces, cuando Henry se sentaba en la banqueta y se pasaba la tira de la guitarra acústica por la cabeza, Ellis podía cerrar los ojos y dejar que la música le inundara.

Ahora era diferente de lo que lo había sido antes de que supiera que Cinder y Henry eran la misma persona. No es que fuera mejor per se, porque la voz de Cinder había hecho que a Ellis se le derritiera el corazón desde el principio, pero con ese toque añadido de algo personal, las palabras se hundían más profundamente y el vibrato sedoso resonaba un poco más fuerte.

El deseo que crepitaba en el ambiente cada vez que estaban juntos no podía confundirse con algo distinto, era como chispas de electricidad que se arqueaban entre dos cables pelados. Pero, por alguna razón, Henry mantenía las cosas frustrantemente casuales y amistosas. Lo más cerca que habían estado de algo que se acercara al contacto físico que Ellis deseaba había sido esa única vez que se habían besado con energía en el sofá de Henry hacía más de dos semanas.

La perfección brillante del momento había durado treinta segundos antes de que Henry lo detuviera muy amable y concisamente. Pero todo en el modo en que Henry miraba a Ellis, el modo en que se le oscurecían los ojos hasta que los tonos de color ámbar y chocolate eclipsaban los verdes casi por completo, hablaba de un deseo por algo más. Igual que lo hacía el modo en que sus labios se curvaban en una sonrisa cuando estaban solos, una sonrisa suave y secreta; una versión de esa sonrisa famosa que se guardaba solo para Ellis.

Y, aun así, pese a todas las señales de atracción mutua, Henry seguía fuera de su alcance y Ellis no se atrevía a ser él quien diera el

primer paso. Nunca había sido alguien que tomara las riendas, especialmente en situaciones en las que no podía estar completamente seguro de que todas las partes querían lo mismo. Después de todo, si Ellis estaba interpretando correctamente la situación, ¿no tomaría Henry lo que quería? No se parecía en nada al tipo tímido que se quedaba pegado a la pared en un baile. Esa era la especialidad de Ellis.

Sin embargo, pese a la falta de intimidad física, algo estaba floreciendo entre ellos. Ellis no quería creer que fuera el único en cuyo corazón estaban arraigando sentimientos.

¿Era el principio del amor? ¿O la pasión no correspondida? No podía estar seguro. No había querido a nadie desde su madre, y él y Henry solo se conocían desde hacía unas semanas. Algo más, en realidad, si Ellis contaba la noche en la cabina de sonido hacía dos meses como el principio de lo que fuera aquello. Cuando, iluminado por las luces de discoteca y con una lista de reproducción que él mismo había creado como banda sonora, había posado la vista por primera vez en el hombre que ocupaba casi todos sus pensamientos.

Pese a la considerable carga de trabajo de Ellis, conseguían encontrar un poco de tiempo para estar juntos todos los días. En el camerino remodelado o en el vestuario de Henry después de una actuación y en el salón de Henry las pocas noches en las que no había habido espectáculo. Fingían ver la televisión o vídeos de YouTube aleatorios, pero siempre estaban concentrados el uno en el otro. Hablando. Riendo. Robándose roces inocentes, pero nunca nada más.

Después de esa noche venían otros dos días sin actuación, y Henry había invitado a Ellis a que pasara la mayor parte de ese tiempo con él. Lo único que evitaba que Ellis preparara una mochila y se encerrara en la casa del desierto de Henry durante todo ese tiempo eran sus deberes como conserje y un proyecto masivo de recableado con el que Ray le había sorprendido el día anterior.

Mientras no se encontrase con ninguna sorpresa cuando empezara con el proyecto, esperaba poder hacer lo bastante durante el día siguiente para que le permitiera empezar pronto la noche con

Henry. Una noche que esperaba que se alargara hasta la madrugada y terminara con ellos desnudos y sudorosos en la cama de Henry.

Con suerte.

El resto de la actuación pasó rápido mientras Ellis supervisaba el puente, lanzando miradas robadas al escenario siempre que podía. Para cuando hubo terminado con sus tareas se encontró a Henry esperándole en el camerino (como siempre hacía ahora después de una actuación). Lloviera o tronara, sin importar lo cansado que tenía que estar tras pasar horas bajo esas luces agobiantes siendo el protagonista de una actuación muy física, Henry estaba allí.

Ellis se tiró en el sofá y dejó caer la cabeza contra el respaldo acolchado. Giró el cuello para poder ver a Henry, que estaba apoyado en el reposabrazos mirándole con una sonrisa en los labios. Ellis le devolvió la sonrisa mientras ponía los pies sobre la mesita de café.

—Enhorabuena por otra gran actuación esta noche.

—Tú te mereces tanto crédito como yo. —Henry levantó una mano antes incluso de que Ellis pudiera pensar en la discusión que se merecía aquella afirmación—. ¿Piensas que las divas del escenario trabajan en una burbuja? No podríamos hacer lo que hacemos si los magos que trabajáis entre bastidores no mantenéis las cosas funcionando correctamente. Eres tan parte de la actuación como yo.

Casi incapaz de suprimir la sonrisa irónica que le tiraba de los labios, Ellis susurró y negó con la cabeza.

—Si no te viera cada noche en ese escenario con mis propios ojos, no estoy seguro de que creería que eres realmente Cinder.

Con el ceño fruncido, Henry gruñó un «¿Eh?» en respuesta.

Ellis giró la cabeza para poder mirar al techo en lugar de a esos ojos inquisitivos de color avellana.

—Tienes los pies en la tierra y eres genuino. Es difícil imaginar a alguien que ha sido una celebridad toda su vida como Cinder como una persona real que vive el día a día. A veces parece como si la persona que eres en ese escenario fuera tu alter ego de superhéroe, pero, bajo todo eso, en realidad solo eres Henry. —Ellis se pasó la lengua por los labios—. Mi Henry.

La última vez que Ellis había dicho esas palabras había hecho todo lo posible para retirarlas. Aunque una parte de él no había admitido todavía que quería que fueran de verdad incluso entonces, el solo hecho de hacer una declaración tan atrevida sin estar seguro de si Henry sentía lo mismo era aterradora.

Y, aun así, ahí estaba. Haciéndolo de nuevo.

Joder. ¿Qué problema tenía? No le sorprendía que Henry no quisiera una relación física con él. Era un desastre repleto de ansiedad. Henry había decidido probablemente hacía mucho mantener las cosas sencillas entre ellos por miedo de que Ellis pudiera colapsar y tener un ataque de pánico durante el sexo.

—¿Ellis? —La voz de Henry había bajado una octava y llenaba la habitación con su riqueza suave como la mantequilla—. Mírame, por favor.

Un pequeño resquicio de miedo había vivido en Ellis desde que era un niño. Como una luz indicadora que le quemaba en el centro de su ser, preparada para convertirse en una bola ardiente de terror nervioso ante la menor provocación. Cuando se giró para mirar a Henry, el calor del terror inminente le arañaba el pecho, estableciéndose junto al pánico. Pero en cuanto sus miradas se encontraron y Henry cerró el abismo abrumador que había entre ellos al coger la mano de Ellis y entrelazar sus dedos, las llamas de agitación se apagaron.

Henry miró a Ellis a los ojos, sujetándole la mano con fuerza como si de algún modo supiera que su presencia y su agarre eran las únicas cosas que mantenían a Ellis a flote. Como si pudiera ver a través de todas las piezas rotas de su alma, que se aferraban a la cordura con un hilo que se debilitaba más cada día.

—Shh. No pasa nada. Ven aquí. —Una vez más, la voz de Henry rompió el silencio. Era suave y tranquila, y al mismo tiempo firme y sensata. Movió la cabeza de Ellis hasta su regazo y le apartó el pelo de la frente—. Respira para mí. Eso es, poco a poco. Dentro y fuera. Ya lo tienes, justo así.

Ellis cerró los ojos y se concentró en la mano de Henry mientras le pasaba los dedos con cuidado por el pelo. La tensión de su pecho y el entumecimiento turbulento de su cerebro desaparecieron,

reemplazados por la calidez del muslo de Henry bajo su mejilla y las caricias rítmicas de su mano en su cuero cabelludo.

En alguna parte distante de su cerebro, un pensamiento apareció y desapareció. La comprensión de que aquello debía ser lo que se sentía al ser querido. Lo que se sentía cuando le apreciaba y le cuidaba alguien que anteponía su seguridad y su salud mental a cualquier otra cosa. Pero tan rápido como entró en su mente, se fue, y se permitió a sí mismo flotar en las endorfinas que estaban recorriendo su sistema.

Cuando su pulso había vuelto a la normalidad y el sonido del agua corriéndole por los oídos dejó de separarle del mundo a su alrededor, Ellis abrió los ojos. No podía ver el rostro de Henry, pero esos dedos reconfortantes seguían acariciándole el pelo y la fuerza constante de su muslo se mantenía firme bajo la mejilla de Ellis.

Ellis no podía recordar cuándo fue la última vez que se había sentido tan tranquilo. Centrado. Tan completo.

—¿Te encuentras mejor? —Henry murmuró las palabras y su mano se deslizó para acariciar la nuca de Ellis.

Girando la cabeza, Ellis se encontró con la mirada penetrante de Henry esperándole. Observándole. Buscando las señales de otra crisis nerviosa, sin duda. Pero cuando Henry estiró la espalda, recuperando toda la altura que tenía cuando estaba sentado, algo se enroscó en el pecho de Ellis. Tenso, pero de un modo bueno.

Era una sensación totalmente nueva, pero una a la que podría acostumbrarse con facilidad.

Después Henry se puso de pie, alargando ambas manos para ayudar a Ellis a levantarse. Pero antes de que Ellis pudiera aceptar la oferta, movió los ojos por todo el cuerpo musculado de Henry hasta que se encontró con su mirada.

Una única ceja se arqueó de forma inquisitiva cuando Henry bajó las manos.

—¿Estás bien?

No tenía sentido, pero, con Henry mirándole con tanta preocupación y afecto, Ellis se sentía más seguro y protegido de lo que se había sentido nunca. Tragó saliva y se puso en pie sin la ayuda de Henry, todavía mirándole a los ojos.

—Estoy… Sí. Estoy bien. Muy bien. Gracias.

Henry se humedeció los labios, haciendo que Ellis mirara de inmediato esa suavidad rosa.

—¿Ellis? —Absorto en la boca flexible de Henry y en el modo sutil en el que formó su nombre, Ellis solo pudo gruñir a modo de respuesta. Henry rio y avanzó hasta que su proximidad, junto a su diferencia en altura, obligó a que la mirada de Ellis se levantara hacia el rostro de Henry hasta encontrar sus ojos de nuevo—. Quiero que te sientas seguro conmigo. ¿Hay algo que pueda hacer, o no hacer, para que te sientas más cómodo?

Eso hizo que Ellis le prestara toda su atención.

—Me siento seguro contigo. —Los nervios amenazaron con resurgir de nuevo, pero Ellis los obligó a apagarse. No podría dejar que Henry pensara que estaba incómodo con él, o, joder, que no se sentía seguro. Era un hombre adulto. Mierda. Sí que había causado una mala impresión las últimas semanas

Hundiéndose de nuevo en el sofá, Ellis se pasó ambas manos por el pelo y gruñó.

—Siento ser tan desastroso. Lo juro, no eres tú. No hay nada que puedas hacer para arreglar lo malo que hay mí, y desde luego no hay nada que quiera que dejes de hacer. En todo caso…

Cuando Ellis cerró los ojos con una maldición silenciosa por atreverse a empezar esa frase, Henry se sentó a su lado y le puso una mano en la rodilla.

—¿En todo caso…? Sigue. Puedes hablar conmigo de cualquier cosa. Lo prometo, seré la última persona que te juzgue. Crecí en la carretera. Las giras a veces no son buenas para la salud mental, así que he visto bastantes luchas. Joder, he sido yo quién ha luchado más veces de las que puedo contar. Puede que no pueda entender exactamente dónde estás, pero probablemente puede ponerme un par de zapatos de talla similar.

Con un suspiro, Ellis bajó las manos y negó con la cabeza ante su propia estupidez.

—Iba a decir que, en todo caso, desearía que hicieras más. —Miró a Henry, cuyo ceño se había convertido en una V—. Llevamos saliendo, o como quieras llamar a esto —Les señaló a ambos—, al

menos dos semanas. Compartimos un beso realmente caliente hace casi el mismo tiempo y después… nada. A ver, si no estás interesado en mí de ese modo…

—Eh. —Henry le apretó la rodilla—. No. Ni de coña. Estoy extremadamente interesado. No es eso. Para nada.

Ellis expulsó el aire y se apoyó en el respaldo, cruzando los brazos como el niño irritable que estaba tratando de probar que no era.

—Entonces, ¿qué estamos haciendo? O, más concretamente, ¿por qué no estamos, ya sabes, haciéndolo?

Henry se pellizcó el puente de la nariz pecosa.

—Es un poco complicado y me preocupa que te enfades conmigo, pero… He estado esperando a que tú des el primer paso. Tuve la impresión de que algo estaba… No sé. No quería forzarte a nada con lo que no te sintieras cómodo. Estoy completamente feliz tal y como estamos. No hay ninguna prisa por llegar a lo físico desde mi lado.

—¿No la hay? —Ellis arrugó la nariz—. Eres una estrella del rock internacional. Estoy seguro de que estás acostumbrado a acostarte con quién quieras y cuándo quieras.

Con un suspiro, Henry se giró en el sofá hasta que pudo mirar a Ellis a la cara más fácilmente.

—Tengo veintinueve años. Sí, he vivido esa vida. Probablemente durante más tiempo del que debería y desde luego más tiempo del que querría, pero estoy listo para algo más. La razón por la que acepté este trabajo fue para echar raíces durante más tiempo que las semanas que cuesta grabar un disco antes de volver a salir de gira. —Henry cogió la mano de Ellis y la puso sobre su regazo para poder sujetarla con ambas manos. El contraste de los dedos finos con las uñas pintadas de negro junto a los dedos más grandes de Ellis, fortalecidos por el trabajo, era extrañamente reconfortante—. Lo decía en serio cuando he dicho que lo que tenemos ahora es todo lo que quiero y más. Nunca he tenido la oportunidad de conocer a alguien de la forma en la que te estoy conociendo a ti. Joder, ni siquiera he salido con alguien antes. Por favor, no pienses que no

estoy disfrutando de cada minuto que paso contigo, exactamente tal y como son. Prométemelo, ¿vale? Por favor.

Ellis tragó saliva y apretó los labios para evitar que el temblor que le causaba la emoción fuera evidente.

—Lo prometo. Lo entiendo. Y yo siento lo mismo. —Arrugó la cara y miró hacia otro lado—. Siento haberte hecho pensar que no estaba cómodo contigo. O que no podías, ya sabes, tocarme. No eres tú y quiero acostarme contigo. Es solo que…

¿Debería decirle a Henry por qué se asustaba tan fácilmente? ¿O por qué a veces se apartaba cuando en realidad quería más, no menos, del toque de Henry?

¿O debería mantener la boca cerrada y esperar que Henry no le hiciera más preguntas?

—¿Es solo qué, Ellis? —Henry entrelazó sus dedos con los de Ellis y se llevó las manos a los labios para darle el beso más suave del mundo—. Dime qué pasa por ese cerebro tuyo. No tomes ninguna decisión por mí. Sé con qué cosas puedo y no puedo lidiar y te prometo una cosa, puedo lidiar con cualquier cosa que tengas que decir. Podemos lidiar con ello. Juntos. Lo que sea.

Ellis giró los hombros, pero mantuvo la vista apartada.

—Tuve una infancia… difícil. Ray no era el padrastro más fácil del mundo y las cosas empeoraron después de que mi madre muriera. No le emocionaba haber terminado teniendo que ocuparse de mí y le gustaba soltar la ira y la decepción con los puños. —Riendo, más por la incomodidad extraña que por algún asomo de humor, continuó a través de los dientes apretados—: Aunque ya no vivo con él, Ray todavía es una gran parte de mi vida. Todavía… Todavía tengo que verle todo el tiempo. A veces me vuelve loco y no siempre lidio muy bien con algunas situaciones. Porque soy un cobarde. En muchos aspectos todavía soy ese niño asustado que espera que llegue la siguiente paliza. —Se giró para mirar a Henry a los ojos con la mandíbula apretada en forma de desafío en lugar de humillación—. La cosa es que me siento más seguro y feliz cuando estoy contigo de lo que me he sentido en más tiempo de lo que puedo recordar. Nunca he sido bueno tomando las riendas o pidiendo lo que quiero, pero te deseo a ti, Henry. Te necesito.

Una sonrisa suave y torcida tiró de los labios de Henry y levantó una mano para acariciarle la mandíbula.

—Yo también te deseo a ti, cariño. Y, con tu permiso, sería feliz tomando las riendas.

Capítulo doce

Cinder se sentó en el brazo del sofá con las piernas estiradas, un tobillo encima del otro y los brazos cruzados sobre el pecho. Tenía toda su atención puesta en la puerta cerrada de su vestuario, queriendo hacer que se abriera.

Había mandado a Ellis a las duchas hacía veinte minutos, después de que se negara a siquiera darle un beso si no dejaba que se lavara primero. Teniendo en cuenta que Cinder había esperado más de dos meses para desenvolver el regalo del cuerpo delicioso de Ellis, supuso que sería un poco más paciente con el acto a punto de ocurrir.

Sin embargo, cuanto más tiempo pasaba, más le preocupaba que Ellis hubiera cambiado de idea y estuviera intentando buscar una forma de escapar de su declaración previa. Lo que significaba que Cinder tendría que ser mucho más cuidadoso y observar atentamente en caso de que hubiera alguna señal de arrepentimiento o de que se lo estuviera pensando dos veces.

Había sabido que a Ellis le pasaba algo, algo que hacía que fuera inquieto y asustadizo y que se tensara cada vez que Cinder se acercaba demasiado. Había pensado que tendría algo que ver con el cabrón de Ray Brunswick, pero le destrozó que Ellis admitiera que había sufrido abusos y negligencia durante la infancia a manos de un hombre que seguía teniendo una posición de poder sobre él, tanto en el trabajo como, aparentemente, en su vida personal.

Después de todo, la razón por la que Ellis había estado tan disgustado por su encuentro con los paparazzi hacía unas semanas y la razón por la que su relación había sido relegada a algo secreto lejos de las miradas del público, era porque Ray había amenazado a Ellis. Cinder todavía no entendía completamente por qué, pero cuando vio el miedo genuino en los ojos de Ellis, no se lo había pensado dos veces e hizo lo que le había pedido. Mientras pudiera pasar tiempo con él, no le importaba que tuviera que ser de puertas para adentro.

Al menos por ahora.

No necesitaba mostrarle cada parte de su vida privada al mundo, pero, si las cosas seguían yendo como lo estaban haciendo, Cinder no podría esconder a Ellis para siempre. Joder, no querría hacerlo. No si su corazón seguía recorriendo ese camino. Ya le estaba costando no gritar sus sentimientos desde la azotea más alta (de las que había muchas para elegir en Las Vegas) y ni siquiera se había enamorado todavía. O al menos no creía haberlo hecho.

¿Era un solo beso y las incontables horas que habían pasado lo bastante alejados como para no tocarse fácilmente suficiente para hacer que un corazón se precipitara por el abismo hacia el amor?

Desde luego, él no podría saberlo. Después de toda una vida de ligues y rollos de una noche, lo que tenía con Ellis había hecho que tuviera que andar de puntillas por territorio desconocido desde prácticamente el primer día. Lo que solo hacía que las cosas que Ellis le había revelado antes fueran más difíciles de asumir. Si Cinder ya se estaba acercando a esto a ciegas desde todas las direcciones, ¿cómo se suponía que iba a lidiar con el pasado traumático de Ellis?

No le asustaba y, desde luego, no cambiaba la opinión que tenía de Ellis. Pero sí que le añadía algo de presión para aclararse las ideas y ser el hombre que Ellis necesitaba. No, el hombre que se merecía. Cinder no podía seguir improvisando. Tenía que empezar a poner a otra persona por completo por encima de sus necesidades y eso quería decir que tenía que entender mejor a Ellis para poder calcular el mejor camino a seguir para los dos.

También quería decir que tenía que escuchar las necesidades de Ellis incluso cuando no se alineaban con lo que él consideraba correcto. Como el hecho de que se negara a que Cinder hiciera que despidieran al inútil borracho de su padrastro pese a que se merecía eso y más.

Cinder cerró los ojos y respiró lenta y profundamente para centrarse. Lo último que Ellis necesitaba después de admitir que sufría estrés postraumático debido a una infancia horrible era que Cinder se acercara a su primer contacto físico juntos con la ira bullendo bajo la piel.

Cuando el pomo de la puerta que había estado observando durante la mayor parte de los últimos veinte minutos por fin se agitó

y giró, Cinder tomó una decisión repentina. Y menos mal que lo hizo. Si no se hubiera decidido antes de que Ellis entrara en la habitación sin más ropa que unos vaqueros desgastados con el tiro bajo en la cintura estrecha, Cinder le hubiera tomado en ese mismo instante. Y no hubiera sido lo que Ellis se merecía.

—Hola. —Ellis sonrió y un rubor tímido le tiñó las mejillas de rosa. El torso cincelado con el que Cinder había fantaseado más veces de las que podía contar todavía tenía varias gotas de agua; restos de la ducha—. Siento haber tardado tanto. He tenido una pequeña crisis existencial.

Mierda. Como se había temido. Cinder se puso de pie y eliminó la distancia que había entre ellos, mirando a Ellis a los ojos, aunque le había descendido tanta sangre a otra parte del cuerpo que el control de su cerebro se había partido en dos. Paró antes de agobiar a Ellis y levantó la barbilla para poder mantener el contacto ocular con el dios griego que estaba de pie frente a él.

Concéntrate, idiota.

—Habla conmigo. ¿Qué ha pasado?

Ellis se mordió el labio inferior y se encogió de hombros.

—Me he dado cuenta de que he dicho bastantes sinsentidos poco masculinos antes. Quería darte algo de tiempo para escapar si habías cambiado de idea sobre… esto. —Levantó los brazos y apuntó hacia su propio cuerpo antes de dejarlos caer con una sonrisita autocrítica—. No domino el arte de ser sexy. Parece que me queda mucho camino por recorrer.

—Oh, cariño. —Cinder apretó los puños para evitar tocarle antes de estar seguro de en qué estaba pensando—. Nada de lo que pasó cuando eras un niño fue culpa tuya y el hecho de que ese cabrón siga manipulándote e intimidándote es culpa suya, no tuya. Sabe lo que está haciendo porque sabe lo que hizo. Está sacando ventaja de las cosas horribles que te hizo cuando eras pequeño, pero nada de eso te hace menos masculino. Y mucho menos te hace menos sexy. —Cinder inclinó la cabeza, manteniendo la postura tan casual y poco amenazadora como le era posible—. ¿Puedo tocarte?

Con las cejas alzándose, Ellis simplemente asintió y se fundió con él cuando eliminó los últimos centímetros que les separaban. En

cuanto se encontraron, Ellis dejó escapar una exhalación temblorosa que le hizo cosquillas tras la oreja.

Rodeándole la cintura con un brazo, Cinder apretó la palma de la mano contra la espalda de Ellis para mantener sus cuerpos unidos. Con la otra mano, guio la boca de Ellis hacia abajo para encontrarla con la suya, bebiendo finalmente de esos labios con el desenfreno sin reservas que había deseado desde esa muestra prometedora que todavía aparecía en sus ensoñaciones más felices y en sus fantasías más sucias.

Los brazos fuertes de Ellis rodearon a Cinder, atrayéndole y sujetándole mientras ambos disfrutaban del beso. Finalmente, Cinder encontró la fuerza para separar sus labios, pero solo durante el tiempo necesario para preguntar:

—¿Todo bien?

Con un gruñido bestial, Ellis dobló las rodillas, puso una mano tras cada muslo de Cinder y le levantó en sus brazos fornidos. Le acarició la barbilla con la cara rasposa y su respiración cálida le abanicó el cuello.

—He querido esto desde la primera vez que probé tus labios.

Cinder agarró los hombros de Ellis mientras los llevaba a los dos hasta el sofá y dejaba caer a Cinder de espaldas, cubriéndole el cuerpo con el calor sólido del suyo. Cuando Ellis movió las caderas y sus erecciones se encontraron a través de dos capas de tela vaquera, los dedos de Cinder se clavaron más y de la garganta se le escapó un jadeo ronco.

A lo mejor se había perdido más de lo que pensaba al elegir ser siempre el más fornido en sus relaciones sexuales. Había algo inexplicablemente delicioso en estar rodeado y ser manejado por alguien con tanta fuerza.

Cinder apretó los labios sobre la garganta de Ellis y movió las caderas para incrementar la fricción. Un gemido compartido llenó el aire antes de que Cinder deslizara la mano para agarrar el culo duro de Ellis y le murmurara al oído:

—Te quiero desnudo.

Ellis asintió contra el hombro de Cinder. Sus respiraciones jadeantes eran algo hermoso mientras luchaba por mantener algún

aspecto de autocontrol. Los movimientos hambrientos y las sacudidas de sus caderas hacían juego con el control que se hacía pedazos.

Pero, pese a la pasión frenética que hacía que su cuerpo pidiera más de forma visible, Ellis se sometió a la petición de Cinder sin dudarlo. Se apartó de él hasta que sus miradas se encontraron. Una chispa de deseo se encendió entre ellos, espolvoreada con algo más. Algo que Cinder estudiaría y examinaría más tarde, pero que desapareció lo bastante rápido como para que centrase toda su atención en el deseo físico que les atraía como un imán al metal.

Ellis se puso en pie al lado de Cinder, que seguía tirado en el sofá. Con una sonrisa sexy tirando de los labios hinchados por los besos, Ellis abrió el botón de los vaqueros y tiró de la cremallera. En lugar de revelar el algodón suave de la ropa interior, apareció una mata de pelo rubio bien cuidada.

Cinder ahogó un grito y se apoyó sobre los codos.

—Líbrate de los vaqueros, cariño.

Al tiempo que su sonrisa crecía, Ellis metió los pulgares en los bolsillos frontales de los vaqueros y tiró hasta que cayeron a sus pies. Librándose de ellos con una patada, abrió los brazos y dejó que Cinder estudiara la gloria impresionante que era su cuerpo desnudo.

—Joder, eres precioso. —La voz de Cinder sonó ronca y áspera mientras recorría con la mirada cada centímetro del cuerpo de Ellis. La avaricia y el dolor del deseo hambriento hicieron que un rugido le subiera por la garganta. Moviendo las piernas de modo que estuvo sentado en el sofá en lugar de tumbado sobre él, Cinder abrió las piernas y le hizo a Ellis un gesto con el dedo para que se acercara—. Ven aquí, grandote.

La duda fue breve pero evidente; un cambio, en realidad, de un estado mental a otro mientras Ellis eliminaba la distancia para quedarse en pie frente a Cinder. El contoneo se desvaneció y en su lugar apareció la sumisión tímida y ruborizada que Cinder se había acostumbrado a ver en él.

Pero no iba a dar nada por sentado. Iba a preguntar e iba a verificar. Una y otra vez. Tantas veces como hicieran falta hasta que

la confianza necesaria y las expectaciones instintivas y mutuas se hubieran establecido.

—¿Puedo tocarte?

Ellis se mordió el labio inferior y dejó escapar una exhalación pesada y temblorosa por la nariz. Asintió con los ojos vidriosos por el deseo y la anticipación.

Cinder puso las manos sobre los huesos de la cadera de Ellis y movió los pulgares dibujando círculos amables sobre la piel suave. Ellis tartamudeó un gemido y Cinder le miró a los ojos.

—Entrelaza los dedos tras la cabeza y cierra los ojos. Quiero que te concentres completamente en las sensaciones que te producen mis manos. En el sonido de tus propias respiraciones dificultosas. ¿Puedes hacer eso por mí? —A Ellis se le abrieron más los ojos, pero asintió y levantó los brazos para entrelazar los dedos tras la nuca. Cinder levantó el mentón y arqueó las cejas con una pregunta silenciosa—. Y sabes que pararé si me lo pides, ¿verdad?

Con las cejas moviéndose en una mezcla deliciosa de confusión y humor, Ellis asintió de nuevo.

—Por supuesto. Aunque no puedo imaginarme una razón por la que te lo pediría.

Apretando los labios, Cinder solo pudo encogerse de hombros en respuesta. A lo mejor un día explorarían los límites de Ellis, pero ese no iba a ser ese día.

—Cierra los ojos, cariño.

Obedeciendo la orden sin dudar una sola vez más, Ellis movió los pies para asegurar su postura con las piernas algo más abiertas, sin darse cuenta de que aquello le ponía la polla a la altura perfecta para la boca de Cinder. Cinder se lamió los labios, pero apartó ese pensamiento por el momento. Hasta que se hubieran hecho análisis, el contacto sin protección no era inteligente, y no tenía un condón a mano. Y, a lo mejor más importante, no le había pedido permiso a Ellis para el contacto oral.

En su lugar, Cinder pasó los dedos por el absurdo cinturón de Apolo que parecía estar esculpido en el abdomen de Ellis y disfrutó con la forma en que su respiración se alteraba ante el roce. Pasó los dedos por cada centímetro de piel pálida y dorada que podía

alcanzar, siguiendo las líneas y los ángulos de unos músculos perfectamente tallados. Cuando la atención de Cinder se desvió al pliegue de la entrepierna de Ellis, acercándose a la evidencia de lo excitado que estaba, Ellis dijo entre dientes:

—Sí, Dios, por favor.

Su propia polla palpitó ante la desesperación que había tras la súplica, pero Cinder todavía no estaba listo para subir las apuestas. Ellis tendría que esperar. En lugar de rendirse al ruego desesperado de Ellis, Cinder se movió hacia adelante para poder alcanzar las esferas redondas que formaban el culo de Ellis.

Exploró la piel suave, deleitándose en las curvas de musculatura que se flexionaban bajo sus dedos. Una sola gota de sudor se deslizó por el estómago de Ellis, desviándose hacia la hendidura central formada por las líneas delimitadas de músculos y tendones. Cinder deseaba seguir el camino con la lengua, pero en lugar de eso se metió un dedo en la boca para cubrirlo de humedad resbaladiza.

—Separa más las piernas, cariño. —Cinder dio la orden con un susurro ronco y le contentó que Ellis hiciera lo que le había pedido con una continuada cooperación deseosa—. Así es. Justo así. Buen chico.

Cuando Ellis gimió en una apreciación clara del cumplido, Cinder sonrió y metió la mano entre las piernas de Ellis. Pasó un dedo suave como una pluma por la hendidura del culo de Ellis sin presionar más, acompañando el roce curioso con un ronco «¿Puedo?».

Ellis dejó caer la cabeza hacia atrás y dejó escapar otra súplica desesperada:

—Sí. Dios, por favor. Sí.

La respuesta hizo que el corazón de Cinder latiera a toda velocidad y sin ningún otro momento de pausa su dedo húmedo encontró la meta. Tan pronto como tocó la piel arrugada, a Ellis le recorrió un escalofrío y cuando movió el dedo con una serie de círculos diminutos y concentrados, se le debilitaron las rodillas. Abrió los ojos y apoyó las manos en los hombros de Cinder para sostenerse. Un grito frenético y sin control se le escapó de los labios mientras los dedos le apretaban los hombros.

—¿Estás bien? —Cinder pausó el movimiento, poniendo la mano libre sobre la cadera de Ellis para estabilizarle—. Puedo parar. No tienes más que decirlo.

—Joder, no. —Ellis ladró las palabras seguidas por una risa entrecortada mientras negaba con la cabeza. Un montón de frases rotas le salieron de los labios temblorosos—. Nunca he sentido nada… Es bueno. Demasiado bueno. Quiero más, no menos. Tan bueno.

Cinder se tragó una risa mientras volvía al trabajo.

—Cierra los ojos. No quiero que hagas nada más que sentir.

Ellis se mordió el labio y cerró los ojos con fuerza. Cuando Cinder atravesó su entrada, sus dedos se clavaron en los hombros de Cinder y las caderas se le movieron hacia adelante. Y cuando el dedo de Cinder encontró el más sagrado de los lugares y se flexionó para presionarlo, Ellis se hizo pedazos. De sus labios salió un reguero de maldiciones. El cuerpo le tembló y se tambaleó, con la boca abierta y las piernas temblorosas.

—¿Te gusta, cariño? —Cinder besó la cara interna del antebrazo tembloroso de Ellis—. ¿Quieres que siga?

Abrió los ojos, dejó escapar una exhalación y parpadeó aturdido de asombro. Cinder le ofreció una sonrisita segura en respuesta. Ellis tragó saliva y se pasó la lengua por los labios antes de decir:

—Me gusta tanto. Creo que podía correrme sin que… sin que ni siquiera me toques la… la… —La cabeza le cayó hacia atrás con un gruñido profundo y vibrante cuando Cinder volvió a acariciar ese lugar de nuevo. Y después otra vez.

Los labios de Cinder se curvaron incluso más hasta que estuvo seguro de que su sonrisa se parecía a la de un supervillano a punto de destruir a su presa.

—Oh, cariño. Podría hacerte correrte de cien formas diferentes sin me dejases. —Movió el dedo en un círculo lento y deliberado, deleitándose con los jadeos ahogados de Ellis—. Esto es solo el principio.

Con un tirón suave, Cinder liberó el dedo, deleitándose con el gruñido insatisfecho de Ellis ante la pérdida.

—Túmbate de espaldas y pon una pierna sobre el respaldo del sofá. —Cinder dio una palmadita en el cojín a su lado, escondiendo una sonrisa ante el entusiasmo tambaleante de Ellis para obedecer. Cuando se hubo colocado como Cinder le había pedido, con la cabeza en el reposabrazos y las piernas abiertas, Cinder le recompensó con un solo dedo acariciándole la polla.

Con el primer contacto, Ellis gimió y la polla le palpitó en una súplica por algo más. En lugar de obedecer, Cinder le besó el tobillo y se puso de pie.

—No muevas un solo pelo. Vuelvo ahora mismo.

Con eso, desapareció en su camerino para coger unas cuantas cosas necesarias. Cuando volvió con los tesoros en la mano, se encontró con Ellis tal y como le había dejado: gloriosamente extendido, jadeando y sonrojado con la necesidad de que le tocaran y le provocaran. Que le adoraran y le consintieran. Pero, lo que era más importante, la necesidad de que todas esas cosas vinieran de él. De Cinder. No, de Henry.

El Henry de Ellis.

Después de darle una patada a la puerta para cerrarla, Cinder volvió al lado de Ellis y dejó los condones y el lubricante en la mesa de café. Pasó una mano por el interior del muslo de Ellis, antes de detenerse a un milímetro de la entrepierna y sonreír.

—Túmbate y relájate, cariño. Te voy a hacer sentir tan jodidamente bien.

Capítulo trece

Henry se acomodó entre las piernas de Ellis, todavía completamente vestido, y trazó con voracidad cada centímetro de su cuerpo desnudo con esos ojos preciosos de color avellana. De nuevo. Por enésima vez. Adorándole de un modo que nunca había experimentado. De un modo que puede que nunca volviera a experimentar.

Todas las experiencias sexuales de Ellis habían sido rápidas, sucias y casi siempre unilaterales. Nunca había sido así. Nunca había sido él quién recibía toda la atención. Joder, en el pasado había tenido suerte si se percataban de que estaba allí para empezar. Los hombres con los que había elegido acostarse le habían exigido la boca o el culo para saciar sus necesidades, pero raramente habían ofrecido devolverle el favor.

Había sabido que tenía una personalidad sumisa. Era obvio en el modo en que se relacionaba con la gente que le rodeaba y aún más obvio en el tipo de hombre que había elegido para calentar las sábanas. Pero demasiadas malas experiencias en ese área le habían dejado viviendo una vida de celibato voluntario.

Hasta Henry.

Henry era el primer hombre con el que Ellis había querido estar en más de cinco años. También era el primer hombre que le había pedido permiso antes de tocarle y seguía preguntando para asegurarse que Ellis estaba de acuerdo con todos los cambios en la dinámica. Tenía la personalidad dominante que Ellis había buscado siempre en un amante, solo que sin las partes cabronas que le habían roto el alma y le habían dejado sintiéndose mentalmente hueco y físicamente vacío.

En lugar de recordarle esas desafortunadas experiencias sexuales, las órdenes tiernas de Henry y su devoción cariñosa dejaban a Ellis satisfecho de una forma que no había sentido nunca. Satisfecho, pero, al mismo tiempo, deseoso de más.

Henry cogió algo del montón de cosas que había traído de su camerino antes de poner una mano amable y protectora sobre la

cadera de Ellis.

—No voy a pretender que conozco o que me importa tu historia sexual, pero admitiré que la mía ha sido extensa. —Levantó un condón sabor frambuesa y miró a Ellis a los ojos—. Voy a usar esto hoy porque te respeto, no porque no confíe en ti. La seguridad para ambos siempre es lo primero, por lo que quiero que nos hagamos análisis. Porque quiero que seamos exclusivos, y quiero poder ser libre de poner mi boca sobre ti. En todas partes. Siempre que quiera. ¿Te parece un buen trato?

Ellis se quedó boquiabierto un momento antes de cerrar la boca con tanta fuerza que le vibraron los dientes con el impacto. Henry quería ser exclusivo. Con Ellis. Como…

—Sí, esa es la forma poco romántica que tengo de pedirte que vayamos en serio. O lo que sea que lo llamen estos días. —Henry le guiñó el ojo y le besó la cara interna de la rodilla—. Ahora, ¿puedo? —Abrió el envoltorio con los dientes y sujetó el condón de color rojo para que Ellis lo inspeccionara—. Te quiero en mi boca cuando explotes.

De la mandíbula apretada de Ellis se escapó un gemido, pero consiguió sollozar un asentimiento verbal.

Los labios de Henry se curvaron en una sonrisita segura mientras sujetaba la punta del condón y se lo ponía a Ellis. Tuvo que morderse la lengua para evitar gritar de necesidad y deseo reprimidos. Nadie le había tocado nunca así, con condón o sin él.

Con tanto desinterés por el placer propio y consideración por el de Ellis. Tanto cariño meticuloso. Y (otra primera vez), ese momento perfecto lo estaban compartiendo no dos personas entre quienes existía una simple atracción física, sino dos hombres en una relación mutua. Un nivel de compromiso y conexión que iba más allá de cualquier cosa que hubiera experimentado antes.

Una sonrisa de lo más estúpida le tiró de los labios, una que solo creció cuando Henry la vio por el rabillo del ojo y se detuvo con una ceja arqueada.

—Decirle a alguien que quiero hacer que se corra con la boca normalmente no inspira una felicidad infantil.

Con una negación, Ellis apoyó la mano sobre la de Henry.

—No era eso. Aunque, definitivamente eso, eh, sí. No tengo palabras.

Henry murmuró y entrelazó los dedos con los de Ellis, usando la otra mano para dibujar círculos en el interior del muslo de Ellis. Acercándose más y más con cada círculo al lugar donde más le deseaba.

—Entonces a qué viene esa sonrisa tonta, si no es una respuesta a mi promesa de —Henry finalmente alcanzó el objetivo y sostuvo los testículos de Ellis en la calidez de la palma de la mano— placer divino.

De la garganta de Ellis se escapó un gruñido, pero apretó la mandíbula e intentó mantener la concentración en Henry, no en los rayos cosquilleantes de necesidad que se le disparaban por el cuerpo.

—Sí, bueno, de repente tengo una pareja estable. Por lo visto. Hace que todo esto alcance… un nivel completamente nuevo.

Henry dejó escapar una risa encantadora antes de tumbarse sobre Ellis para darle un beso profundo y satisfactorio.

—Hablaremos más de eso más tarde, cuando no esté a punto de volarte el cerebro, pero sí. Eres mío y yo soy tuyo. Ahora cierra los ojos. No me obligues a vendártelos.

La electricidad chispeó sobre la piel de Ellis y dejó escapar una respiración, haciendo que Henry le mirara a los ojos. Pasándose una lengua por los labios, Ellis estiró los brazos y entrelazó los dedos detrás de la cabeza. Exactamente cómo Henry le había pedido cuando estaba de pie.

—Solo puedo concentrarme en una cosa. Si quieres que tenga los ojos cerrados cuando hay tanto que quiero ver… Bueno, puede que haga falta un antifaz. —Ellis guiñó un ojo cuando vio cómo se abrían los ojos de Henry—. Y si no quieres que mis manos se interpongan en el camino cuando hay tantas cosas que quiero tocar… —Se encogió de hombros y apretó los labios—. Puede que quieras hacer algo al respecto también.

—Ten piedad de mí. —Henry cerró los ojos durante un breve momento como si estuviera recomponiéndose, antes de atravesar a Ellis con la mirada—. Hoy estás lleno de sorpresas.

Ellis se pasó los dientes por el labio inferior.

—No hay nada de malo en un poco de bondage ligero entre amigos.

Henry entrecerró un ojo y cogió los testículos de Henry con la mano de forma casual una vez más. Los movió entre sus dedos y el pulgar con un movimiento de masaje suave que no hizo nada para apagar el fuego que quemaba el centro de Ellis.

—Lo tendré en cuenta.

Cuando Henry se pasó la lengua por los labios y se inclinó para tomar a Ellis en el calor ceñido de su boca, Ellis jadeó. Luchó por evitar que las caderas empujaran hacia esa calidez deliciosa, concentrándose en su lugar en las sensaciones tal y como Henry elegía provocarlas. Dejando que los labios, la lengua y las manos de Henry guiaran esa experiencia.

Demasiado pronto, esa presión deliciosa empezó a acumularse en su centro, señalando un clímax inminente. Pero no quería correrse solo.

—Henry. Para. Por favor.

Haciendo lo que Ellis le pedía, Henry se apartó. Tenía los labios hinchados y los ojos oscuros y hambrientos.

—¿Estás bien?

—Mejor que nunca. —Ellis apuntó a Henry, señalando toda la ropa que aún llevaba con un gesto del dedo—. Excepto por todo eso. Te necesito desnudo. Te necesito dentro de mí.

El gruñido de Henry salió de lo profundo de su garganta, y se lanzó hacia delante para tomar la boca de Ellis con una posesividad brutal. Cuando Ellis movió las caderas hacia las de Henry, el beso se rompió con un gemido compartido.

Agarrando la camiseta por el dobladillo, se la quitó por la cabeza y la tiró al suelo junto a los vaqueros de Ellis. Le siguieron los pantalones y la ropa interior en un solo movimiento rápido y entusiasta. En cuestión de segundos estaba de vuelta sobre Ellis y ambos cuerpos se movieron con ansia descarada mientras las bocas chocaban en un remolino glotón de dientes, lengua y labios.

Ellis tocó y saboreó cada centímetro de Henry que sus manos y boca insaciables podían alcanzar. Nunca había sido tan consciente de

su propio cuerpo y aun así al mismo tiempo hiperconcentrado en el cuerpo de otra persona. Deseaba de un modo que nunca había deseado. Necesitaba de una forma que nunca había pensado que fuera posible.

—Por favor.

Fue todo lo que pudo decir. Una súplica casi aspirada. Pero Henry lo entendió sin más explicación. Encadenó besos por el cuerpo de Ellis mientras alargaba la mano para coger otro condón y la botella de lubricante. Cuando se puso de rodillas para ponerse la barrera de goma, Ellis vio por primera vez el cuerpo hermoso de Henry.

Alargando una mano para detener a Henry antes de que se pusiera el condón, Ellis respiró tembloroso y miró todo lo que quiso. Henry no estaba tan musculado como Ellis, pero el trabajo duro que ponía en su arte era evidente por los músculos esbeltos esculpidos bajo la piel suave y lisa.

—Eres impresionante.

Era raro que Henry le mostrara su lado vergonzoso, pero un espolvoreado rosa destacó las pecas.

—Ese es un cumplido de verdad viniendo de alguien tan hermoso como tú.

Ellis pasó las manos por los muslos de Henry.

—Nunca me he sentido hermoso, pero joder si me siento así cuando me miras de esa forma.

Esa sonrisa secreta y silenciosa que Henry solo compartía con Ellis apareció en sus labios.

—Entonces tendré que recordar exactamente cómo te estoy mirando y asegurarme de hacerlo todo el tiempo.

Se agachó para ofrecerle a Ellis un beso suave y dulce antes de ponerse el condón y echarse lubricante en la mano. Cubriéndose los dedos, los devolvió a donde había empezado todo, con él dentro de Ellis presionando ese lugar que Ellis había sabido que existía, pero no había encontrado nunca. Su sonrisa amable se volvió malvada y Henry extendió el resto del lubricante por la polla, mirando con deleite cómo Ellis se retorcía debajo de él.

Cuando hubo terminado de preparar a Ellis, con todo el amor y el cuidado que siempre había querido, pero nunca había recibido,

Henry le quitó el condón a Ellis y lo tiró al suelo antes de pasarle los brazos por debajo de las rodillas y mirarle a los ojos.

—¿Listo?

—Más que listo. —Ellis gritó cuando Henry atravesó su entrada, pero fue de felicidad y placer más que de incomodidad y dolor. Y cuando los ojos de Henry se cerraron mientras se movía con el ritmo más tierno y delicioso, Ellis se maravilló con las chispas que se encendían en su piel. Sobre todo, cuando Henry movió las caderas con una precisión experta, rodeó la polla de Ellis con la mano y, con la siguiente embestida, tocó a Ellis justo donde más lo necesitaba.

—¡Joder!

Eso fue todo lo que hizo falta. Un roce de la polla de Henry contra ese conjunto de nervios emparejado con el agarre cálido y Ellis vio las estrellas. Todo su cuerpo vibró con la intensidad de su orgasmo y la oleada de sangre en los oídos tapó el grito feliz de Henry cuando encontró su propio clímax solo unos momentos después.

Se quedaron tumbados allí juntos, tirados de cualquier forma sobre el sofá y temblando mientras sus sistemas se recuperaban del orgasmo, hasta que finalmente Henry se levantó apoyado sobre un codo. Mirando a Ellis, sonrió.

—Para eso sin duda ha valido la pena la espera.

~*~*~

Con el objetivo de conseguir sustento después de haberse agotado a ellos mismos casi por completo, Ellis y Henry salieron por la puerta privada para empleados en el lateral del teatro. Henry le cogió de la mano y la levantó para poder besarle los nudillos. Cuando sus miradas se encontraron, movió las cejas arriba y abajo y tiró de Ellis para darle un beso, susurrándole al oído «No puedo esperar a desnudarte de nuevo» antes de apartarse.

El calor hizo que las mejillas le cosquillearan, pero mientras luchaba por formular una respuesta apropiada, su peor pesadilla (en forma de un grupo de fans que de algún modo había reconocido a

Henry fuera de la indumentaria gótica punk que llevaba en el escenario) se entrometió para arruinar el momento.

Unos gritos agudos y unas manos no bienvenidas que intentaban agarrarles cuando la horda de admiradores les rodeó nubló el cerebro de Ellis con una oleada de pánico y claustrofobia. Pero, al contrario que la última vez, no había guardaespaldas musculosos para mantener a la multitud alejada. En su lugar siguieron acercándose más y gritando más alto hasta que lo que quedaba de la cordura de Ellis desapareció.

No fue hasta que oyó la voz controlada y clara de Henry en su oído, ordenándole que se diera la vuelta y volviera a la seguridad del teatro, que Ellis se libró de su terror comatoso y encontró la voluntad para buscar un lugar seguro. Pero cuando atravesó la marabunta creciente y sacó la tarjeta del bolsillo para poder abrir la puerta, no pudo ver a Henry por ninguna parte. No había seguido a Ellis, sino que se había quedado atrapado en el centro de la multitud.

Ellis no iba a dejar de ningún modo que su propia debilidad y ansiedad hicieran que Henry tuviera que enfrentarse a ese horror él solo. Empezó a caminar de vuelta hacia el caos, pero AJ, el guardaespaldas que le había rescatado la vez anterior, le detuvo.

—Cinder quiere que vuelvas adentro. Va a firmar algunos autógrafos y hacerse algunas fotos. No te preocupes, Emmitt está con él. No le pasará nada.

Ellis asintió sin pensar, dejando que AJ, con su cuerpo enorme, le guiara al interior del teatro y le dejara en el camerino de Henry como a un niño pequeño al que habían castigado. AJ apuntó a la manilla de la puerta mientras salía de la habitación.

—Cierra tras de mí. Solo por si acaso. Voy a hacer de refuerzo.

Una vez más, Ellis solo ofreció un asentimiento mecánico en respuesta.

—Estate atento al teléfono. Puede que tengamos que sacar a Cinder en coche. Estoy seguro de que estará en contacto. —Dicho eso, AJ salió del edificio y dejó a Ellis tirado en el sofá, recuperándose de otro encuentro con el pandemonio que mandaba sobre la vida de Henry.

Dejó caer la cabeza sobre el cojín y miró al techo, derrotado. Ni siquiera podía lidiar con un solo momento bajo el peso de la fama por asociación. ¿Podían él y Henry tener realmente un futuro juntos cuando no podía soportar la presión del día a día de la existencia de Henry? ¿Querría Henry que Ellis estuviera con él si significaba añadir otra carga a su equipo de seguridad, que tendrían que extraerle a la primera señal de problemas y así dejar a Ellis sin cobertura suficiente en caso de que ocurriera una emergencia?

Cerrando los ojos, Ellis murmuró una palabrota antes de ponerse de pie. Lo que fuera que él y Henry habían planeado para esa noche, ahora ya no era una opción. Necesitaba hacer algo para apartar la mente del problema.

Cuando Henry le escribiera o le llamara, lo que Ellis no tenía ninguna duda de que haría, Ellis pensaría en cómo responder. Por ahora, se pondría la ropa de trabajo y dejaría que el trabajo físico derrotara su cuerpo. Un reemplazo pálido a su noche con Henry, pero un castigo apropiado por su debilidad.

Capítulo catorce

Cuando el teléfono de Cinder sonó estuvo a punto de dejarlo caer al trastabillar por la prisa que tenía para contestar. La esperanza de su pecho se apagó cuando vio que no era Ellis y en su lugar frunció el ceño al ver quién le llamaba. Pero si había alguien que pudiera hacerle sentir mejor ahora mismo (excepto el propio Ellis), sería la mujer al otro lado del teléfono.

—Hola.

—Bueno, sí que suenas como la alegría de la huerta esta mañana —se rio Kumiko—. Supongo que no eres fan del nuevo nombre de pareja famosa que han elegido los fans. Personalmente, yo creo que es encantador.

Cinder se apretó el puente de la nariz y volvió a caminar de un lado a otro como había estado haciendo antes de que Kumiko llamara.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué nombre?

Kumiko se rio a carcajadas y su voz se apagó cuando tapó el micrófono para hablar con su mujer. Cinder entendió algunas palabras, pero no sabía qué estaban diciendo. Al final, Lizbeth cogió el teléfono y pudo escuchar la risa en su voz.

—Henry Cinderford, tú y ese tramoyista sexy tenéis el mejor nombre de pareja que he visto nunca. Estás en altavoz para que las dos podamos escuchar tu reacción, pero me he ganado el derecho a decírtelo, ya que al parecer de algún modo tienes la cabeza enterrada en el suelo. ¿Estás listo?

Con un suspiro, Cinder le hizo un gesto para que hablara antes de acordarse de que no podía verle y chasqueó la lengua con irritación.

—Vamos, Liz. Escúpelo.

Lizbeth rio y tuvo lugar otro intercambio de susurros antes de que finalmente dijera:

—Cinderellis. Vuestro nombre de pareja es Cinder-puto-Ellis.

Emitieron un grito agudo al unísono que casi le destrozó los tímpanos antes de que Kumiko recuperara de nuevo el control de la

conversación.

—Dime que no es adorablemente perfecto. Estaba predestinado.

Cinder se quedó parado un momento mientras entendía lo que significaba en realidad ese nombre tan ridículo de los tabloides.

Cinderellis.

Mierda.

Como si las cosas no fueran ya lo bastante complicadas. A Ellis no le iba a hacer gracia. Sobre todo, teniendo en cuenta el deseo intenso que sentía por mantener todo lo relacionado con ellos en secreto. Si tenían un nombre de pareja oficial, quería decir que la prensa había averiguado quién era Ellis, lo que significaba que podrían saber cosas sobre él, como dónde trabajaba y dónde vivía su familia.

—Mierda. —Cinder salió corriendo hacia el garaje, haciendo una pausa corta solo para coger la cartera, las llaves, las gafas de sol y una gorra—. Tengo que irme, queridas.

—Espera, ¿qué? ¿Qué pasa? —La voz de Kumiko pasó de ser la voz tranquila que usaba fuera del trabajo a ser los tonos cortantes profesionales que usaba para ocuparse de las tropas—. ¿A dónde vas?

Mientras ponía la marcha atrás en el todoterreno, Cinder le dio al botón de bluetooth en el salpicadero para pasar la llamada a manos libres y dejó el teléfono en el posavasos.

—Tengo que ver a Ellis. Si tienen su nombre, quién sabe qué más saben sobre él. Necesito asegurarme de que está a salvo y asimilando bien la noticia.

La voz de Kumiko se tensó incluso más cuando sonó a través de los altavoces.

—Emmitt y AJ están contigo, ¿no?

—¿No lo están siempre? —Cinder miró en el espejo retrovisor para asegurarse de que no estaba mintiendo y, cuando vio el todoterreno familiar que le seguía a un coche de distancia, saludó a su escolta fiel con la mano—. Puede que tenga que posponer la cena y las copas de hoy. Dependerá de cómo vayan las cosas con Ellis. No sé nada de él desde ayer por la noche, así que estoy un poco preocupado.

Después de que le escoltaran a casa la noche anterior, Cinder había llamado a Ellis para disculparse por el ataque inesperado. Ellis lo había entendido y había insistido en que Cinder no tenía ninguna razón para sentirse mal o pedir perdón. Sin embargo, en lugar de aceptar la oferta de Cinder de pagarle un Uber para que pudieran continuar la velada como habían planeado, Ellis había puesto una excusa, diciendo que tenía un gran proyecto en el que trabajar y que realmente debería irse a dormir para poder madrugar el día siguiente.

Cinder había aceptado el cambio decepcionante de planes con tanta gracia como le fue posible, pero cuando había intentado contactar con Ellis varias veces esa mañana sin ningún resultado, se había puesto nervioso.

Las cosas con Ellis estaban yendo demasiado bien como para dejar que el caos frenético de la fama de Cinder se interpusiera. Se negaba a permitir que esa parte de su vida pusiera en peligro la primera relación real que había tenido. No le importaba que no hubieran hablado de hacia dónde iban las cosas entre ellos. Ese nivel de formalidad no era necesario después de lo que habían compartido la noche anterior.

—Ten cuidado, querido. —El ceño fruncido era evidente en la voz de Kumiko—. Con suerte, Ellis ha dormido hasta tarde y ni siquiera ha visto las noticias. De todas formas, haznos saber que todo va bien, ¿vale? Nos preocuparemos.

—Sí, no nos hagas esperar demasiado. —La voz de Lizbeth sonaba débil y ya no estaba encima del micrófono. Había empezado a caminar de un lado a otro (una costumbre que compartían)—. Ahora somos tres personas esperando las noticias. No hagas que el pobre bebé se vuelva azul.

Cinder pasó otro minuto o dos prometiéndoles que les mandaría al menos un mensaje una vez hubiera hablado con Ellis antes de colgar. Había llegado al Strip para entonces y estaba atrapado en el tráfico inmóvil, como siempre. Para cuando llegó al garaje y aparcó cerca de la entrada privada para empleados del Colosseum, habían pasado otros veinte minutos y Ellis no había contestado a otras tres llamadas de teléfono de Cinder.

Decir que estaba de los nervios sería quedarse corto. Se bajó del coche de un salto y después paró solo el tiempo necesario para contarles su preocupación a sus guardaespaldas antes de entrar corriendo al teatro.

Gritando el nombre de Ellis, Cinder fue directo al viejo camerino que le servía como dormitorio provisional. Llamó una vez a la puerta antes de abrirla sin esperar respuesta. Estaba vacío.

Con la mandíbula apretada, Cinder volvió a gritar el nombre de Ellis mientras corría hacia la zona entre bastidores. Afortunadamente, la voz dulce de Ellis le llegó desde las alturas un par de segundos antes de que pudiera verle, de pie en una viga de metal estrecha.

—¿Henry?

El estómago de Cinder hizo una pirueta complicada que consiguió abarcar el frío desagradable que asociaba con su miedo infantil a las alturas combinado con el alivio puro.

—Joder, tío. ¿No deberías tener a alguien vigilándote si vas a estar tan lejos del suelo?

Una risa hizo eco en las alturas mientras Ellis se agachaba para estar todo un metro más cerca de Cinder antes de contestar.

—Llevo haciendo esto más de una década. Tengo mi material de seguridad, eso es más que suficiente. —Inclinó la cabeza cuando Cinder se secó el sudor frío de la frente—. ¿Qué ocurre? ¿Te dan miedo las alturas?

Con una risa, Cinder se metió ambas manos en los bolsillos de los vaqueros.

—¿A quién? ¿A mí? Por supuesto que no. —Cuando Ellis apretó los labios para esconder una sonrisa, Cinder puso los ojos en blanco y dejó escapar un suspiro derrotado—. Vale, sí, tienes razón. Nunca he sido un gran fan. ¿Te importaría bajar? Estás tan alto que estás haciendo que me maree.

Cinder esperó con la mirada puesta en una altura segura mientras Ellis bajaba al suelo. Cuando golpeó el cemento con los pies con un ruido seco, Cinder levantó la mirada y miró a los ojos de color azul cristalino de Ellis. Antes de que la sonrisa de bienvenida y

alivio pudiera asomar a sus labios, Cinder vio el resto de la cara de Ellis y frunció el ceño en su lugar.

—¿Qué cojones? ¿Qué te ha pasado? Joder, ¿estás bien?

Ellis se alejó de Cinder cuando intentó tocarle la mejilla, apartando la vista para esconder lo peor del daño.

—No es nada. Estoy bien. Lo prometo.

—Eso es más que nada. —La voz de Cinder era poco más que un suspiro, las palabras aún más distorsionadas por lo apretada que tenía la mandíbula—. ¿Quién te ha hecho esto? ¿Te han atacado los fans o…?

Levantando una mano para detener las preguntas de Cinder, Ellis negó con la cabeza.

—No pasa nada. No te preocupes.

Respirando profundamente para centrarse, Cinder se crujió los nudillos para darse un momento para enfriarse y que sus próximas palabras no salieran cubiertas de la ira bestial que le hervía en la sangre.

—Te pondré una escolta. Esto no volverá a pasar.

Cuando Ellis se pasó una mano por los rizos rubios y dejó que sus ojos se cerraran con un gruñido suave, Cinder aprovechó la oportunidad para estudiar el daño. Quien fuera que hubiera atacado a Ellis era zurdo. Tenía el labio inferior hinchado y un corte en el lado derecho con un moratón que ensombrecía la parte de alrededor y la mandíbula. Una laceración que se había cerrado recientemente le partía la ceja derecha y el principio de un ojo morado hacía que los párpados tuvieran un aspecto hinchado y algo púrpuras.

Dejando caer la mano y mirando a Cinder a los ojos una vez más, Ellis frunció el ceño.

—No necesito guardaespaldas, no ha sido nada como eso.

—¿No? —Cinder se cruzó de brazos y arqueó una ceja—. Si no ha sido como eso, ¿entonces qué ha sido?

Con un suspiro exagerado, Ellis bajó la barbilla y se concentró en mirarse las manos mientras jugueteaba con una de las tiras del arnés.

—Me he peleado con mi padrastro. Ha sido una estupidez familiar. En serio, no te preocupes por ello, ¿vale?

¿Su padrastro le había hecho esto? ¿Su padrastro, el ingeniero de sonido cabrón? Cinder frunció el ceño.

—Espero que se lo hayas de vuelto. ¿Por qué narices os estabais peleando de todas formas?

Mirando a Cinder rápidamente, Ellis se encogió de hombros.

—Como he dicho, ha sido una estupidez familiar.

Cinder se apretó el puente de la nariz y respiró lentamente para tranquilizarse.

—Siento entrometerme, pero me tenías preocupado al no contestar a ninguna de mis llamadas. Después de lo de anoche, estaba…

—Mierda. —Ellis se tocó los bolsillos antes de dejar caer la cabeza hacia atrás—. He debido dejarme el teléfono cargando al lado de la cama. Lo siento. El viejo me ha sorprendido esta mañana temprano. Me ha dejado un poco despistado.

Eso no lo sorprendía. La mañana de Cinder también hubiera sido despistada si se hubiera despertado con un puño en la cara.

—¿Estás seguro de que estás bien? ¿Te has puesto hielo? La hinchazón parece bastante mala.

Ellis se tocó la comisura de la boca con los dedos e hizo una mueca de dolor.

—No, estoy bien. Tengo un montón de trabajo que hacer. Si me molesta, me pondré hielo más tarde.

Cinder se tragó un suspiro.

—¿Por qué no te tomas un descanso? Puedo acomodarte en el sofá de mi vestuario y hacer de enfermero.

Ellis negó con la cabeza con los labios apretados.

—De verdad que no tengo tiempo. Ya tenía mucho que hacer y después Ray ha añadido más tareas esta mañana.

—¿Os habéis peleado por eso?

Estaba mal que siguiera insistiendo, pero algo no cuadraba. Ellis no era de la clase de personas que se metían en una pelea a puñetazos con alguien. Por ninguna razón. Lo que significaba que lo que fuera que hubiera pasado, probablemente había sido el cabrón de su padrastro el que lo había empezado. Y Cinder estaba bastante

seguro de que podía tirar abajo la puerta de ese cabrón y no tendría un solo pelo fuera de lugar.

Ellis levantó un hombro, pero siguió sin mirarle a los ojos.

—Ha sido más un castigo por lo que ha hecho que nos peleemos. —Se sonrojó y cerró los ojos con fuerza—. Perdona, me he expresado mal. Ray nunca…

—Sí, lo haría. Y lo ha hecho. —Cinder apretó los puños, pero hizo que su voz siguiera tranquila—. ¿Sabe el teatro lo mezquino que es ese hombre? A lo mejor debería contárselo.

Con los ojos encendidos, Ellis miró a Cinder a los ojos, moviendo la cabeza de un lado a otro con fuerza.

—No. Por favor. No. No puedes.

Cinder levantó las manos con las palmas hacia adelante a modo de defensa.

—Oye, oye. No te preocupes. No haré nada que no quieras que haga. —Una sospecha y un temor insidioso le treparon por la espalda, y su radar de «hay algo que no va nada bien» sonó hasta salirse de la escala. Hasta que Ellis le contara la verdad, no iba a dejarle solo.

Un pensamiento se coló en su cerebro, y sonrió.

—Me aburro muchísimo. ¿Por qué no me pones a trabajar? De ninguna forma voy a ir ahí arriba —Cinder apuntó a las alturas—, pero tengo una espalda fuerte y se me da bien seguir órdenes.

Ellis frunció el ceño.

—Ni de coña.

Con una risa, Cinder le golpeó el hombro.

—Venga, tío. Cuatro manos pueden hacer el doble de trabajo que dos. Vamos a aplicarnos y hacer todo esto, juntos, y después nos podemos tomar la tarde libre. Juntos.

—Este no es tu trabajo, Henry. Es el mío. —Ellis se frotó la nuca —. Me despedirían si alguien descubriera que tengo precisamente a Cinder trabajando en arreglos tras el escenario. Además, Ray se enfadaría. Ya estoy metido en bastantes problemas con él. No necesito empeorar las cosas.

—Bueno, entonces es algo bueno que nadie vaya a descubrirlo, ¿no? —Cinder se ajustó la gorra de modo que la visera quedara

hacia atrás y giró los hombros—. No aceptaré un no por respuesta. Venga, cariño. Ponme a trabajar. Úsame. —Guiñó un ojo y movió las cejas arriba y abajo—. Créeme, tengo intención de devolverte el favor más tarde. En cuanto pueda desnudarte de nuevo, pienso usarte muy bien.

A Ellis se le abrieron mucho los ojos y le tembló la garganta cuando tragó saliva de forma lenta y deliberada.

—Ah, entonces, vale. —Se aclaró la garganta y apartó la vista, sin conseguir esconder la sonrisa que le tiraba de los labios—. Sígueme.

Capítulo quince

Henry se dejó caer sobre el sofá de ante gris con un gruñido dramático y exagerado.

—Tío, no sé cómo haces todo eso de forma regular. Me gritan todos los músculos del cuerpo, incluso algunos que ni sabía que tenía.

Riéndose, Ellis se unió a Henry en el sofá. Se introdujo entre sus brazos cuando los abrió a modo de invitación y se acurrucó contra su pecho desnudo. Después de llegar a casa de Henry y darse cada uno una ducha, se habían puesto ropa cómoda para estar en casa, y Henry no se había molestado en ponerse una camiseta. Para el gran placer de Ellis.

—Te acostumbras. —Ellis apoyó una mano de forma tentativa sobre el pecho de Henry—. Es un tipo diferente de ejercicio, eso es todo. Te aseguro que moriría de mil formas distintas si tuviera que correr por el escenario como haces tú, cantando canciones a todo pulmón mientras me abraso bajo esas lámparas que hacen del lugar casi una sauna. Es resistencia contra fuerza. Y yo tengo entre poca y nada resistencia.

—Y yo tengo entre poca y nada fuerza. —Henry apretó el bíceps de Ellis y sus labios se estiraron en una sonrisa torcida y sexy—. Al menos, nada parecido a la pura fuerza bruta que tú tienes. Dios mío, verte trabajando hoy casi me ha matado. Estabas de toma pan y moja. Aunque… —Se golpeó el mentón con un dedo y murmuró mientras pensaba—. Apuesto a que tienes más resistencia de la que crees. Estaría dispuesto a probar esa teoría la próxima vez que tengamos un período largo de libertad con el que jugar.

Ellis se tragó un gemido y apretó momentáneamente el puño antes de volver a estirar los dedos sobre la calidez sólida del pecho de Henry.

—Eso suena… —Cerró los ojos y dejó que una secuencia de imágenes le bailara tras los párpados. Imágenes de todas las cosas que podía imaginarse que Henry podría hacer con un período largo de libertad. Aclarándose la garganta, abrió los ojos y se concentró

en un hilo de la cintura de los pantalones grises de Henry para evitar caer por esa madriguera—. Sí, eso suena como un plan definitivo.

Henry levantó las piernas para descansarlas en la mesita de café, cruzando los tobillos antes de guiar a Ellis a descansar la cabeza en su regazo. Le pasó los dedos por el pelo, masajeándole el cuero cabelludo hasta que prácticamente se derritió ronroneando.

—¿Alguna vez te dio miedo? ¿Estar tan alto sin una red que te cogiera si te caías?

Ellis se extrajo a sí mismo de la neblina placentera y frunció el ceño mientras las palabras de Henry se asentaban en su cerebro.

—Supongo que sí. Al principio. Pero necesitaba trabajo, y conseguir un puesto como tramoyista en uno de los teatros más respetados del Strip fue todo un honor. Ray dijo que prácticamente me garantizaría un puesto en el equipo de ingeniería de sonido, lo que siempre había sido mi sueño. —Ellis frunció más el ceño—. Supongo que pensé que ya habría llegado hasta ahí ahora. Al menos, pensaba que estaría ocupándome de los micrófonos en lugar de esconderme en las plataformas. Pero ese es el negocio del espectáculo. Nada está garantizado nunca. Simplemente soy feliz de tener un trabajo que sigue dejando abierta la posibilidad de un futuro más brillante.

Al menos, esperaba que la posibilidad siguiera allí. Después de su encuentro con Ray esa mañana, Ellis no podía siquiera estar seguro de que seguiría teniendo trabajo dentro de unos días. Ray había estado especialmente cabreado cuando había despertado a Ellis de un sueño profundo, despotricando sobre algo que no había tenido ningún sentido para el cerebro poco despierto y exhausto de Ellis.

Hasta que, por supuesto, todo había cobrado sentido.

Cinderellis. La verdad era que Ellis sí que se sentía un poco como Cenicienta. Un nombre de pareja bastante apropiado para ellos, ¿no?

Su relación con Henry le quedaba como anillo al dedo al nombre, en realidad. Cinder había sido nombrado el nuevo Príncipe del Pop y la cuenta del banco de Ellis solo llegaba a los tres dígitos durante las doce horas entre el ingreso de su sueldo y el cheque que le

mandaba a Ray cada dos semanas, después de lo cual se limpiaba y volvía a la suma ridícula con la que sobrevivía.

Pero no era el apodo cursi lo que había enfadado tanto a Ray. Le había advertido a Ellis una y otra vez que no se involucrara con los artistas y ahí estaba, no solo involucrado, sino saliendo con una superestrella internacional.

Ellis no se engañaba. Al menos, ya no lo hacía. La motivación de Ray para mantenerle alejado del espectáculo siempre había sido egoísta. Había pretendido que era algún tipo de mecanismo de seguridad para garantizar que Ellis no arriesgara su trabajo, haciendo que pareciera que Ray estaba cuidando de él, que estaba protegiendo a Ellis de avergonzarse a sí mismo o de enfadar a los artistas metiéndose en su camino cuando no era nada más que un tramoyista de poca monta.

Quizás eso había sido cierto con alguna de las actuaciones que habían pasado por el Colosseum durante los años. A lo mejor incluso había empezado siendo una preocupación real, cuando Ray había arriesgado su cuello para ayudar a Ellis a conseguir el trabajo. Pero ¿ahora? Ahora era Ray tratando de mantener a Ellis bajo control. Controlándole solo por el simple hecho de hacerlo y enfadándose cuando no era tan fácil de manipular como lo había sido antes.

Al menos eso le gustaba creer. En realidad, no había cambiado nada. Seguía teniéndole miedo a Ray del mismo modo que un niño tiene miedo de los monstruos que hay bajo su cama. Podía fingir cuanto quisiera que se enfrentaría a él, y a lo mejor parte de Ellis había empezado a empujar esos límites invisibles desde la seguridad de su propia mente, pero enfrentarse a la bestia en el mundo real era otra historia.

Aun así, que Ellis hubiera decidido seguir a Henry a casa esa noche pese a las admoniciones claras de su padrastro significaba algo, ¿no? En todos los años que Ellis había conocido al hombre, Ray Brunswick nunca le había dado nada sin que fuera unido a una amenaza de violencia o ruina, incluyendo esa hoja de papel que esencialmente declaraba que Ellis era la obligación legal de Ray en caso de la muerte de Maggie. Una casualidad horrorosa con la que

Ray no había contado cuando había decidido adoptar a Ellis como medio de control y autocomplacencia estúpida.

Esta situación no era diferente. Si Ellis seguía saliendo con Henry y Ray descubría que no había hecho caso de sus advertencias, tendría que pagarlo caro. Por mucho que Ellis quisiera creer que podía ser lo bastante hombre como para plantar cara y decirle «que te jodan» a las amenazas extravagantes que aún le resonaban en los oídos, seguía siendo un hecho que le petrificaban y no tenía ni idea de cómo seguir avanzando. No quería perder lo que estaba descubriendo con Henry, pero ¿podría su incipiente relación sobrevivir la cobardía de Ellis?

Incluso a los veintiséis años, con más altura y músculos construidos por más de doce horas diarias de trabajo duro frente al físico envejecido de Ray, Ellis seguía aterrado y bajo su control.

Sintiendo como Henry pensaba y tratando de evitar que las cosas fueran por un camino por el que preferiría no viajar, Ellis se apoyó en un codo y le miró a los ojos. Habían hablado un poco durante el día y Ellis había admitido que sabía lo de Cinderellis. También había dejado escapar que puede que hubiera sido parte de su discusión con Ray, lo que había hecho que Henry se quedara en silencio y pensativo.

Lo último que Ellis quería era que Henry empezara a sumar dos y dos. Si alguien miraba desde lo bastante cerca, no sería difícil ver que Ellis todavía no había superado el miedo infantil que sentía ante la ira de su padrastro. Preferiría que Henry no hiciera esa poco atractiva conexión.

—Hablando del miedo a las alturas… —Ellis sonrió cuando Henry puso los ojos en blanco, como si supiera hacia dónde estaba dirigiendo Ellis la conversación sin necesidad de escuchar el resto de la frase—. ¿Qué? Me has preguntado por mi miedo y ahora yo te pregunto por el tuyo.

Henry murmuró, exhaló y le guiñó el ojo antes de sacudir la cabeza con una sinceridad falsa y dramática.

—¿No puede un hombre agarrarse una fobia ridícula de la niñez sin razón aparente sin que le tomen el pelo?

Ellis abrió la boca para contradecir aquello antes de darse cuenta de algo y cerrar la mandíbula con un repiqueteo de los dientes.

¿No era eso, en esencia, el mismo sentimiento general con el que había luchado hasta llegar a una conclusión por cuenta propia solo unos momentos antes? No tenía una buena razón para seguir temiendo a su padrastro y aun así las reacciones temidas de los demás si descubrían ese defecto fatal le causaban más ansiedad que el propio Ray.

No era exactamente lo mismo que había dicho Henry, pero se parecía lo bastante como para hacer que Ellis reflexionara. A lo mejor no estaba tan solo en esa área particular como había pensado. Si Henry Cinderford (el prodigio adolescente que se había convertido en un ídolo internacional al completo con una carrera adornada de platino y diamante) podía tener un talón de Aquiles desde la niñez, entonces todo el mundo podía.

Y si Henry tenía el valor de enfrentarse a sus demonios, a lo mejor Ellis también podría hacerlo.

—¿Alguna vez has intentado enfrentarte a tu fobia para ver si podías superarla? —Ellis inclinó la cabeza y sonrió ante la sonrisita escéptica de Henry—. He oído que la mejor cura para el miedo a las alturas es ir a algún sitio realmente alto y probarte a ti mismo que puedes mirar abajo y sobrevivir para ver el día siguiente.

—Así que ¿estás diciendo que no me volverán a dar miedo las alturas si tengo el valor de ponerme a mí mismo en peligro y vivo para contarlo? —La sonrisita de Henry se transformó en una mueca de desdén que le arrugó la nariz e hizo que las pecas destacaran en contraste contra la piel pálida—. No, gracias.

Ellis rio y una burbuja de alivio se liberó de su pecho. De algún modo se sentía algo menos impotente sabiendo que él y Henry compartían el mismo desinterés es librarse de las bestias antiguas que llevaban a la espalda. A veces era más fácil vivir con miedo que retar al demonio a una pelea a puñetazos.

—Aunque… —Henry alargó la palabra antes de hacer una pausa como si estuviera considerando con cuidado qué decir a continuación —, con un poco de paciencia, y contigo a mi lado mientras lucho

contra el miedo asfixiante, estoy seguro de que podría lidiar con cualquier cosa que me pusieras por delante.

O a lo mejor no compartían exactamente el mismo interés. Si Henry estaba dispuesto a librarse de sus demonios personales con el apoyo y la motivación adecuados, a lo mejor era hora de que Ellis revisara sus prioridades.

O aprendía a desafiar sus miedos y aceptar la oportunidad de tener algo increíble con Henry, o seguía escondiéndose bajo las sábanas y se arriesgaba a perderlo todo.

No era la decisión más difícil de tomar, pero encontrar la voluntad de llevarla a cabo era harina de otro costal.

—Me parece bien. —Ellis volvió a acomodarse en el regazo de Henry y sonrió cuando Henry intentó ocultar un bostezo. Había habido promesas de sexo atrevido como pago para Henry por ayudar a Ellis con el trabajo, pero en ese momento descansar parecía una opción mejor—. ¿Qué tal si tiramos la toalla y nos vamos a dormir? Ha sido un día largo.

Un murmullo adormilado de acuerdo respondió a las palabras de Ellis mientras Henry le seguía pasándole los dedos por el pelo de forma rítmica y firme.

—Me gusta cómo suena eso. Que te metas en mi cama y me despierte mañana contigo todavía allí.

Pese a todo el tiempo que habían pasado juntos durante las últimas semanas, siempre había habido un final para sus noches. Un momento en el que dormir era inevitable y se decían adiós de forma reticente antes de volver a sus propias camas para pasar la noche. Pero esa noche, eso iba a cambiar. Esa noche, Ellis se metería en la comodidad de una cama de verdad, rodearía a Henry con los brazos y se deslizaría al mundo de los sueños sin ninguna preocupación.

Mañana, o el día siguiente, dependiendo de cuánto le costara a Ray descubrir su comportamiento descarado, se enfrentaría a las repercusiones que vinieran con su decisión de levantarle el dedo corazón de forma proverbial al viejo. Hasta entonces, disfrutaría de los frutos de sus malas decisiones al completo.

~*~*~

Un gruñido grave salió de la garganta de Ellis cuando le envolvió la suavidad cálida de la cama enorme de Henry, abrazando su cuerpo de un modo que ninguna cama había hecho nunca. Henry rio mientras se metía bajo las mantas a su lado y le decía a Alexa que apagara las luces del dormitorio.

Cuando la habitación se quedó a oscuras, Ellis cerró los ojos y dejó que la comodidad de la cama le arropara. El calor del cuerpo de Henry apareció a su lado y la barba de dos días de sus mejillas le hizo cosquillas en el cuello mientras depositaba una serie de besos suaves como un suspiro por su mandíbula.

—Si no supiera lo contrario, pensaría que me has hecho trabajar hasta agotarme para que no tuviera fuerza para pedirte que me dieras la recompensa. —Henry pasó la lengua por el labio inferior de Ellis al mismo tiempo que le subía la mano por el muslo bajo las mantas—. Afortunadamente para ambos, sé que ese no es el caso.

Un cosquilleo recorrió la piel de Ellis y tembló pese a la calidez de lo que le rodeaba.

—Estás cansado y es tarde…

Henry murmuró.

—Lo estoy y lo es. Sin embargo… —La mano errante de Henry pasó por alto la zona cubierta por los calzoncillos de Ellis y en su lugar siguió las líneas de sus músculos abdominales—. He querido que estuvieras en mi cama desde hace tiempo. De ninguna forma voy a pasar por alto la oportunidad de hacerte mío ahora que por fin estás aquí.

—Joder. —Ellis se tragó un gemido cuando el cuerpo de Henry presionó contra el suyo, la evidencia de su excitación dura y gruesa contra la cadera de Ellis—. Estoy dispuesto si tú lo estás.

Con una risa, Henry acarició la mejilla de Ellis con la barbilla antes de sellar sus labios en un beso. Empezó suave y amable, pero se calentó y se hizo febril cuando Ellis se giró para estar frente a Henry, con las manos tocándose y buscando un lugar en el que apoyarse, los cuerpos apretados y suplicando más.

—Necesito tocarte —gruñó Henry mientras sus caderas se movían contra las de Ellis.

Ellis gimió y asintió contra la garganta de Henry, prácticamente ahogándose en su propio deseo y necesidad voraz por el hombre que tenía entre los brazos.

—Sí, Dios, por favor.

En un parpadeo, el mundo se volvió del revés cuando una mano cálida y callosa envolvió a Ellis sin ninguna prenda de ropa de por medio. Dos segundos más tarde, el acero aterciopelado de la polla de Henry se encontró con la de Ellis y Henry los agarró a los dos juntos. Acarició sus erecciones en el calor ajustado de su puño, haciendo que chispas de electricidad salieran disparadas de cada nervio en el cuerpo de Ellis. Se le tensaron los músculos y se agarró a los hombros de Henry en un intento desesperado de encontrar un ancla en la tormenta de sensaciones que le balanceaba desde el interior.

—No voy a durar mucho. —La voz de Henry era ronca y áspera y la respiración abanicaba el cuello de Ellis en olas erráticas y jadeantes—. Esto es demasiado bueno.

Ellis no podía hacer nada más que decir cosas sin sentido. Las palabras le fallaban mientras una presión maravillosa se generaba en su centro. Cuando los hombros de Henry se tensaron bajo sus manos, seguidos de un grito y un golpe de calor húmedo entre ellos, el propio orgasmo de Ellis le golpeó con la fuerza de un tren de mercancías atravesando un túnel.

Jadeando y agarrándose a Henry mientras los temblores del placer que habían compartido seguían recorriendo sus cuerpos, Ellis enterró la cara en el pelo de Henry y dio las gracias a todo lo bueno que había en el mundo por regalarle aquel momento. Si todo se iba a la mierda el día siguiente, al menos tendría el recuerdo de Henry (saciado y sereno en sus brazos) para hacerle compañía.

Capítulo dieciséis

Cuando los tonos ámbar y rosas del amanecer de Las Vegas traspasaron las cortinas, el calor radiante de los rayos apagados cayó dibujando líneas sobre el edredón y Cinder abrió los ojos. Parpadeó al techo mientras su mente deambulaba hacia la consciencia.

Después de despertarse en el mismo lugar durante más de dos meses (el tiempo más largo que había pasado nunca en el mismo dormitorio, si no contaba el autobús de la gira, lo que no hacía), estaba por fin empezando a acostumbrarse al lujo de lo conocido. Se deleitaba en la comodidad reconocible de una cama que podía llamar suya y la intimidad de un espacio que conocía y podía recorrer sin tener que pensarlo.

Pero mientras se despertaba, se dio cuenta de que había algo diferente. No era que fuera incorrecto, solo que no era algo habitual. Fue a levantar una mano para frotarse el sueño de los ojos, pero se encontró con que tenía el brazo atrapado por un peso inesperado. Antes de que pudiera girarse para estudiar la fuente de esa carga, el conocimiento permeó su mente lo bastante como para que recordara cómo se había quedado dormido la noche anterior.

Rodeado por los brazos de Ellis Tremaine.

Se le dibujó una sonrisa en la cara mientras se daba la vuelta para apretar a Ellis contra su pecho. Resoplando mientras dormía, Ellis no opuso resistencia. Metió una pierna entre las de Cinder y le rodeó la cintura con un brazo para anclar sus cuerpos juntos. Con una sonrisa aún más amplia, Cinder besó el remolino de pelo en la coronilla de Ellis mientras disfrutaba de la belleza de despertarse ante un momento tan acogedor y satisfactorio.

Eso era lo que había echado de menos todos esos años. Cada vez que había echado a otra persona sin nombre de su cama de madrugada (eligiendo dormir solo después de compartir un revolcón en las sábanas en lugar de esperar para ver qué les depararía la mañana), había renunciado a otra oportunidad de encontrar aquello que más necesitaba.

Comodidad. Estabilidad. Una roca a la que agarrarse en los mares tormentosos de la vida.

Un hogar.

Porque eso era lo que era aquello. Este momento con Ellis en sus brazos, saciado por los recuerdos de un día trabajando codo con codo y una noche compartida sin la típica pompa y circunstancia que otras requerían, era el hogar que había estado buscando toda su vida. Exactamente lo que sus padres siempre habían intentado decirle pero que él nunca había entendido.

El hogar no era un espacio físico. No era algo que se pudiera encontrar en una estructura de ladrillo o atándote a un solo lugar. El hogar era un sentimiento. Una emoción. Una sensación de bienestar y seguridad. De que cuidaran de ti y querer, no, necesitar cuidar de otra persona.

En su forma más sencilla, el hogar era amor. Y mientras Cinder se aferraba a la calidez dulce de Ellis, sabía que era hacia el amor hacia donde su corazón se dirigía. A lo mejor no había llegado tan lejos todavía, pero estaba llegando y él estaba listo para dar el salto cuando lo hiciera.

Cinder volvió a quedarse dormido. Cuando se despertó por segunda vez, Ellis estaba inclinado sobre él dándole un beso en la sien. Estaba vestido y olía a pasta de dientes sabor a menta.

—Shh, no hace falta que te levantes. Solo quería despedirme.

—¿Qué? —Cinder se frotó un ojo con el nudillo mientras miraba confuso el reloj de la mesilla. Todavía era temprano, solo un poco más tarde de las siete—. ¿A dónde vas?

Ellis rio y apoyó la cadera en el borde de la cama a su lado.

—Todavía tengo mucho trabajo que terminar antes de que empiece la preparación de la actuación para mañana. Y no —Apoyó un dedo en los labios de Cinder antes de que pudiera abrirlos para protestar—, hoy no vas a unirte a mí. Te mereces un día de descanso antes de la próxima serie de actuaciones. Además, me has salvado el culo. Puedo terminar yo solo lo que falta. —Levantó los labios con una sonrisa medio torcida y le apartó a Cinder el flequillo de la frente—. De hecho, si te apetece, me gustaría invitarte a una cita con todo el tiempo libre que tengo esta tarde.

Un escalofrío diminuto recorrió la espalda de Cinder y arqueó las cejas.

—¿Una cita? ¿Estás seguro?

Después de ese encuentro desastroso con los paparazzi y los fans en la Cabo Wabo Cantina durante su primer y último intento de tener una cita, Ellis había sido tan contrario a aparecer en público durante el tiempo que pasaban juntos como su deseo de agradar a la gente le dejaba ser. Si Cinder no hubiera aprendido a leerle pronto en su relación, le hubiera obligado a hacer un montón de cosas que no quería hacer. Afortunadamente, para cualquiera que se tomara el tiempo de mirar, era fácil saber cómo se sentía Ellis.

—Sí, estoy seguro. —Ellis se frotó el lóbulo de la oreja mientras dejaba de mirar a Cinder a los ojos—. Siento haber sido tan horrible cuando se trata de hacer cosas contigo en público. No es por ti o por nosotros como pareja. Es solo que estoy acostumbrado a pasar tan desapercibido como sea posible. Que se fijen en mí puede ser… —Se encogió de hombros, pero mantuvo la mirada apartada—. Es complicado.

Cinder se apoyó en un codo.

—Lo entiendo. Al menos, tanto como es posible entenderlo después de crecer como lo hice. Pero, incluso para mí, las multitudes y la atención pueden ser abrumadoras. No te culpo por querer mantener una existencia discreta. Odio que estar conmigo quiera decir que eso puede ser imposible a veces, pero espero que sepas que nunca dejaré que nadie te haga daño. Ya he hablado con Kumiko y está preparándote una escolta. No es la respuesta a todas las cosas malas que vienen de tener un novio famoso, pero ayudará mucho a la hora de hacerlo más tolerable.

Arrugando los labios, Ellis frunció el ceño.

—¿Una escolta? No necesitas hacer eso. Estoy bien. Nadie viene a por mí a no ser que esté contigo, y eso ya lo tienes cubierto.

Tragándose las ganas de pasar un dedo por los moratones evidentes incluso en la luz que se desvanecía mientras el sol viajaba sobre la casa y ya no atravesaba directamente las cortinas, Cinder suspiró. Era cierto que hasta ahora Ellis solo había tenido encontronazos con los fans y los medios cuando estaba con Cinder,

pero eso cambiaría tan pronto como se convirtiera en una cara reconocible.

Y si tener una presencia de seguridad constante hacía que un determinado ingeniero de sonido cabrón se lo pensara dos veces antes de usar al amante de Cinder como saco de boxeo, más razón aún para hacer que pasara. Cuanto antes, mejor.

—Ya está organizado. No se meterán en tu camino. A no ser que les estés buscando, ni siquiera te darás cuenta de que están ahí. —Cinder le apretó la rodilla de forma tranquilizadora—. Mientras tanto, vas a dejar que uno de mis hombres te lleve al teatro y se asegure de que llegues al interior sano y salvo. Sin discusión.

Ellis puso los ojos en blanco, pero se derritió en los brazos de Cinder cuando tiró de él hacia la cama para darle un beso de despedida de verdad. Sin importar el aliento matutino.

~*~*~

Cuando Cinder llegó al teatro para recoger a Ellis para su cita de esa tarde, le emocionó verle esperando junto a la entrada privada para empleados con una rosa roja en la mano. Vestido para impresionar con unos vaqueros oscuros ajustados y una camisa de manga corta de color amarillo pálido que prácticamente estaba pintada sobre sus músculos, Ellis le dirigió su sonrisa tímida patentada mientras le ofrecía la flor.

—Sé que es un cliché, pero había un vendedor fuera del teatro cuando AJ me ha dejado esta mañana y no me he podido resistir. —Ellis se encogió de hombros, pero su sonrisa se hizo más amplia cuando Cinder cogió la rosa y se pasó los pétalos suaves por los labios—. Estás muy guapo, por cierto.

Ellis se había negado a decirle nada sobre sus planes secretos salvo «lleva ropa casual y cómoda». Teniendo en cuenta que Ellis parecía cómodo, pero nada casual, Cinder agradeció haber decidido ir un poco más allá. Se había puesto un par de pantalones cortos de color caqui con un polo ajustado de color negro. Incluso había optado por un sombrero negro de algodón en lugar de la típica gorra que llevaba habitualmente.

—Tú también tienes buen aspecto, semental. —Cinder guiñó un ojo—. ¿Vas a decirme ahora a dónde vamos o continua el suspense hasta que lleguemos?

Con una risita, Ellis entrelazó el brazo con el de Cinder.

—Eso depende.

—¿De? —Cinder miró a Ellis mientras les guiaba a través del edificio hacia la entrada lateral. La misma puerta por la que se habían encontrado con la pesadilla de paparazzi hacia solo unos días.

—De si confías en mí o no. —Salieron por la puerta y Ellis apuntó a la calle donde Emmitt y AJ estaban esperándoles en el enorme todoterreno negro—. He hablado las cosas con AJ esta mañana, pero ha dicho que tendrías que acceder a que «te llevaran a ciegas» ya que no es su trabajo mantener cosas como el lugar al que te llevan en secreto.

Mientras entraban al coche, Cinder le apretó la mano a Ellis y alzó la voz para que le escucharan desde los asientos delanteros.

—Llevadnos a donde Ellis os haya dicho. No quiero saber a dónde vamos hasta que lleguemos.

—Vale, jefe. —Emmitt le hizo un saludo por el espejo retrovisor antes de unirse al tráfico.

—¿Supongo que eso quiere decir que confías en mí? —Las mejillas de Ellis se tiñeron de un suave color rosa cuando miró a Cinder a los ojos—. Eso va a resultar ser algo muy bueno o algo muy malo una vez descubras lo que he planeado.

Cinder le cogió de la mano, entrelazó los dedos de ambos y le dio un apretón de ánimo.

—Confío en ti, cariño. No importa lo que te traigas entre manos, sé que va a encantarme.

Ellis apretó los labios y miró a Cinder con una expresión juguetona e incrédula.

—No estoy seguro de que lo haga al principio, pero con un poco de suerte te empezará a gustar. Al final.

Entrecerrando los ojos, Cinder tiró de Ellis para poder susurrarle al oído:

—Sé que hay al menos una cosa que me va a gustar esta noche, y no tengo ninguna duda de que me va a encantar cada minuto.

Ellis dejó escapar una carcajada mientras ponía los ojos en blanco con una desesperación fingida.

—Hombres. Somos todos iguales, ¿no? —Se inclinó para que sus próximas palabras fueran tan clandestinas como las de Cinder—. Mientras que eso está definitivamente en los planes para más tarde, lo que tengo en mente para empezar la noche probablemente hará más para encoger un área particular de tu anatomía. Al menos temporalmente.

Con el ceño fruncido, Cinder se apartó para poder ver bien la alegría satisfecha que bailaba en los ojos de Ellis.

—¿Vamos a nadar en agua fría?

Antes de que Ellis pudiera confirmarlo o negarlo, se detuvieron en una calle desconocida en una parte de la ciudad que Cinder nunca había visto. Inclinó el cuello para poder ver mejor, pero Ellis le sacó de coche antes de que pudiera ver nada más que lo típico de Las Vegas: un exceso de luces parpadeantes y decoraciones brillantes y obscenas.

—¿Dónde estamos?

—Downtown Vegas, cariño. —Ellis abrió los brazos para abarcar las vistas y sonidos a su alrededor—. Bienvenido a tu primera vez en el Freemont Street Experience.

Downtown. Cinder había leído un poco de la historia de Las Vegas y recordaba que Downtown era la localización original de la zona que hoy en día se conocía como el Strip, un distrito de apuestas con hoteles-casino decorados con extravagancia y entretenimiento. Era el lado de Las Vegas que aún se asociaba con la mafia y que tenía un montón de historia junto a atracciones más modernas, como un centro de artes escénicas, varios museos y un centro de exhibiciones construido recientemente.

Pero lo más interesante de todo era el espectáculo de luces de Viva Vision, algo de lo que Cinder había oído hablar muchas veces gracias a todas las personas que le habían sugerido lugares turísticos que visitar durante su estancia en la famosa ciudad. No se había molestado en ir todavía (sobre todo después de acostumbrarse a su

vida de ermitaño con Ellis), pero una avalancha repentina de emoción le hizo sonreír y agarrar el brazo de Ellis.

—No nos hemos perdido el espectáculo de luces, ¿verdad?

Devolviéndole a Cinder una sonrisa propia grande y adorable, Ellis negó con la cabeza.

—No, tiene lugar cada hora después del anochecer.

Riéndose como un niño en una tienda de caramelos, Cinder tiró de Ellis hacia el centro comercial peatonal que conectaba la mayoría de los hoteles y casinos de la zona. También era el lugar en el que tenía lugar el espectáculo, que se proyectaba en una cúpula de casi treinta metros de altura que se alargaba sobre cuatro o cinco bloques de la ciudad.

Mientras paseaban por Freemont Street cogidos de la mano, apuntaron hacia varios lugares y sonidos, que incluían hoteles-casino icónicos como el Golden Nugget, Four Queens y Binion's. Cuando Cinder vio a Vegas Vic, el vaquero de neón enorme que hablaba y saludaba con la mano a paseantes desde su lugar sobre lo que solía ser Pioneer Club pero que era ahora una tienda de regalos, prácticamente se derritió de felicidad.

—Tenemos que hacernos una foto.

Con una risa complacida de acuerdo, Ellis posó con Cinder, sonriendo y levantando los pulgares junto al saludo de «relájate» de Cinder con el pulgar y el meñique extendidos.

Continuaron el viaje explorando la tienda de regalos, entrando en cada casino para jugar a una máquina tragaperras o dos y asegurándose de conseguir el lugar perfecto para el próximo espectáculo de luces. Cinder casi perdió la cabeza cuando una de sus propias canciones bailó a través de la pantalla titánica junto a una muestra fascinante de gráficos de colores.

—Debe haber sido uno de los muchos contratos que mi agente me hace firmar de forma regular. No tenía ni idea de que era parte de esto. Bastante increíble.

Ellis rodeó a Cinder con los brazos desde atrás y descansó la barbilla sobre su cabeza.

—Es una de las principales razones por las que quería que lo vieras. Supuse que lo sabías.

Negando con la cabeza, Cinder se relajó contra la calidez firme de Ellis y suspiró con un nivel de felicidad que no había experimentado en público desde… posiblemente nunca. De alguna forma, con Ellis todo parecía al mismo tiempo nuevo y tan cómodo como un par de pantalones desgastados. Era como magia. Una magia a la que no tenía ninguna intención de renunciar.

—Hay una cosa más que quiero que veas antes de que cenemos. —Ellis se apartó y le cogió de la mano. Le guio a través de la marabunta de turistas hasta que llegaron al final de la zona cubierta. Mirando a Cinder por el rabillo del ojo, Ellis apuntó a un edificio llamativo con forma de máquina tragaperras y que tenía escrito SlotZilla en la fachada—. ¿Sabes qué es eso?

Arrugando la nariz, Cinder negó con la cabeza. Esa atracción no había estado en su búsqueda. Al menos no que él pudiera recordar.

—No, no me suena.

Asintiendo, Ellis se giró para mirar a Cinder.

—No quiero presionarte ni nada parecido, ni esta noche ni nunca, pero he pensado que te lo enseñaría como una opción. Algo a considerar. —Inclinó la cabeza y una máscara de seriedad reemplazó el semblante de relajación que había tenido toda la noche—. ¿Has visto a toda la gente bajando en tirolina bajo la cubierta?

Joder que sí. A Cinder le había maravillado más de una vez el valor que debían tener esos temerarios para ponerse un arnés y volar así sobre la multitud.

—Claro.

—Bueno, SlotZilla es el punto de origen de las tirolinas. He pensado que, si decides o cuando decidas enfrentarte a tu miedo a las alturas como hablamos ayer por la noche, esta puede ser una forma divertida y única de hacerlo. Y yo podría volar a tu lado.

Cinder parpadeó mientras, en efecto, cuatro personas salían del piso más alto de SlotZilla, atados con un arnés a la tirolina en la posición de Superman: boca abajo y volando. El estómago le dio un vuelco de inmediato antes de caérsele a los pies.

¿Podría hacerlo de verdad? ¿Tenía los cojones para atarse a un cable y catapultarse hacia la tierra?

Mirando a Ellis, que le ofreció una medio sonrisa tentativa y le apretó la mano en un apoyo silencioso, Cinder asintió para sí mismo. Podía hacerlo. Lo había dicho en serio la noche anterior. Con Ellis a su lado, creía que podía hacer cualquier cosa.

—Hagámoslo.

Ellis se pasó la lengua por los labios y tragó saliva con las cejas un poco arqueadas.

—Ah, no estaba sugiriendo que lo hiciéramos justo ahora. Lo decía en serio cuando he dicho que no quería presionarte. Solo quería que supieras que esto estaba aquí para que pudieras archivarlo y considerarlo para el futuro.

Con las entrañas asentándose con el ramalazo de confianza y seguridad que apuntalaban su decisión, Cinder negó con la cabeza.

—No, estoy listo. Yo también lo decía en serio. Si vienes conmigo, podría enfrentarme a una montaña. Esto no es nada.

Ellis se pasó una mano por los botones de la camisa y echó los hombros hacia atrás, como si estuviera dándose tiempo para procesar la declaración de Cinder. Finalmente apretó los labios en una línea fina y asintió.

—Vale. Quiero decir, estoy totalmente dispuesto si tú lo estás, y siempre podemos darnos la vuelta si cambias de idea. —Hizo un gesto con la cabeza hacia la tragaperras gigante—. Hay dos opciones. Podemos volar sentados, que es una línea de dos bloques que solo tiene siete pisos de altura, o podemos volar como superhéroes mirando al suelo, es una línea de cinco bloques con una altura máxima de once pisos.

Con una risa burlona, Cinder marchó hacia el edificio tirando de Ellis.

—Hazlo a lo grande o no lo hagas, tío. Vamos a hacerlo a lo Superman.

Capítulo diecisiete

Ver a Henry, que normalmente era reservado, saltando de un lado a otro como una pelota de ping-pong de tamaño humano era posiblemente lo mejor que Ellis había vivido ese año. No solo habían bajado por la tirolina sin problemas, sino que lo habían hecho dos veces más antes de que Henry considerara siquiera parar a cenar.

Por suerte, para cuando hubieron terminado con la cena (pagada por Henry, pese a que Ellis había intentado por todos los medios que dejara de lado la insistencia por pagar), la excitación inicial se había disipado lo bastante como para que Henry estuviera de acuerdo en que la tercera vez fuera la última. Al menos por esa noche.

Mientras se subían al todoterreno con intención de volver a casa de Henry para relajarse después de la aventura acurrucados en el sofá con una buena película, a Cinder le sonó el teléfono en el bolsillo. Lo sacó y sonrió cuando vio quién le había escrito.

—¿Te importa si hago una llamada rápida? Tengo que decirle a Kumi que básicamente he saltado de un edificio de once plantas. Tres veces. No se lo va a creer.

Agitándole la mano con una sonrisa satisfecha, Ellis se apoyó en el asiento para disfrutar del paisaje mientras conducían por la ciudad. Se sobresaltó cuando Henry le golpeó el hombro e hizo una señal hacia el teléfono que sujetaba apartado de la oreja con el micrófono tapado.

En un susurro, preguntó:

—¿Te importa si hacemos una parada en casa de Kumiko y Lizbeth? Nos han ofrecido una bebida a cambio de poder conocer finalmente al hombre del que, según ellas, «no puedo dejar de hablar». —Puso los ojos en blanco antes de ofrecerle una sonrisa enorme—. A ver, no están mintiendo. Sí que es verdad que últimamente sales bastante en la conversación.

A Ellis le ardieron las mejillas y se deslizó en el asiento como si el cuero blando pudiera tragarle si se encogía lo bastante. Pero si las mejores amigas de Henry querían conocerle, no podía decir que no, y ese parecía tan buen momento como otro cualquiera.

—Sí, me parece bien.

Henry entrecerró un ojo y movió los labios sin emitir sonido:

—¿Estás seguro?

Esforzándose porque su sonrisa fuera tan sincera como podía, Ellis asintió.

—Por supuesto.

Después de estudiar a Ellis con una mirada escéptica, Henry apretó los labios y volvió a la conversación telefónica.

—Pasaremos por allí pero no nos quedaremos mucho rato. Le he prometido a mi hombre una noche bajo una manta suave. Tiene que madrugar y tenemos cosas importantes que hacer antes de que le arrope en la cama a mi lado.

El calor de las mejillas de Ellis se difuminó por todo su rostro, incluso extendiendo sus ramas mortificadoras a la piel de su cuero cabelludo y su garganta. Enterró el rostro entre las manos y gruñó.

Henry colgó el teléfono, le dijo a Emmitt que se dirigiera a casa de sus amigas y después le pasó a Ellis un brazo por la cintura y tiró de él.

—Lo siento si te he avergonzado, pero una vez conozcas a estas mujeres, te darás cuenta de que lo que he dicho ha sido hasta soso. En sus mentes ya estamos colgando de las lámparas y teniendo sexo ardiente como monos. Nombrar un poco de acción bajo el cinturón no herirá sus sensibilidades porque el dúo Matsura-Hoges no tiene ninguna.

En el asiento delantero, AJ disimuló una risa con una tos muy poco convincente y Emmitt apretó los labios como si estuviera tratando de no reírse. Con un suspiro resignado, Ellis miró a Henry con el ceño fruncido.

—¿Sexo ardiente como monos?

—Sí, sexo ardiente como monos. Pregúntales a estos dos. —Henry hizo un gesto de Emmitt a AJ, que compartieron una mirada culpable antes de volver a sus expresiones estoicas habituales—. Su incapacidad de aguantarse la risa debería decirlo todo, pero Kumiko y Lizbeth, sobre todo Lizbeth, se han autonombrado Lesbianas Lascivas. No estoy seguro de que se pueda alcanzar la grandeza épica que han atribuido a mi vida sexual en esos cerebros salidos

que tienen. Así que, ya sabes… No te tomes nada de lo que digan demasiado en serio.

Cuando el rubor más pálido cubrió las mejillas de Henry y apartó la vista, Ellis entrecerró los ojos y le golpeó en el pecho.

—Eso me suena a un preámbulo de culpa. Por favor, no me digas que te preocupa que tus amigas mencionen tus aventuras sexuales previas. Sé de sobra que tienes un pasado un poco más… colorido que el mío. Eso no me importa. Todos tenemos una historia.

Esta vez AJ no intentó siquiera disimular la risa. Henry le lanzó una mirada fulminante y se sacó un recibo arrugado del bolsillo para lanzarlo sobre el asiento con desafío infantil.

—Guárdate tus opiniones, tío.

Ellis acarició el cuello de Henry con la nariz. Para volver a ganar algún tipo de privacidad, bajó la voz y habló contra el oído de Henry.

—Has pedido cita para que nos hagan análisis. Mientras tanto estamos teniendo cuidado. Eso es todo lo que importa. No dejes que lo que piensan otras personas afecte a lo que tenemos.

—Joder, yo… —Henry se mordió el labio y sacudió la cabeza, como si estuviera descartando el pensamiento que casi había expresado en voz alta—. Te portas demasiado bien conmigo.

Pararon junto a lo que Ray siempre había llamado de forma condescendiente una McMansión en una urbanización en expansión en el desierto. Todas las casas eran un poco iguales, sí, pero era mucho más bonita que la casa en Boulder City que Ellis se esclavizaba para financiar y mantener en nombre de la comodidad de Ray y de su propia protección emocional.

Cuando Henry llamó a la puerta un par de minutos más tarde, la abrió prácticamente de inmediato una mujer diminuta con aspecto de duende que llevaba los rizos morenos en lo alto de la cabeza en un moño descuidado. Cerró los ojos de color gris claro con un gruñido desesperado y se aferró a la muñeca de Henry.

—Dime que estás sobrio. Mi mujer está mirando el fondo de la segunda botella de vino de la noche. Estoy a un paso de empezar a subirme por las paredes.

Como si acabara de darse cuenta de que Ellis estaba un paso por detrás de Henry, estiró el cuello por encima de su hombro. Alzó las

cejas mientras tiraba de Henry para que entrara y le empujaba hacia el interior de la casa antes de mirar a Ellis con una sonrisa propia del gato de Cheshire.

—Bueno, hola, guapetón. Debes ser Aquel Que Hace Que Cinder Se Derrita. Soy Lizbeth.

Estiró una mano y se dieron un apretón. A Ellis ya le caía bien.

—Encantado de conocerte. Me llamo Ellis si buscas un nombre más corto, aunque tampoco me importa ese apodo.

Lizbeth inclinó la cabeza hacia atrás con una carcajada. Cuando Henry intentó hablar, le dio un codazo en el estómago antes de apuntar hacia donde ya había intentado empujarle antes.

—La borrachuza está por ahí. Ahora estás al mando. El bebé a bordo y yo necesitamos un descanso. —Henry entrecerró los ojos, pero Lizbeth chasqueó los dedos y volvió a apuntar pasillo abajo—. Ve. No te preocupes por nosotros. Cuidaré bien de tu chico. Ellis y yo vamos a conocernos en algún lugar bien alejado de la tormenta de mierda que acabas de heredar. Buena suerte, estrella del rock, te va a hacer falta.

Dicho eso, Lizbeth entrelazó un brazo con el de Ellis, cerró la puerta con un golpe de cadera y le guio en la dirección opuesta a la que había mandado a Henry.

Ellis miró por encima del hombro y se rio al ver a Henry de pie en el recibidor exactamente cómo le habían dejado, con una expresión perpleja contorsionándole las facciones en una máscara adorablemente confusa.

Lizbeth le guio a una sala de estar cómoda decorada en lo que solo podía llamarse elegante desértico. Las paredes y el techo eran de estuco de color crema, pero el suelo era de baldosas de piedra de tonos cobrizos con molduras de madera desgastada. El sofá en forma de L y el sillón eran de tela de sarga color turquesa y sobre ellos había cojines dorados, blancos y de color salmón. Había varios cactus en macetas desperdigados por la habitación y piezas de cerámica roja de varias formas y tamaños ocupaban un lugar de honor sobre la chimenea de piedra.

Lizbeth tiró de él hasta que estuvo sentado a su lado en el sofá y se pasó el dorso de la mano por la frente.

—Estar casada es una lata. No te cases nunca. A no ser que sea con Cinder, por supuesto. Ese chico puede ser terco como una mula, pero tiene un corazón de oro. Aunque… —Entrecerró los ojos y miró a Ellis de la cabeza a los pies en un estudio claro y crítico—. Tendremos que darte el visto bueno antes de que te dejemos pedir su mano. Protegemos lo que es nuestro. Considéralo una advertencia.

—Lo tengo. —Ellis se frotó la nuca, pero se relajó un poco cuando la expresión de Lizbeth se suavizó.

—De todas formas. —Puso los pies sobre la mesa de café de oro y mármol y posó una mano protectora sobre su vientre hinchado—. Hemos oído hablar mucho de ti últimamente. ¿Tienes algo que decir por ti mismo, o deberíamos tomarnos los halagos de Cinder como información suficiente y pasar al interrogatorio?

—Eh…

Lizbeth resopló y golpeó el hombro de Ellis con el suyo.

—Es broma. Cin no me ha dado ninguna razón para dudar de ti y ya es mayorcito. Sin embargo, lo decía en serio cuando he dicho que protegemos lo que es nuestro. Así que, si estás pensando en romperle el corazón, sugiero que pongas como mínimo un código postal o dos entre tú y Kumi y yo antes de hacerlo, ¿*capisce*?

Ellis casi empezó a reírse antes de darse cuenta de que Lizbeth hablaba completamente en serio. Tosió para disimular el que casi había sido un error y se frotó las palmas sudorosas sobre los muslos cubiertos de tela vaquera.

—No puedo prometer cómo irán las cosas entre nosotros porque no estoy bendecido con una visión del futuro. Sin embargo, lo que sí que puedo prometer es que voy a tratar a Henry con el respeto, la devoción y el cariño que se merece.

Se quedó boquiabierta y a sus ojos asomó una capa de lágrimas.

—Dios mío, ¿le has llamado Henry? —Se abanicó y sollozó—. Malditas hormonas. Normalmente no soy una llorona, pero en serio. Puede que esa sea la cosa más adorable que he escuchado nunca.

Con el ceño fruncido, Ellis intentó recordar la conversación que había tenido con Henry cuando descubrió quién era realmente. Henry había estado de acuerdo con que Ellis siguiera llamándole por

el nombre por el que le había conocido hasta entonces, pero ¿había mencionado algo de que fuera solo cuando estuvieran solos? ¿La había cagado Ellis a lo grande?

—¿Qué he dicho? ¿Por qué estás tan pálido de repente? —Lizbeth se incorporó con los ojos muy abiertos—. Parece que alguien haya conectado una aspiradora a tu sistema circulatorio y te haya dejado seco.

Antes de que Ellis pudiera pensar en algo que decir en lugar de abrir y cerrar los labios como un pez fuera del agua, en el pasillo se oyó el eco de un golpe, seguido de un grito agudo, un grito de Henry y después una carcajada borracha descomunal.

Lizbeth puso los ojos en blanco y se levantó del sofá con el vientre por delante y una mano apoyada en la espalda mientras caminaba hacia el caos.

—Kumiko Matsura-Hodges, ¿qué coño estás haciendo?

Henry entró en la habitación con un traspiés. Parecía exhausto y agobiado. Se dejó caer en el sofá junto a Ellis y se acurrucó a su lado.

—Abrázame. Creo que me ha roto.

Tragando saliva para humedecerse la garganta seca, Ellis le pasó a Henry un brazo alrededor de los hombros mientras él le acariciaba el cuello con la nariz.

—¿Qué ha pasado ahí fuera?

—La maldita mujer ha perdido la cabeza. —Henry negó con la cabeza, posando los labios en una serie de besos por la garganta de Ellis—. Un momento estamos teniendo una conversación perfectamente extraña que no podría repetir ni entender si quisiera y después está corriendo por el pasillo buscando… ¿Lacasitos? ¿Creo?

—¿Lacasitos? —Ellis arrugó la nariz—. Como… ¿chocolates?

—Que me jodan si lo sé. No podía entender nada de lo que decía. He tenido que quitarle el cuchillo de trinchar más de una vez porque creo que estaba intentando demostrar cómo usarlo para descorchar una botella de vino. Lo que no creo que pueda hacerse. Puede que sea posible con una botella de champán, pero esos corchos son diferentes y yo… —La charla de Henry se apagó con un gruñido amortiguado cuando enterró el rostro en el hombro de Ellis

—. Ha matado mi emoción de estar por las alturas, tío. ¿Podemos irnos a casa?

Lizbeth entró en la habitación con una mujer japonesa alta, delgada y guapísima que se apoyaba con fuerza sobre sus hombros delgados. Le lanzó a Henry una mirada fulminante mientras ella y su protegida borracha caían sobre el sofá, prácticamente sobre Henry. Este se escabulló y acabó en el regazo de Ellis.

—No me… dejaba… —Kumiko le lanzó una mirada enfadada a Henry y apuntó con el dedo tambaleante en su dirección—. Solo quiero abrir…

—Esta es la última vez que te dejo al mando. ¿Pero es que le has dejado beber más? —Lizbeth le dio una patada en la espinilla a Henry mientras intentaba que Kumiko siguiera firme a su lado. Él gritó y puso una mano sobre el lugar golpeado, pero ella asintió en respuesta y abrió los ojos con exasperación—. Te lo merecías, amigo. Yo soy la que va a tener que limpiar el vómito a las tres de la mañana, no tú.

—Bebo por tres, cari. —Las palabras arrastradas de Kumiko se rompieron con un hipido mientras ponía la mano en el vientre de Lizbeth y se reía—. Mis chicas.

Henry se animó al oír eso.

—¿Habéis descubierto el sexo? ¿Es una niña?

Con una sonrisa cálida a Kumiko, llena de más amor del que Ellis podría esperar provocar en otra persona nunca, Lizbeth asintió y cubrió la mano de su mujer sobre su vientre.

—Sí. Vamos a tener una niña. Lo hemos descubierto hoy, por eso Kumi prácticamente ha secado la bodega.

—Bebo por ti. —Kumiko tarareó y apoyó la cabeza en el hombro de Lizbeth.

—Sí, mi amor, lo sé. —Lizbeth le acarició el pelo con ternura antes de volver a centrar la atención en Henry y en Ellis—. Ha pensado que sería una monada beber por las tres en celebración. Podéis ver lo bien que ha acabado.

Henry resopló mientras se frotaba la espinilla.

—Sí, nada bien. Me va a escuchar tan pronto como esté lo bastante libre de la resaca épica de mañana para entender las

palabras que salgan de mi boca.

Un ronquido alto atravesó la habitación y Lizbeth suspiró.

—Bueno, parece que por fin está fuera de combate. ¿Serías unos caballeros y ayudarías a una dama embarazada a llevar este peso muerto a la cama?

Henry saltó del regazo de Ellis y le apuntó directamente al pecho.

—Tú eres el músculo en esta relación. Aún me cuesta moverme después del ejercicio que me hiciste hacer ayer. Te guiaré hasta el dormitorio si la llevas tú en brazos.

A Lizbeth le brillaron los ojos con una alegría pícara.

—No puedo ni imaginarme qué ejercicio estabais haciendo…

—No, no vayas por ahí, Liz. —Henry levantó una mano y sacudió la cabeza. Miró a Ellis a los ojos y apuntó hacia Kumiko levantando la barbilla. Cuando Ellis asintió, Henry esperó a que la cogiera en brazos antes de guiarle hasta el dormitorio.

Dejaron a Kumiko en la cama y después dejaron a Lizbeth allí para arroparla. Henry llevó a Ellis hacia la puerta principal a toda prisa.

—Venga, vamos a largarnos de aquí mientras Liz está ocupada.

Sintiéndose más que un poco abrumado después del torbellino de la última media hora, Ellis siguió felizmente a Henry hasta el exterior. Cuando se subieron al todoterreno y se dirigieron a casa de Henry, Ellis cerró los ojos y dejó caer la cabeza contra el asiento.

Por lo visto, ser parte de la vida de Henry implicaba más que el pandemonio asociado con sus admiradores rabiosos y los buitres de la prensa. También implicaba un círculo de amistades que le querían y le adoraban de una forma que Ellis nunca había experimentado.

Agradecía su presencia en la vida de Henry, porque se merecía ese tipo de devoción y apoyo, pero Ellis no pudo evitar el arrebato de celos que burbujeaba bajo la superficie. Incluso si Henry quería a Ellis en su vida, ¿le aceptarían sus mejores amigas?

Como si pudiera leerle la mente, Henry le apoyó la palma de la mano en la cara y le obligó a mirarle a los ojos.

—Siento haberte arrastrado a conocerlas hoy. No ha sido el mejor momento. Estoy seguro de que Lizbeth estaba un poco de mal humor después de tener que lidiar con Kumiko borracha toda la

tarde, así que ignora lo que sea que haya podido decir que te haya hecho parecer tan triste, ¿vale? Son unas chicas geniales, pero la casa Matsura-Hodges era un desastre esta noche. Probaremos otra vez cuando Kumiko esté consciente y Lizbeth no esté rechinando los dientes con frustración matrimonial.

Ellis agradeció los labios suaves de Henry y la promesa de no solo una noche agradable en el futuro, sino de aceptación incondicional y adoración firme.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto. —Henry le pasó un pulgar por la mandíbula, marcando sin duda el lugar que seguía morado por los puños de Ray —. Lo que sea.

—¿La he cagado al llamarte Henry delante de Lizbeth?

Henry echó la cabeza hacia atrás y arrugó la cara con confusión durante un momento breve antes de que una sonrisa amplia le estirara los labios.

—Oh, apuesto a que eso le ha gustado, ¿a que sí? —Rio y negó con la cabeza—. Para nada, cariño. Me llamo Henry, y es como tú me llamas. ¿Se ha burlado Lizbeth de mí por tener un nombre de pila tan poco guay cuando se supone que soy una estrella del pop que «crea tendencia»? Por supuesto. Pero me encanta que tú me llames Henry y no me avergüenza en absoluto. Al menos no cuando viene de ti. Sin embargo, he amenazado prácticamente a todos los demás con partirles las piernas si se atreven a pronunciar mi nombre. Considéralo una prueba más de lo realmente especial que eres.

Cuando Henry le guiñó el ojo y volvió a atraer a Ellis para darle un beso profundo y delicioso, todo el peso de la preocupación se evaporó de los hombros de Ellis. Henry sabía cómo hacerle sentir especial de una forma que no había hecho nadie nunca. Y, esa noche, Ellis haría todo lo posible para asegurarse de que Henry entendiera lo mutuo que era ese sentimiento.

Capítulo dieciocho

Cuando por fin llegaron a casa tras lo que había resultado ser una noche mucho más ajetreada de lo esperado, Cinder no había hecho más que cerrar la puerta de la entrada antes de que Ellis le atacara. Esos labios suaves y dulces se apretaron contra los suyos y ese cuerpo duro y hermoso le atrapó contra la pared.

No queriendo rechazar nunca nada de lo que Ellis le ofreciera (sobre todo después de que hubiera admitido lo incómodo que le resultaba estar al mando), Cinder se fundió con sus caricias. Dejó caer la cabeza hacia atrás y permitió que Ellis se diera un festín con su cuello, mordisqueándole y besándole desde la mandíbula hasta el hueco de la clavícula, un lugar que solo recientemente había descubierto que era una zona increíblemente erótica.

Con un gemido, Cinder agarró los bíceps de Ellis.

—Si no tienes cuidado, puede que termine aprovechándome de ti. Había pensado dejar que durmieras después de una tarde tan larga y ajetreada, pero…

—¿Qué pasa si soy yo el que quiere aprovecharse de ti para variar?

La voz ronca de Ellis se dispersó sobre el oído de Henry, haciendo que cada pizca restante de cordura hiciera las maletas y se dirigiera en dirección sur. Cuando se le doblaron las rodillas mientras su mente se llenaba de pensamientos sucios y vertiginosos, Ellis le sujetó metiendo la rodilla entre sus piernas. La sensación de ese músculo fortalecido por el trabajo flexionándose contra su erección fue suficiente para hacer que un gruñido salvaje escapara de la garganta de Cinder.

—Soy todo tuyo, cariño.

Con una risa áspera, Ellis se apretó aún más contra él, hasta que hubo atrapado literalmente a Cinder entre la espada y la pared, solo que la espada era el cuerpo sólido de Ellis frente a él y la pared se encontraba inflexible a su espalda.

—Gracias por hacer que esta noche fuera tan completamente perfecta y por hacerme sentir tan especial. Siempre. —Ellis le

mordisqueó el lóbulo de la oreja—. Ahora quiero hacer que tú te sientas especial. ¿Me dejarás?

Ellis movió las caderas y dejó a Henry sin palabras. Forzó una fachada de coherencia al frente con la poca lucidez que le quedaba en el cerebro superior.

—Siempre me siento especial a tu alrededor. ¿Y no debería ser yo quien te diera las gracias por la perfección de la noche? Después de todo, tú has sido el que me ha sorprendido con la cita más considerada y brillante que he… Ah.

Riendo, Ellis le pasó la lengua de nuevo por la clavícula antes de succionar suavemente la piel sensible. En lugar de detenerse para que Cinder tuviera un momento para reunir los pensamientos desperdigados, Ellis le pasó las manos por detrás de las rodillas y le levantó del suelo.

Cinder primero soltó un gritito de sorpresa y después echó la cabeza hacia atrás con una carcajada, todo mientras se agarraba los hombros de Ellis. Ni siquiera intentó detener las caderas cuando descubrieron la fricción deliciosa que los abdominales de Ellis provocaban sobre su polla dolorida y necesitada y se movieron como si tuvieran mente propia.

Los músculos de Ellis se contraían y se flexionaban con una elegancia constante y fuerte mientras llevaba a Henry desde la puerta hasta el dormitorio principal en la parte trasera de la casa. Cinder pasó las manos insaciables y la mirada avariciosa sobre cada centímetro del cuerpo de Ellis que podía alcanzar desde su posición distintivamente sexy y privilegiada al encontrarse rodeándole el torso mientras le llevaba de un lado a otro como si no pesara ochenta kilos.

Joder. Ellis era fuerte y hermoso y dulce y…

—Oh Dios. —Cinder detuvo los pensamientos cuando Ellis los dejó caer a ambos sobre la cama, cayendo sobre Cinder y de forma prácticamente inmediata frotando sus erecciones una contra otra—. Sí, más de eso, por favor.

Ellis le frotó el cuello con la nariz mientras seguía moviendo las caderas con unas embestidas amables que hacían que Cinder

quisiera más pero no se acercaban para nada a darle todo lo que quería.

¿Sería suficiente algo con Ellis alguna vez? Cinder no estaba seguro de que eso fuera posible. Siempre querría más. Necesitaría más.

—¿Puedo desnudarte? —Las palabras suaves de Ellis le acariciaron el cuello como si fueran plumas—. Has hecho tantas cosas para hacerme sentir bien, me has tocado en lugares y de formas que nunca había experimentado. Quiero hacer lo mismo por ti. —Titubeó, respirando con agitación antes de seguir hablando—. A ver, estoy seguro de que otros han…

—No. —Cinder sacudió la cabeza y posó un dedo sobre los labios de Ellis antes de hacer que levantara la cabeza para poder mirarle a los ojos. Volvió a negar con la cabeza para enfatizar—. Lo que tenemos nosotros es diferente. No es para nada algo que yo tampoco haya experimentado antes. Ya has hecho eso por mí. Lo haces cada vez que me miras del modo en que lo haces. Cada vez que me ofreces una caricia tentativa y cariñosa. Cada vez que dejas que te toque.

Ellis asintió mientras levantaba los labios con una pequeña sonrisa.

—Bueno, ¿entonces a lo mejor ha llegado la hora de que compartamos otra primera vez?

Con una inclinación de cabeza, Cinder acarició la mejilla de Ellis con un nudillo.

—Quiero ser todas tus primeras veces. Cualquier primera vez que te quede, quiero que sea mía. Y viceversa. No hay nadie más a quién quiera darle parte de mí. Ya no. No después de ti.

Ellis se mordió el labio inferior con la respiración entrecortada.

—Yo… —Dejó escapar una exhalación medida antes de sonreír—. Yo me siento igual.

—Vale, bien. —Cinder sonrió igual que Ellis antes de arquear las cejas unas cuantas veces en una sucesión rápida—. Entonces, ¿cuál es esta última primera vez que tenemos que probar juntos?

Una llamarada rosa coloreó las mejillas de Ellis, pero se inició en algún lugar más bajo de lo habitual. Se le cubrió la garganta de una

rojez que desaparecía bajo el cuello de la camisa.

—Nunca he tenido a otro hombre a mi merced. —Abrió los ojos como platos y sacudió la cabeza de inmediato—. Eso ha sonado mal. No quiero hacer nada malo, solo… Quiero tenderte sobre la cama, quitarte toda la ropa y besar cada centímetro de tu piel. Quiero tocarte y saborearte y guardarme cada sensación y cada sabor en la memoria. Básicamente quiero hacer que te sientas bien, y por una vez quiero ser yo quien haga todo el trabajo.

Si Ellis pensaba por un segundo que hacer cualquiera de esas cosas justificaba el uso de una palabra como «trabajo», estaba completamente equivocado. Aun así, Cinder no iba a desdeñar la idea de tener las manos y los labios de Ellis sobre todo su cuerpo.

—Lo que es mío es tuyo y eso incluye mi cuerpo. —Guiñó un ojo y abrió los brazos tanto como pudo—. Haga lo que quiera conmigo, señor Tremaine.

Y Ellis hizo exactamente eso. Se tomó su tiempo desvistiendo a Cinder, besando cada centímetro de piel a medida que se revelaba hasta que Cinder estuvo tumbado completamente expuesto y temblando. Después empezó un proceso lento y sensual de catalogar el cuerpo de Cinder con labios y caricias. Justo como había dicho que quería hacer.

Para cuando Ellis finalmente pareció satisfecho, Cinder era un desastre tembloroso de necesidad y deseo que no se parecía en absoluto a nada que hubiera sentido antes.

—¿Ves? —croó con los puños agarrando las sábanas mientras el sudor le formaba gotas en la frente—. Otra primera vez para los dos, porque a mí nunca, nunca jamás, me han admirado de esa forma.

—Oh, no he terminado. —La voz ronca de Ellis inundó a Cinder, haciéndole temblar ante la promesa que contenía.

Y después…

—Dios bendito. —Cinder levantó la cabeza después del primer roce de una lengua suave y cálida contra la cabeza rezumante de su polla. Miró con un asombro hipnótico cómo Ellis rodeaba, acariciaba y coqueteaba con su erección antes de por fin (¡por fin!) rodearla entera en el calor húmedo de su boca.

Presionando de nuevo la cabeza contra el colchón, se arqueó con la sensación de su polla desnuda en un lugar en el que no había estado nunca: en el interior de la boca de un amante, alguien que había estado allí el tiempo suficiente para que los dos se hicieran análisis. Era verdad que todavía no habían ido a una clínica para hacerse los análisis completos, pero habían pasado por una farmacia de camino a casa de Kumiko y Lizbeth. Según la agencia de alimentos y medicamentos, la prueba que habían comprado sin receta era casi tan precisa como un test de resultado rápido hecho por un profesional.

Por lo tanto, en el viaje en coche después de sobrevivir al desenfreno borracho de Kumiko, habían comprobado los resultados y tenido una discusión breve pero decisiva. Teniendo en cuenta que Cinder estaba tomando PrEP y que no se había acostado con nadie excepto Ellis desde su último resultado negativo, y que Ellis no se había acostado con nadie en años (un tiempo de abstinencia mucho más largo que su último negativo), sus resultados parecían buenos.

Aun así, Cinder no había estado seguro de cómo iban a dar el salto a no usar condones.

Era otra primera vez más para los dos.

—Joder, cariño. Eso está tan bien. —La voz de Cinder salió rasgada y aguda, pero ni siquiera le importaba. Nunca había sentido algo tan divino como el calor ceñido de la boca húmeda de Ellis chupándole la parte más sensible del cuerpo—. Si no paras, me voy a correr.

Por un momento, las atenciones de Ellis se concentraron aún más, como si su intención fuera exactamente hacer que eso pasara. Pero entonces dudó, se detuvo y finalmente liberó a Henry del agarre celestial de su boca. Cuando no pasó nada más y Ellis no habló, Cinder abrió los ojos y trató de mirar a Ellis a los ojos. Gruñó, añadiendo una entonación interrogativa que le hizo sonar tanto como Pedro Picapiedra que se le escapó una risa histérica.

Ellis arqueó una ceja y miró a Cinder como si hubiera perdido la cabeza, lo que solo hizo que la risa incoherente creciera en intensidad.

—Ah, vale. —Ellis rio y le apretó el muslo antes de ofrecerle un guiño alegre—. Otra primera vez. Nunca se ha reído nadie de mí mientras le hacía una mamada.

Sacudiendo la cabeza, Cinder tiró de Ellis hasta que sus labios se encontraron. Contra ellos y entre besos suaves y cortos, murmuró:

—No me estoy riendo de ti. Te necesito. Tanto. Me has vuelto loco con lo mucho que te deseo ahora mismo. —Después volvió a apretar sus bocas, bebiendo con voracidad del hombre que había conseguido hacerle sentir de formas que nunca había creído posibles. Tanto física como emocionalmente.

Cuando Ellis, que todavía llevaba toda la ropa, abrazó a Cinder contra él y le enterró la cara en el cuello, sus palabras amortiguadas hicieron que el corazón casi se le saliera del pecho.

—Quería hacer que te corrieras así, y lo haré. Un millón de veces si me dejas. Pero yo… soy egoísta. También quiero sentirte dentro de mí. Sin barreras. Solo… Solo nosotros.

Cinder se agarró a los hombros de Ellis y las palmas sudorosas se le pegaron al tejido de su camisa. ¿Cómo había tenido la suerte de encontrar un hombre como él?

No quería perderle nunca. No podía soportar pensarlo.

—¿No lo he dejado ya claro? —Cinder entrelazó los dedos con los de Ellis y apretó—. Todo lo que quieras de mí es tuyo. Eso me incluye a mí.

Capítulo diecinueve

Ellis se había prometido a sí mismo que esa noche sería toda para Henry. Desde el lugar que había elegido para su cita, hasta ofrecerle a Henry un vistazo de cómo Ellis se sentía siempre bajo sus caricias cariñosas y devotas.

En su lugar, Ellis estaba extendido y desnudo en la cama en la misma posición en la que Henry debería haberse quedado hasta que hubiera alcanzado el clímax bajo sus manos. O, preferiblemente, su boca.

Sin embargo, era difícil cuestionar lo correcto de su situación actual cuando Henry cubrió el cuerpo de Ellis con su cuerpo cálido y delicioso y presionó sus labios contra los suyos. Movió las caderas con lentitud y languidez, provocando solo la fricción suficiente mientras sus erecciones se frotaban para hacer que ambos gimieran alrededor del beso.

Cuando se separaron, Henry jadeó contra el cuello de Ellis y sus palabras salieron en frases rotas y fragmentadas mientras sus movimientos continuados les acercaban a los dos al precipicio.

—Sé que tienes… alguna creencia equivocada de que me debes… un orgasmo… todo para mí… pero no es así. —Gruñó y detuvo el movimiento de caderas, los músculos tendinosos visibles en el cuello mientras apretaba la mandíbula y luchaba claramente contra la tentación de seguir moviéndose.

Tomando varias respiraciones largas, lentas y relajantes, Henry abrió los ojos y miró a Ellis.

—Todo lo que quiero eres tú. Y nosotros. Mientras que desde luego aceptaré una mamada cada vez que quieras hacerme una —Guiñó un ojo y levantó y bajó las cejas varias veces—, significa más de lo que puedo decir que estuvieras dispuesto a pedir lo que querías. Y sinceramente, cariño, ¿crees que me supone un gran esfuerzo hundir la polla en este culo tan precioso?

Cuando Henry le apretó el culo a Ellis para enfatizar lo que decía, Ellis rio y negó con la cabeza.

—No, supongo que no.

—Bien, porque si pensabas por un segundo que hacerte el amor era algo que no fuera lo mejor del mundo, tendríamos que hablar. Y, ahora mismo, preferiría ir a la caza de objetivos más físicos.

De nuevo, las palabras de Henry fueron seguidas de ese guiño juguetón, y Ellis se derritió en sus manos. Sobre todo cuando el cerebro que se le cortocircuitaba seguía repitiendo esas palabras, atrapado en una sola frase y reproduciéndola en un bucle en su mente afectada por la lujuria y hambrienta de amor.

Nadie se había referido nunca a ningún acto sexual con Ellis como «hacer el amor», ni siquiera el propio Ellis. Pero con Henry parecía… correcto. Ellis gruñó y giró la cara hacia el brazo de Henry, intentando esconder el rubor inevitable de felicidad avergonzada que le calentaba las mejillas.

—Oye, oye. Nada de eso. —Henry sacó el rostro de Ellis de donde se había escondido hasta que pudo mirarle a los ojos—. Habla conmigo. No escondas tus sentimientos. Necesito saber dónde está tu corazón. ¿He hecho algo mal? ¿He dicho algo que te haya molestado?

—No, yo… —Ellis se mordió el labio. ¿Cómo se suponía que podía decirle a Henry que su uso de una frase hecha básicamente le había abierto el corazón de par en par? Y no de un mal modo, sino porque le había hecho darse cuenta de lo mucho que quería que esas palabras fueran verdad. Y ¿peor aún? Le habían hecho darse cuenta de lo mucho que ya había viajado él mismo en esa dirección.

Henry fue paciente, con el cuerpo cálido todavía envolviendo el de Ellis pese a que el objetivo de su encuentro se hubiera recolocado por el momento. Ellis obtuvo fuerza de su cercanía y le rodeó la cintura con los brazos para evitar que se moviera.

—No se me da bien esto. Ya sabes, hablar de mis sentimientos.

Con una risa, Cinder puso una mano callosa sobre la mejilla de Ellis y le miró a los ojos desde unas profundidades avellana llenas de comprensión y cariño.

—No se te tiene que dar bien. Solo tienes que ser sincero. No me importa si hablas como el hombre de las cavernas o como Gollum o lo que sea que funcione, siempre y cuando te quites esos pesos de encima.

—¿Hombre de las cavernas? ¿Gollum? —Su rostro se suavizó con una sonrisa—. ¿De qué narices hablas?

Henry arrugó la nariz (una de las expresiones faciales favoritas de Ellis porque destacaba las pecas adorables) antes de gruñir unas cuantas veces y hablar con voz profunda e incoherente a propósito.

—Yo Henry, tú Ellis. —Se le suavizó el rostro con una sonrisa y devolvió la voz a su tono normal—. ¿Ves? Hombre de las cavernas.

—¿No se parece más a Tarzán que al hombre de las cavernas? —Ellis se rio y sacudió la cabeza, dejándolo pasar—. ¿Y Gollum?

Aclarándose la garganta, Henry abrió mucho los ojos y los movió de lado a lado, formando una sonrisa maniaca con los labios.

—Odiamos cuando Ellises no es feliz. ¿No odiamos cuando Ellises no es feliz, mi tesoro? Lo hacemos, ¡odiamos cuando Ellises no es feliz!

—Joder. —Ellis resopló con tanta fuerza que le dolió la nariz, pero eso no le detuvo a la hora de reírse de tal modo que le dio un tirón abdominal—. Para. No puedo. Más no.

Henry se encogió de hombros y reemplazó la sonrisa ridícula de Gollum por su propia sonrisa segura.

—¿Qué? Tú has preguntado y yo he contestado.

—Sí, sí. —Ellis se frotó los ojos, apartándose las lágrimas de felicidad antes de que pudieran caerle por las sienes—. ¿Cómo hemos pasado de «a punto de follar en cualquier momento» a «llorar de la risa» en menos tiempo de lo que cuesta hacer una tostada?

Cambiando a una expresión pensativa, Henry se golpeó la barbilla con un dedo con la vista perdida.

—Bueno, eso podría ser verdad o podría ser una completa falacia. Depende de si estamos hablando de una tostada casi tan blanca como mi culo que prácticamente no ha rozado el calor o esa mierda marrón que solía hacerme mi abuela. Ni siquiera frotar las partes quemadas podía salvar esa tostada. Se enfrentaba a los fuegos del infierno antes de tocar mi plato, ¿me entiendes?

A Ellis le costó dos minutos recomponerse después de aquello y Henry sonrió todo el rato, claramente orgulloso de sí mismo.

—¿Has terminado? —Ellis parpadeó para apartarse las lágrimas de los ojos, sin preocuparse más por detener el progreso mientras le caían por las sienes.

Henry apretó los labios con expresión pensativa.

—Depende. ¿Estás listo para hablar? Porque si no puedo seguir toda la noche…

—No. No. Por favor, no. —Ellis puso los ojos en blanco y movió las caderas, sorprendiéndose al descubrir la erección de Henry todavía firme contra su muslo pese a su reciente ronda de histerismos. Bueno, para ser más precisos, los histerismos de Ellis. A lo mejor era más sencillo mantener una erección cuando simplemente estabas viendo como alguien perdía la cabeza en lugar de experimentar la diversión delirante por ti mismo—. Vale. Bien, hablaré.

Una sonrisita satisfecha inclinó la comisura de los labios de Henry.

—Fantástico.

Pese a que la sensación en su pecho era significativamente más ligera y estaba menos aterrado de sus propios pensamientos gracias a la rutina cómica de Henry, Ellis aún no estaba seguro de cómo expresar con palabras su reacción al uso de Henry de la frase «hacer el amor». Al menos, hasta que se le ocurrió una idea que le hizo sonreír.

—Bueno, para ponerlo en palabras de un músico y poeta con un talento famoso «Mi cerebro se apaga cuando estás a un latido de distancia, sobre todo cuando dices las palabras que quiero escuchar. Cada noche y cada día».

Los labios de Henry se movieron mientras inclinaba el mentón a un lado.

—¿La letra de *Heartbeat Away*?

Encogiéndose de hombros, Ellis soportó el calor que le cosquilleaba en las mejillas, sabiendo de sobra que Henry no le dejaría esconderse.

—Es mi canción favorita de las tuyas. Cuando la cantas en tu actuación, siempre dejo todo lo que estoy haciendo y observo desde la pasarela. Incluso antes de que supiera que eras, bueno, tú, esa

canción siempre ha… —Se encogió de hombros de nuevo y la cara le ardió con una vergüenza interminable—. Me llega a algún sitio muy profundo, ¿sabes?

Henry asintió de forma casi imperceptible antes de agachar la cabeza para robarle un beso.

—Gracias, cariño. Gracias por compartir eso conmigo.

Ellis estaba a punto de restarle importante cuando vio el brillo de las lágrimas en los ojos de Henry. En lugar de menospreciar el sentimiento que había tras la verdad que había dicho, atrajo a Henry de nuevo para darle otro beso. Lentamente, con languidez, los besos suaves se volvieron ardientes de nuevo. Las manos buscaron la piel y sus cuerpos se movieron, buscando la fricción y la gratificación después del descanso inesperado en la búsqueda de la saciedad.

Cuando finalmente llegó el momento, después de que Henry hubiera preparado a Ellis con cuidado y ambos estuvieron lubricados y listos, Henry se tumbó de espaldas y guio a Ellis sobre él. Le animó a tomar el control. A llevarlos a los dos a las puertas del placer y más allá.

Y cuando Ellis lo hizo, cuando sus cuerpos conectaron de la forma más íntima, sin una barrera de látex, un gemido compartido llenó la habitación mientras se agarraban el uno al otro, encontrándose y negándose a separarse.

Incluso después de que hubieran alcanzado sus respectivos orgasmos y se hubieran precipitado por ellos, solo separados por una respiración, sus manos se negaban a soltarse. Se sujetaron y vivieron el placer compartido hasta que la cabeza y el corazón de Ellis se llenaron de la certeza de que aquello era todo para él. Su corazón tenía dueño, por dentro y por fuera, y nunca amaría a nadie con tanta ferocidad o tan completamente como amaba a Henry.

~*~*~

Después de darse una ducha perezosa juntos, durante la cual las manos continuaron buscando, descubriendo y pidiendo, Henry arropó a Ellis en la cama dándole un beso en la frente.

—Ahora mismo vengo, ¿vale?

Con un asentimiento, Ellis se acurrucó en la calidez de la cama e intentó ignorar el deseo doloroso que sentía su corazón. Aunque sabía que Henry no iba a ir lejos, Ellis se sentía como si estuviera en carne viva y más dependiente de lo habitual. No quería estar solo ni siquiera un momento.

Pero cuando volvió en menos de un minuto, Ellis se apoyó en un codo e inclinó la cabeza con confusión. Henry caminó a través de la habitación con la sonrisa torcida en la cara, una guitarra acústica en una mano y una vela en una jarra de cristal en la otra.

—Alexa, apaga las luces del dormitorio.

La habitación se oscureció excepto por un único punto de luz suave que bailaba en la vela que Henry puso en la mesilla de noche antes de sentarse en la cama. Después de pasarle una mano por el pelo a Ellis y darle otro beso en la sien, se acomodó contra el cabecero de la cama con un cojín tras la espalda y la guitarra descansando en el regazo.

—Esta es Betsy. Ha estado conmigo durante bastantes etapas diferentes de mi vida y mi carrera. Nos encontramos el uno al otro cuando yo no era aún adolescente y es la única guitarra acústica que toco. —Guiñó un ojo—. No le pondría los cuernos a mi mejor chica después de todo.

Ellis se apoyó en su almohada y sonrió mientras Henry acariciaba el mástil de madera de Betsy con la ternura y la devoción de un amante comprometido. Cuando tocó algunos acordes y afinó las cuerdas de oído, a Ellis se le inundó el corazón de emoción.

Él no era músico, pero entendía lo íntima que era una sesión de afinación. Especialmente con un instrumento tan querido como Betsy. Se sentía honrado porque le permitieran compartir este momento sagrado entre un artista y su apreciada herramienta.

Una vez Henry pareció satisfecho con el tono de las cuerdas, golpeó la caja de resonancia con los dedos.

—Sé que es tarde, pero ¿me dejas que te toque una canción?

No era como si la pregunta fuera completamente inesperada. Henry había llevado la guitarra a la cama, después de todo. Aun así, por alguna razón, el corazón de Ellis se hinchó al pensar que Henry quería tocar una canción para él. No la había llevado a la habitación

para hacer algún ritual relajante después del sexo o para ayudarle a dormirse. No, estaba allí sentado con Betsy en el regazo porque quería tocar una canción para él.

—Yo… Sí. —Su voz sonó áspera y casi sin aliento, pero no se molestó en poner más fuerza tras ella cuando dijo—: Por supuesto.

—Bien. Entonces esto es para ti, Ellis Tremaine. —Henry sonrió antes de cerrar los ojos mientras tocaba las primeras notas. El esplendor afilado llenó la habitación y fue como una flecha disparada directamente al centro del ser de Ellis.

Eran las primeras notas de *Heartbeat Away*.

En efecto, el exquisito tenor de la voz Henry se unió a la calidez de las cuerdas de Betsy y se llevó el corazón de Ellis más allá de donde podría encontrarlo. Ahora había desaparecido para siempre. Perdido en la belleza del hombre sentado a su lado que estaba tocando una guitarra acústica y cantando solo para él.

Durante un solo momento, Ellis se permitió preguntarse cómo reaccionaría la masa de admiradores de Henry ante una interpretación privada a la luz de una vela de una balada de amor cantada por el propio Príncipe del Pop. Probablemente caerían muertos en el sitio y, si conseguían sobrevivir al asombro, sería una historia que contarían a todo el mundo cada vez que pudieran.

Pero cuando Henry abrió los ojos y le miró con esas piscinas marrones rodeadas de pestañas negras directamente al alma, el resto de los pensamientos desaparecieron. Dejó que las palabras repletas de amor le llevaran lejos mientras la voz de Henry le arropaba como una manta gruesa y reconfortante.

Cuando la canción llegó a su fin, después de más repeticiones extra del estribillo de las que la audiencia del Colosseum había recibido nunca, Ellis flotó lentamente de vuelta a sí mismo. Ni siquiera se había dado cuenta de que Henry había dejado a Betsy a un lado o de que había apagado la vela hasta que se metió bajo las mantas y usó los brazos fuertes para estrechar a Ellis contra su pecho.

Después, hablando en la oscuridad, con la voz poco más que un susurro, Henry murmuró:

—No importa lo que pase, nunca estaré más allá de un latido. Para ti. Para siempre.

Capítulo veinte

Mientras Cinder cantaba a todo pulmón la última nota de su primer éxito (una canción favorita de los fans que seguía cantando en cada concierto como homenaje a sus raíces) los gritos y ánimos exuberantes de la multitud sobrepasaron el sistema de audio del teatro, ahogando su risa alegre. Incluso después de más de quince años de estar de pie en escenarios, rodeado por las visiones y los sonidos de la fama y la buena suerte, el arrebato de felicidad pura que sentía cuando los fans conectaban con su música nunca desaparecía.

La luz de discoteca del escenario que acompañaba el éxito pop que seguía deleitando la audiencia se apagó de repente, sumiendo el escenario en completa oscuridad. Si era posible, el rugido de la multitud se hizo incluso más alto mientras la anticipación intensificaba el buen humor.

Cinder usó los marcadores que brillaban en la oscuridad para salir corriendo del escenario sin chocarse con ninguna parte del equipo. Su banda tocó una pieza instrumental de su último disco mientras él pasaba por un cambio de vestuario bien coreografiado. Dos asistentes le secaron tanto sudor como fuera posible con unas toallas mientras él se pasaba una camisa estriada por la cabeza y se quedaba quieto para que su personal de maquillaje le reaplicara el lápiz de ojos y los polvos mientras su estilista le echaba más laca y le revolvía artísticamente los rizos.

En menos de cuarenta y cinco segundos, su aspecto de rebelde desarreglado con un toque de estilo único (la marca de Cinder) reapareció. Cogió su fiel guitarra acústica y mejor amiga inanimada, Betsy, de la mano del técnico de guitarras antes de caminar hasta su siguiente marca.

Pese a que el escenario seguía sumido en la oscuridad, el pecho de Cinder se hinchó mientras observaba el lugar. Preparándose para *Hearbeat Away*, la balada romántica sensual que todos esperaban gracias al cambio en la atmósfera, toda la audiencia tenía encendido el flash de los teléfonos móviles y los movían con una sincronización

aleatoria. Siempre le hacía pensar en cómo debía ser mirar por la ventanilla de una nave espacial que viajaba a la velocidad de la luz a través de las estrellas.

La música breve del entreacto terminó y un solo foco brilló directamente sobre Cinder. Aparte de la luz parpadeante que emanaba de la multitud nerviosa que estaba gritando y silbando con ganas una vez más, el brillo rojo que rodeaba a Henry, a su guitarra y una butaca de madera era la única área visible.

Apoyó una cadera en la banqueta y se ajustó la tira de la guitarra antes de tocar una única nota y sonreír cuando el lugar explotó con emoción.

Su predicción era acertada.

Sin perder un segundo, empezó a tocar la balada dulce que había escrito con Kumiko como regalo de bodas para Lizbeth. La única razón por la que tenía tanta pasión y corazón genuinos era porque la mayoría de la letra era de Kumiko, no suya. La mayoría de las canciones que había escrito en solitario evitaban el tema del amor porque no era un tema con el que estuviera familiarizado. En lugar de eso escribía sobre amistad, familia y una variedad de otras emociones y eventos importantes en la vida de una persona.

Pero, recientemente, eso había cambiado.

Había sabido que estaba de pie peligrosamente cerca, así que no fue una gran sorpresa cuando tropezó sobre el límite y cayó de cabeza en el amor. Lo que le había sorprendido fue el catalizador que le lanzó volando hacia el abismo desconocido de devoción, fervor y adoración completa y universal.

Había sido esa noche, hacía alrededor de un mes, cuando Ellis le había llevado al Freemont Street en Downtown Las Vegas. Durante esa noche (su primera cita de verdad y todo lo que había venido después), Cinder aprendió lo que significaba depender de y venerar la implicación de otra persona en aspectos de su vida a los que siempre se había enfrentado solo.

Ellis le había cogido de la mano mientras se enfrentaba a uno de sus miedos más antiguos y había seguido apoyándole mientras él lidiaba con su mejor amiga borracha e incontrolada. Después habían vuelto a casa de Cinder, donde Ellis le había desarmado con cada

beso y cada caricia íntima hasta que supo, sin ninguna duda, que le habían marcado de por vida.

No podía volver de un amor como Ellis Tremaine, inspirado sin una pizca de esfuerzo por su parte.

Y, esa noche, Cinder iba a decirle a Ellis lo que sentía.

La audiencia cantó la última nota de *Heartbeat Away* junto a Cinder e hizo una pausa lo bastante larga para que él murmurara un sincero «Gracias» antes de explotar de nuevo en otra reverberación estruendosa de gritos, silbidos y aplausos ensordecedores.

En lugar de apartarse de la banqueta para que pudieran preparar el escenario sutil y eficientemente para el próximo número de baile, dejó que su técnico de guitarras cambiara su belleza acústica por una de sus muchas guitarras eléctricas y se quedó donde estaba. Levantó la mano en una petición silenciosa de atención; destinada a tranquilizar tanto a la audiencia como a los técnicos a cargo de la actuación, con quienes no había hablado las cosas antes, consciente de que estaba a punto de desbaratarlo todo. También tenía la esperanza de que una cierta persona en las alturas se detuviera en lugar de volver a sus tareas.

—Para aquellos que conozcáis los detalles de mi contrato limitado con el Colosseum aquí en la hermosa Las Vegas, puede que también sepáis que hoy es el punto medio de este acuerdo exclusivo. —Cinder esperó mientras la multitud explotaba con el conocimiento de su presencia fortuita en el aniversario de la mitad de su espectáculo en Las Vegas. Sonrió y descansó casualmente sobre la guitarra—. Para celebrar esta emocionante ocasión, tengo una sorpresa especial para vosotros esta noche.

De nuevo explotó un pandemonio enorme, pero Cinder hizo un gesto pidiendo silencio y lo consiguió casi de inmediato.

—Entre otras cosas, he pasado una fracción de mi tiempo libre sin precedentes durante los últimos tres meses trabajando en material nuevo para un disco que saldrá antes de mi próxima gira.

Por el rabillo del ojo, Cinder vio a Kumiko de pie a la izquierda del escenario sonriendo como una loca. Ella conocía este cambio improvisado en el set y prácticamente había bailado cuando le había pedido ayuda para prepararlo.

—Como regalo, voy a compartir el estreno exclusivo de una canción que ocupa un lugar muy especial en mi corazón. —Mientras la audiencia dejaba escapar su emoción a niveles que le reventaban el tímpano, Cinder se volvió para mirar a la banda y golpeó la guitarra con los dedos—. Perdonad de nuevo este cambio de planes de última hora, pero no puedo daros las gracias lo bastante por subiros a bordo. Vamos a hacerlo.

Devolviendo la atención al auditorio lleno de teléfonos móviles que ya no se movían en un patrón reconocible, Cinder le lanzó un beso al techo. Esperaba que Ellis viera la dedicatoria silenciosa.

—Muy bien, gente. Esto es *Until I Found You*. Espero que os guste.

Tocando la primera nota, Cinder cerró los ojos y dejó que su corazón tomara las riendas.

Blessed by success, I'm always surrounded.
Out on the road, I've never felt so alone.
Cursed by fame, I've never been grounded.
All my life, I've dreamt of finding home,
thinking it would be my Neverland.
Until I found you, I didn't understand.

The tales they tell in storybooks
are always so sublime.
There's a happily ever after
for every once upon a time.
But fairy tales never do come true,
at least, not until I found you.

Fleeing what I've known forever,
it was you who gave me shelter.
In your arms I found the answer
to questions I never knew I had.
You taught me how to be the master
of all the things that drove me mad.
But most important, you gave my heart a shove,

because until I found you, I didn't believe in love.

The tales they tell in storybooks
are always so sublime.
There's a happily ever after
for every once upon a time.
But fairy tales never do come true,
at least, not until I found you.

Together, we've written our fairy tale chapter,
a happy story fit for ever after.

The tales they tell in storybooks
are always so sublime.
There's a happily ever after
for every once upon a time.
But fairy tales never do come true,
at least, not until I found you.[1]

Cuando la canción terminó con un solo de guitarra del propio Cinder, fue recibida con un silencio y una calma que nunca había experimentado en una de sus actuaciones. El corazón, que ya latía como loco por la descarga de adrenalina de la actuación junto a la emoción provocada por la canción que había escrito para Ellis, empezó a latirle a un ritmo peligroso.

Miró a Kumiko, que estaba de pie boquiabierta con los ojos como platos y las manos levantadas como si se hubiera bloqueado y quedado congelada antes de aplaudir. Personificaba la sensación de sorpresa horrorizaba que viajaba por sus venas.

¿Había fracasado? Había puesto su corazón y alma en esa canción, dejando que todo lo que sentía por Ellis sangrara sin filtros a través la música.

Después, como si se despertaran de un aturdimiento, los espectadores revivieron. Gritaron y chillaron y el aplauso exuberante retumbó en las alturas. Y, mezclado con el ruido jubiloso, bajito al

principio antes de cobrar vida propia, empezó un canto. «Cinderellis, Cinderellis».

Con el corazón a punto de explotar, Cinder se puso de pie, frotándose una lágrima del rabillo del ojo mientras abría los brazos con agradecimiento y aprecio. Hizo una reverencia y les dio las gracias a los fans lanzando besos a la multitud.

Lo habían entendido.

Ahora la única pregunta era: ¿lo había entendido Ellis?

~*~*~

Habían planeado encontrarse en el camerino como solían hacer después de cada actuación. Cinder siempre llegaba antes que Ellis porque los deberes del otro hombre no terminaban cuando bajaba el último telón. Por suerte, esa noche era una de las que el teatro había planeado un encuentro con los fans después del concierto, así que Cinder pasó el tiempo firmando autógrafos y haciéndose fotos con fans emocionados.

Para cuando seguridad se llevó a los últimos invitados VIP de la sala, Cinder estaba vibrando con anticipación adulterada con una gran dosis de nervios. No cabía ninguna duda de que Ellis habría visto su actuación especial, ya que había admitido más de una vez que paraba el trabajo para escuchar *Heartbeat Away*. Cinder había elegido estrenar *Until I Found You* después de esa canción porque sabía que Ellis estaría mirando.

¿Pero se había dado cuenta Ellis, como lo había hecho la audiencia, de que Cinder la había escrito para él? ¿Había entendido la declaración de amor envuelta en la letra? Y, si lo había hecho, ¿cómo reaccionaría a ese conocimiento?

Cuando Ellis llegó al fin, duchado, con las mejillas más rosas de lo normal y más callado de lo habitual, Cinder estaba bastante seguro de que había unido los puntos. Pero no podía estar seguro de cómo se sentía.

—Hola. —Ellis se pasó una mano por la nuca y miró a Cinder desde detrás del flequillo rubio—. Esa ha sido una, ah, una muy buena actuación esta noche.

Cinder redujo la sonrisa para no parecer el loco enamorado que realmente era.

—¿Sí? ¿Alguna parte favorita?

El sonrojo de Ellis se volvió de color escarlata y miró al suelo.

—Eh…

Cinder no quería poner a Ellis en un apuro o hacer que se sintiera incómodo, así que dio un paso adelante y le abrazó. Cuando Ellis enterró el rostro en el pelo de Cinder y se aferró a sus hombros, se le derritió el corazón.

—Por si acaso no era obvio, esa canción la inspiraste tú y la escribí para ti.

Ellis asintió contra la sien de Cinder y le apretó con más fuerza.

—No tienes obligación de decir nada. Saber que he podido decírtelo a mi modo, que con suerte entenderías que esas palabras querían decir te quiero… Eso es lo único que me importa. Que lo sepas. —Cinder frotó la espalda de Ellis con un movimiento circular reconfortante y le acarició el cuello con la nariz—. Porque me he enamorado hasta las trancas y cualquier otro cliché en el que puedas pensar. De ti.

Ellis dejó escapar una exhalación temblorosa antes de apartarse y mirar a Cinder a los ojos. Sus ojos de color azul pálido brillaban con una capa de lágrimas contenidas.

—Quería creerlo, pero yo…

Cinder le frotó el labio inferior rollizo con el pulgar.

—Pero tú, ¿qué?

Encogiéndose de hombros, Ellis agachó la cabeza de nuevo.

—Todo esto ha sido tan surrealista. Tenía miedo de habérmelo imaginado todo. Que no sería posible que tú sintieras lo mismo que yo, y yo… Yo también te quiero Henry. Te quiero muchísimo.

El alivio recorrió a Cinder como una ola fría de invierno que choca con la arena calentada por el sol de primavera. Dejó que su sonrisa feliz al completo le arrugara las mejillas antes de poner sus labios contra los de Ellis.

—Esas son las palabras más bonitas que he oído nunca.

—No son ni de cerca tan bonitas como las que has cantado esta noche. —Ellis posó la frente sobre la de Cinder y le frotó la nariz con

la suya—. Casi me caigo de la pasarela cuando me he dado cuenta de lo que estabas diciendo. De lo que podría significar.

—De lo que significa. —Cinder golpeó las caderas de Ellis con las suyas y un rugido grave le trepó por la garganta—. Y en este momento significa que voy a llevarte a casa. Después voy a hacerle el amor al hombre que tiene mi corazón tan seguro como que el sol sale cada mañana y se pone cada noche.

—Dios. Sí, por favor —gimió Ellis—. Y después, ¿me cantarás nuestra canción otra vez? ¿Solo para nosotros?

Cinder sonrió y su alma flotó llena de amor, risa y luz.

—Haré cualquier cosa que me pidas, cariño. Solo di las palabras y el mundo es tuyo.

Capítulo veintiuno

Henry y Ellis se turnaron quitándose la ropa el uno al otro, prenda por prenda. Tocaron, probaron y jugaron con cada centímetro de piel revelada antes de quitar la siguiente prenda. Fue amable, lento y realmente dulce. Muchos de sus encuentros sexuales habían estado envueltos en las prisas que creaba la novedad, haciendo que exploraran con manos fervorosas y labios frenéticos.

Esa noche era diferente.

La lujuria que recorría el sistema de Ellis no era menos poderosa ahora que se conocían tan bien. En todo caso, esa familiaridad (junto al conocimiento recién descubierto de que sus corazones también estaban en sincronía) hacía que la intensidad del deseo de Ellis se saliera de las gráficas.

Una vez se hubieron desnudado, Henry se tumbó junto a Ellis y apretó sus cuerpos. Le besó el pectoral izquierdo antes de poner una mano cálida sobre el mismo lugar.

—Cada parte de tu cuerpo es preciosa, pero la belleza de tu corazón supera cualquier cosa que haya conocido antes. Gracias por compartirla conmigo.

Las lágrimas le picaron en los ojos y parpadeó para librarse de ellas. Apoyándose en el humor para mantener las emociones abrumadoras bajo control, acarició el mentón de Henry y le ofreció una sonrisa suave.

—Solo un cantautor que ha ganado un Grammy podría conseguir ser poeta incluso con casi toda su sangre al sur de la frontera.

Henry soltó una carcajada seguida de una sonrisa lasciva y un movimiento de cejas.

—Qué puedo decir, tú inspiras cada parte de mi personalidad polifacética.

Cuando la siguiente acción de Henry tras esas palabras fue tomar la erección de Ellis en la mano y ofrecerle una caricia y un apretón antes de apartarse con una sonrisa malvada, las emociones de Ellis prácticamente se desbordaron. Algo similar a un gruñido se le

escapó de la garganta siguiendo a un gemido antes de que se diera la vuelta y aplastara a Henry con su cuerpo más grande que el suyo.

Alzado sobre su amante, Ellis entrecerró los ojos cuando vio la expresión inocente que se dibujaba en el rostro de Henry.

—Sabes que me gusta estar al límite más que a cualquiera… —Puso los ojos en blanco cuando la sonrisa diabólica de Henry indicó que había pillado la adulteración de la frase habitual. «Más que a cualquiera» era más apropiado que «tanto como a cualquiera», teniendo en cuenta lo mucho que le gustaba a Henry hacer que Ellis se retorciera; a veces durante horas y para su deleite inesperado—. Sin embargo, ¿puedo pedir un aplazamiento? ¿Esta vez? No tengo nada en contra de ser el foco de tu atención, créeme, pero quiero que esto sea completa y totalmente sobre nosotros esta noche.

Henry se mordió el labio inferior y frunció el ceño.

—Para que quede claro, disfruto tanto como tú, sino más, del tiempo que paso provocándote. Sin embargo —Imitó el énfasis exagerado de Ellis en la transición—, como siempre, todos tus deseos son órdenes.

Moviendo las caderas para que sus erecciones se rozaran, Ellis disfrutó tanto de su propio golpe de placer como del murmullo grave de satisfacción de Henry. Obedeció sin preguntar cuando Henry le golpeó el culo y gruñó:

—Date la vuelta.

Después de que los resultados de los análisis de ambos hubieran resultado negativos, habían reconfirmado su compromiso de tener una relación física exclusiva, lo que incluía tirar los condones por la borda. Como parte de la exploración de sus cuerpos y de sus límites íntimos y sexuales, Henry había sugerido que Ellis probara a ser él quien le penetrara. No era nada que ninguno de los dos hubiera hecho nunca (Henry nunca había sido el que recibía, y Ellis nunca había tenido la oportunidad o el deseo de ser quien penetrara), pero parecía una aventura razonable que probar juntos.

Salieron de la experiencia incómoda y bastante humorística con sus respectivos papeles afianzados. No cabía duda de que Ellis era totalmente pasivo, y Henry parecía contento con mantener su estatus de activo.

Henry ocupó el lugar de Ellis, cubriéndole con el cuerpo delicioso y acariciándole el cuello. Entrelazó los dedos con los de Ellis y le levantó las manos sobre la cabeza mientras mordisqueaba, besaba y lamía todo el camino de la clavícula de Ellis a su oído.

—Quiero que vengas a vivir conmigo.

Esas palabras le dejaron congelado y se le abrieron los ojos para encontrarse con la oscuridad. Ya pasaban cada noche juntos en la cama de Henry. Por muy poco oficial que fuera, era lo más cerca que Ellis había estado de vivir con otra persona. Joder, Henry era lo más cerca que había estado de muchos otros hitos de las relaciones, lo que incluía estar en una relación propiamente dicha.

¿Pero era vivir juntos después de solo unos meses apresurar las cosas? No quería convertirse en una carga para Henry. Tal y como estaban las cosas ahora, en las pocas ocasiones en las que Henry tenía otras obligaciones y no podía ver a Ellis después de una actuación, Ellis tenía un lugar propio al que ir de modo que no estaría en el camino de Henry. Le gustaba eso. Le gustaba saber que Henry todavía podía vivir su vida y que su relación no era un peso sobre sus hombros.

Además, la situación actual de Ellis estaba libre de alquiler. Eso cambiaría si se iba a vivir con Henry. Pese a que sabía que Henry protestaría tanto el término como el razonamiento que había tras él, Ellis se negaba a ser un mantenido. Podía ganarse la vida por sí mismo y no sentía ningún deseo de gorronearle a Henry de ninguna forma.

No le importaba que su novio ganara más dinero que él y tampoco se sentía menos masculino por ello, siempre y cuando Henry no esperara que renunciara a su independencia e identidad como resultado de ese desequilibrio financiero.

Henry suspiró y soltó las manos de Ellis para poder acariciarle la mandíbula con un nudillo.

—No pretendía cortarnos el rollo. De verdad quiero que vivas conmigo. No solo eso, sino que también quiero que vengas conmigo de gira cuando termine mi contrato con el Colosseum. —Cuando el pecho de Ellis se desinfló con un suspiro profundo, le tocó a Henry quedarse congelado. Se apoyó sobre un codo y miró a Ellis con la luz

de la luna que entraba a través de las cortinas reflejada en los ojos —. Esto no es algo a corto plazo para mí. Quiero que duremos mucho. Si las cosas van como espero que vayan, quiero que duremos para siempre. Cuando mi tiempo aquí termine, no significa que nosotros también lo hagamos. Lo sabes, ¿verdad? Me niego a dejarte atrás. No hay otra opción que no sea que vengas conmigo.

Ellis apretó los labios y arrugó el ceño. ¿Era así como Henry veía las cosas? ¿Qué la única opción era que Ellis lo abandonara todo y le siguiera en la gira? ¿Y qué pasaba con su vida en Las Vegas? ¿Qué pasaba con su trabajo, sus obligaciones con Ray y Suzie, las hipotecas de su casa?

No se había permitido pensar más allá del contrato limitado de Henry en Las Vegas. Una pequeña parte de su subconsciente sabía que Henry se iría en solo unos meses, pero nunca dejaba que esa parte se quejara en voz alta. Era más fácil concentrarse en el aquí y ahora y dejar lo que fuera que podría pasar cuando Henry se fuera para que el Ellis del futuro lidiara con ello.

Además, ¿no acababa de recordarse a sí mismo la importancia de mantener su independencia con Henry? Si dejaba de contribuir a su propia subsistencia y dejaba que Henry «cuidara» de él, perdería el respeto por sí mismo y su propia existencia se convertiría en una carga para la salud y la felicidad de su relación.

—No es que no quiera ir contigo, pero… —Ellis se encogió con dolor cuando la expresión esperanzada de Henry se convirtió en una máscara imposible de interpretar—. No puedo irme. Tengo un trabajo, una familia. Obligaciones.

Henry se pasó la punta de la lengua por un diente mientras absorbía las palabras de Ellis antes de suspirar y apartarse para tumbarse mirando el techo. Ninguno de los dos seguía de humor, pero el alejamiento de Henry golpeó a Ellis de todos modos con un frío físico y emocional. Tembló y tiró de las mantas hasta que cubrieron la piel expuesta, dejando que su corazón llevara el peso del silencio distante de Henry.

—Quiero pasar cada momento posible contigo mientras sigas aquí, y estoy dispuesto a intentar una relación a distancia cuando salgas de gira…

—Las relaciones a distancia nunca funcionan. Especialmente en mi trabajo. —La voz de Henry era espeluznantemente plana. Sin emoción. Aterradora—. No es como si pudiera venir a verte los fines de semana o algo así. El calendario está hasta los topes. Los días libres los pasamos viajando de una ciudad a otra. Puede que pasemos meses o incluso un año o más sin vernos en persona. Eso no es una relación.

El frío se convirtió en ártico y Ellis tiró de las mantas con más fuerza alrededor de los hombros, deseando que calentaran la tundra helada que estaba apoderándose de su interior.

—Podríamos hablar por teléfono. O hacer videollamadas. Sería mejor que nada, ¿no?

De nuevo, Henry estuvo callado un tiempo antes de hablar.

—Durante un tiempo, sí, pero después… —Maldijo y bajó las piernas por el borde de la cama. Después de ponerse de pie se puso los calzoncillos antes de caminar a través de la habitación para abrir las cortinas y dejar que la luz de la luna pudiera entrar sin barreras en el dormitorio, mitigando la oscuridad.

Volviéndose para mirar Ellis, Henry cruzó los brazos sobre el pecho musculado y frunció el ceño.

—No entiendo por qué elegirías quedarte aquí en lugar de venir conmigo. No me trago el trabajo y la familia como excusas de verdad. Has dicho tú mismo que no te gusta este trabajo, y Ray y Suzette son monstruos, por decirlo suavemente. Así que ¿cuál es la verdadera razón?

Con un suspiro, Ellis se deslizó por la cama hasta que pudo apoyarse en el cabecero. Con las mantas sobre el regazo, se sentía expuesto y vulnerable.

—Tienes razón. No me encanta ser tramoyista y se suponía que iba a ser solo una posición para poner un pie en la puerta y ahora parece que no puedo escapar de ella, ni siquiera diez años después. Aun así, es mi trabajo. Es como me gano la vida. Es parte de quien soy. ¿Y Ray y Suze? —Ellis encogió un hombro y jugueteó con el borde del edredón—. ¿Son perfectos? No. Pero siguen siendo familia. Y me necesitan. Este es mi hogar. Es lo único que he conocido. Es lo único que he tenido nunca.

Con esas palabras, un destello de esperanza iluminó los ojos de Henry. Se sentó al borde de la cama y dobló una rodilla para poder mirar a Ellis.

—Yo solía pensar que el hogar era un lugar físico, pero no lo es. Es muchas más cosas que el lugar en el que vives. Es un sentimiento. Es calidez y amor y cada buena emoción que puedas imaginar todo junto en un mismo paquete. —Le apoyó la mano sobre el corazón y le ofreció una sonrisa suave y torcida—. Tú eres mi hogar, cariño. Eres todo lo que buscaba esas noches solitarias en la carretera cuando creía que lo que me faltaba era una permanencia física.

Algo se introdujo en el pecho de Ellis y rompió el hielo que se había acumulado allí con una llamarada ardiente de remordimiento, culpa y arrepentimiento. Al negarse a abandonar Las Vegas, ¿estaba esencialmente diciéndole a Henry que no le quería?

La tentación de rendirse ante el miedo horrible de hacerle daño estaba allí. De ignorar sus propios deseos y preocupaciones. De doblegarse ante la voluntad de Henry. Pero de una decisión así solo podría salir un desastre. Igual que temía que Henry se resintiera con él si se permitía convertirse en una carga para su relación, también temía resentirse consigo mismo si renunciaba a demasiado para complacerle.

—Te quiero, Henry. No quiero perderte. Pero no puedo comprometerme a un cambio tan grande cuando lo que tenemos es aún tan nuevo. —Ellis apartó la mirada cuando la expresión de Henry se entristeció. No podía seguir viendo el dolor que iban a causarle sus palabras—. No puedo dejar la vida que tengo aquí hasta que haya averiguado si puedo seguir siendo quien soy en otro sitio. Por ahora, aquí es donde necesito estar. Necesito trabajar y necesito estar aquí. Por Ray y por Suze y, sobre todo, por mí.

Cuando la mano cálida de Henry le abrazó la mejilla, levantándole la cara para que sus miradas se encontraran, a Ellis se le encogió el corazón. El rechazo que se había temido no estaba nublando los ojos de Henry. En su lugar, nadaban en lágrimas, pero en ellos había comprensión y aceptación.

—Yo también te quiero, cariño. No te presionaré para hacer nada con lo que no te sientas cómodo, y si dejar Las Vegas para venir de gira conmigo no es lo adecuado para ti cuando llegue la hora, entonces encontraremos la forma de hacer que funcione. Solo… ¿Me harás un favor?

La banda que apretaba el pecho de Ellis con fuerza se aflojó lo bastante como para dejarle tomar un poco de aire. Asintió.

—Lo que sea.

Pasando el pulgar por el labio inferior de Ellis, Henry se tragó las lágrimas y sonrió.

—¿Lo pensarás? Durante los próximos tres meses, ¿tendrás la mente abierta para ver si, a lo mejor, podemos encontrar un punto a medio camino que sea aceptable? Algo que pueda darnos a ambos lo que queremos.

—Por supuesto. —Ellis agarró la muñeca de Henry y tiró de él hasta que volvió a la cama. Cuando sus cuerpos estaban entrelazados una vez más, junto sus labios para darle un beso lánguido alimentado de amor—. Si hay una respuesta, la encontraremos.

Capítulo veintidós

Cinder paseó por la zona trasera del teatro agarrando con fuerza un café para llevar y sonriendo para sí mismo. Recordando haberse despertado junto a calidez sólida de Ellis que rodeaba a Cinder como un abrazo reconfortante, mientras todavía podía sentir en los labios la dulzura del fantasma del beso de buenos días de Ellis. En los veintinueve años de vida de Cinder, nunca había sido tan feliz como lo era en ese momento.

Cuando le había pedido a Ellis que fuera a vivir con él y le había suplicado que considerara unirse a la gira, la respuesta inicial de Ellis prácticamente le había eviscerado. Había temido que Ellis no viera su relación yendo por el mismo camino por el que la veía él.

Pero hacía tiempo que se había desecho de esa ansiedad. Los últimos dos meses y medio habían sido pura felicidad. Incluso mejor que los dos anteriores, y muchísimo mejor que su primer mes en Las Vegas (el tiempo en el que ahora pensaba como el tiempo que había pasado entre conocer al hombre de sus sueños y darse cuenta de que lo era).

Ellis había llevado sus pocas pertenencias sin armar un escándalo a casa de Cinder el día después de su charla y, de repente, ahora pasaban cada momento de tiempo libre juntos sin excepción. Aunque significaba que Ellis tenía que sacrificar un poco de tiempo de sus días para ir y volver a casa de Cinder, había dicho que la pérdida de sueño merecía la pena. Sobre todo teniendo en cuenta que a menudo podía echarse una pequeña siesta mientras sus guardaespaldas se peleaban con el tráfico por él, algo en lo que Cinder había insistido. Puede que Cinder disfrutara de conducir él mismo de vez en cuando, pero de ninguna manera iba a dejar que Ellis usara el transporte público cuando su equipo de seguridad tenía un medio de transporte perfectamente válido en el que podía refugiarse.

Afortunadamente, Ellis no se había opuesto mucho esa idea. Después de todo, si insistía en coger el autobús, los guardaespaldas

tendrían que hacerlo también, y Ellis no era otra cosa que no fuera considerado con la comodidad y el confort de los demás.

Aun así, si Cinder había pensado que sabía el significado de la palabra hogar antes, no había duda de que ahora lo entendía. Vivir con Ellis era como tomar la primera bocanada de aire después de intentar aguantar bajo el agua todo el tiempo posible.

Se sentía como si, por primera vez, finalmente estuviera vivo.

Lo único malo que quedaba era la incertidumbre y la duda de qué pasaría cuando cayese el último telón en las actuaciones de Las Vegas de Cinder en solo unas pocas semanas. Habían vuelto a hablar sobre que Ellis viniera con él un par de veces desde la conversación inicial, pero Ellis seguía dudando. Cinder quería creer que estaba convenciéndole, pero, al mismo tiempo, no quería ser otro peso sobre los hombros ya sobrecargados de Ellis.

Si una relación a distancia era la única ruta que podían seguir ahora mismo, Cinder haría que pasara. Alteraría el calendario de la gira para tener algún descanso más largo cada mes. E insistiría en que Ellis siguiera viviendo en su casa del desierto, lo que le permitiría dejar oficialmente el trabajo de conserje. Eso quería decir que él también tendría días libres.

Podían hacer que funcionara. Sinceramente, no había otra opción. Ellis era lo más importante de la vida de Cinder. O encontraban otro camino alrededor de este bache, o conducían directamente por encima. No había vuelta atrás y no podían rendirse.

—Quítame las manos de encima, viejo.

Cinder desvió la atención como un rayo al gruñido enfadado de Lizbeth, seguido de una bofetada que sonaba claramente como la palma de una mano encontrándose con una mejilla que se lo merecía mucho. Corrió hacia la conmoción enfadado de antemano. Cuando giró la esquina y se encontró a Lizbeth enfrentándose precisamente al puto Ray Brunswick con el rostro enrojecido, su furia se volvió venenosa.

—¿Qué coño está pasando aquí? ¿Estás bien, Liz?

Lizbeth echaba fuego por los ojos cuando se volvió hacia Cinder hasta que se dio cuenta de que su llegada no había empeorado la

amenaza de la situación.

—Este gilipollas está siendo un sobón y no entiende qué significa la palabra «no». —Apuntó con un dedo a Ray, que la miró con desdén y cruzo los brazos en un movimiento que decía «Pruébalo» y que hizo que la ira de Cinder sobrepasara el punto de ebullición en menos de un segundo.

Apretando los puños, se introdujo entre Lizbeth y Ray. Nada le satisfaría más que darle una paliza a ese cabrón hasta dejarle hecho unos zorros. Teniendo en cuenta lo que le había hecho a Ellis después de que su relación se hubiera hecho pública y varias de las admisiones de Ellis sobre su infancia bajo el puño de Ray, Cinder había querido golpear a Ray durante un tiempo.

—Sugiero que te disculpes, Brunswick. Y hazme creer que lo dices en serio, o no te gustará lo que pase a continuación.

Ray resopló y puso los ojos en blanco.

—No tengo nada por lo que disculparme. Aquí la damita ha confundido las cosas, eso es todo.

Soltando aire por la nariz, Lizbeth dio un paso al lado de Cinder para fulminar a Ray con la mirada.

—Ya, claro, cabrón asqueroso. Has estado al borde de lo inapropiado desde el primer día. No soy una florecilla y no voy a dejar que te vayas de rositas con un acoso sexual descarado.

—Es mi palabra contra la tuya, cariño. —Riéndose, Ray apretó el puño contra la palma de la otra mano, haciendo crujir cada nudillo. Pasó la mirada vidriosa de Lizbeth a Cinder y de vuelta a Lizbeth—. La pobrecita Lezzy Lizzy no tiene la mejor reputación con el equipo de todas formas. Le gusta flirtear y revolotear de un lado a otro, presumiendo de todo ese rollo de chica con chica. Todo el mundo sabe que está pidiendo atención, y después se vuelve una puritana cuando la recibe.

Cuando Lizbeth se adelantó, Cinder alargó un brazo para detenerla. Con los dientes apretados, siseó:

—Ve a buscar a Kumiko. Yo me ocupo de esto.

Se apoyó una mano protectora sobre el vientre y miró a Cinder.

—No hagas ninguna estupidez. Tienes que estar en el escenario en menos de una hora. Nada de romperte la mano o la nariz o

ninguna otra cosa que necesites para ser la estrella del rock que eres, ¿vale? —Se volvió hacia Ray con una sonrisita—. Podemos dejarle el amor duro a mi querida esposa. Hace tiempo que no tiene la oportunidad de usar el cinturón negro de aikido.

Cinder tosió para disimular la risa cuando Ray se puso ceniciento y Lizbeth se fue después de que su burla surtiera exactamente el efecto deseado. Cualquiera que supiera algo sobre aikido sabría que era un estilo de artes marciales de naturaleza pacífica, que enfatizaba sujeciones en lugar de golpes mientras usaba la agresión del oponente contra sí mismo. Se trataba de defensa propia más de que de ofensa, pero Cinder no lo aclararía por el bien de Ray. Que le temblaran las botas un rato.

Una vez Lizbeth ya no podía oírles, Ray crujió los nudillos. Otra vez. Cinder tuvo que hacer un esfuerzo para no poner los ojos en blanco y soltar una carcajada ante la exhibición tosca de una fuerza tan masculina. Inclinando la cabeza y entrecerrando un ojo, Cinder observó a Ray despacio de la cabeza a los pies.

—Es una pena que nos haya costado tanto tiempo conocernos al fin, Brunswick. Y en unas circunstancias tan poco placenteras.

Ray soltó una carcajada ronca.

—No seas un creído conmigo, chico. La fama no significa una mierda para mí.

—¿No? —Cinder arrugó la cara con una intriga falsa—. Y yo que pensaba que significaba muchísimo. Anda que no te enfadaste cuando descubriste que Ellis y yo estábamos saliendo. Pensaba que tenía algo que ver con quién era yo. Si no, tu pequeño berrinche sobre el tema tiene incluso menos sentido. Así que ¿de qué se trata? No te gusta que Ellis sea feliz, ¿o qué?

Con el rostro arrugándose en una expresión de disgusto y asco, Ray se dio la vuelta como si no pudiera soportar seguir mirando a Cinder.

—Te habrás ido en unas semanas y entonces Ellis podrá volver a concentrarse en lo que debe. En el trabajo. Y en su familia. —Ray emitió un ruido asqueroso desde la garganta antes de escupir a los pies de Cinder—. No habrá más mariconadas una vez ya no estés aquí. Le enderezaré de nuevo, no te preocupes.

La ira furiosa hizo que ante la visión de Cinder bailara un caleidoscopio de colores rojos, púrpuras y negros. Le vibraron los músculos mientras luchaba contra la tentación de darle un puñetazo en la nariz a Ray. Sin pensarlo, siseó de vuelta:

—¿Sí? ¿Qué harás si me llevo a Ellis conmigo cuando me vaya?

A Ray se le salieron los ojos de las órbitas y los músculos de la mandíbula y el cuello se tensaron bajo la piel moteada.

—No se atrevería.

—¿No se atrevería a qué? ¿A vivir su vida? —A Cinder le castañearon los dientes de la rabia—. Ellis es un hombre adulto que no tiene obligaciones con nadie más que consigo mismo. Si eligiera dejar Las Vegas atrás, junto a toda tu mierda, sería su prerrogativa hacerlo. No podrías decir nada al respecto.

—¿No? —Ray entrecerró los ojos—. Eso ya lo veremos.

~*~*~

Cuando Kumiko y Lizbeth volvieron unos minutos más tarde, Ray se había marchado y dejado a Cinder viendo estrellas enfadadas que explotaban, no le dejaban ver más allá y hacían que los oídos le zumbaran y la cabeza le diera vueltas.

—¿Dónde ha ido ese pedazo de mierda? —Kumiko se detuvo junto a Cinder y le golpeó el hombro para llamarle la atención—. Está más que despedido. Fuera. «Hora de hacer la maleta de acosador sexual e irse por la autopista homófoba» despedido.

Lizbeth caminó hasta ellos a paso tranquilo y rodeó la cintura de Kumiko con un brazo, descansando la cabeza en su hombro con un suspiro de felicidad.

—Me encanta cuando sacas la rutina de mamá gallina y de jefaza agresiva. No hay nada más excitante, lo juro.

Cinder sacudió la cabeza para intentar librarse de la furia que le nublaba la mente.

—Brunswick se ha largado. Probablemente haya sido lo mejor, porque no estoy seguro de cuánto tiempo más iba a aguantar sin darle un puñetazo que le hiciera ver las estrellas.

Kumiko cruzó los brazos mientras resoplaba.

—Con suerte ha sido lo bastante listo como para hacer las maletas, porque ya he llamado al jefe y esta ha sido la gota que ha colmado el vaso para Ray Brunswick. Por lo visto ya llevaba tiempo a punto. Demasiados problemas relacionados con la bebida y un historial de tratar al personal y a los artistas como la mierda. Me alegra ser yo quien cierre el trato. Nadie trata a mi mujer y a la madre de mi hija con nada excepto el respeto que se merece.

Una oleada de culpa atravesó a Cinder y apagó la ira. Había sabido durante meses que Ray había abusado de Ellis desde que era niño. Joder, había tenido pruebas sólidas y aun así había seguido con su día a día. Y, sin embargo, pese a tener esa información, se había quedado sentado y no había hecho nada para pararlo. Después había sido corto de miras y lo bastante egoísta como para provocar al cabrón cruel pese a que Ellis había hecho obvio (sin siquiera decir una palabra) que él sufría siempre que Ray se enfadaba.

No importaba que Ellis le hubiera suplicado a Cinder que no se involucrara o que intentara convencerle de que no se preocupara porque «de verdad que no era tan malo». Si Cinder quería a Ellis tanto como decía (lo que ni siquiera se podía poner en duda), entonces debería haber hecho algo mucho tiempo antes para protegerle.

Debería haber sido él quien hiciera que despidieran a Ray. Hace meses. Y la seguridad de Ellis debería haber sido mejorada y haberle monitorizado en todas partes excepto en la seguridad de la casa de Cinder.

No, la casa de ambos. Esa casa solo era un hogar porque Ellis estaba en ella y, sin importar a nombre de quién estuviera, le pertenecía tanto a Ellis como lo hacía a Cinder.

Con la resolución recorriéndole las venas, Cinder les dio un beso en la mejilla a Kumiko y a Lizbeth.

—Perdonad que salga corriendo, queridas. Kumi, dale a Liz un poco de amor extra por mí, ¿vale?

—No necesito amor. Necesito un saco de boxeo —protestó Lizbeth con los brazos cruzados descansando sobre el vientre hinchado.

—Eso puede arreglarse. —Kumiko le apretó el hombro a su mujer antes de hacerle a Cinder un gesto para que se fuera—. Tú ve a cuidar de tu amor también. Yo tengo a la mía cubierta.

Lanzándoles un guiño, Cinder se dirigió al área de entre bastidores en busca de Ellis. Ya no pensaba mantener la distancia del hombre al que amaba para apaciguar a un padrastro tirano y abusivo. Ray estaba fuera, y Cinder y Ellis iban a disfrutar de las últimas semanas de su contrato con el Colosseum sin nada más que esconder.

—Oh, hola, Cin. —Una risita coqueta siguió a esas palabras y Cinder se dio la vuelta para encontrarse con una joven que le resultaba familiar (posiblemente una adolescente, sin duda una becaria) que salía de las sombras. Llevaba unos auriculares con micrófono y una carpeta, así que estaba claro que era parte del personal entre bastidores. Con un parpadeo, se acercó a él y le puso una mano en el antebrazo—. Siento pillarte justo antes de la actuación. Hay un problema con las entradas nuevas para la iluminación de *Until I Found You*. Iba a ir a preguntarle a la señora Matsura-Hodges, pero nadie parece saber dónde está. ¿Hay alguna posibilidad de que puedas ayudarnos?

Cinder dudó mientras barajaba sus opciones. Habían añadido *Until I Found You* al set hacía semanas. Hasta donde él sabía, no había habido ningún cambio reciente en el esquema de iluminación, pero tampoco era un experto en el tema. Kumiko se ocupaba de llevar a cabo cualquier gran cambio como ese y no podían encontrarla porque estaba ocupada consolando a su mujer después del acoso de Ray.

Solo había dos opciones. Podía ser un monstruo y un gilipollas abandonando a la pobre becaria para ir a ver a su novio, o podía ser un profesional responsable y ocuparse de cualquier problema que ocurriera y ver a Ellis después de la actuación como habían planeado.

Con un suspiro, Cinder estiró los labios en su sonrisa patentada e hizo una pequeña reverencia doblándose por la cintura.

—Estoy a tu servicio, querida. Tú primero.

A la chica se le iluminaron los ojos.

—Oh, gracias, Cin. No sé qué haría sin ti. Eres una bendición, en serio.

Cuando entrelazó el brazo con el suyo y le alejó de la cabina de control, el modo en que estaba usando un apodo que solo usaban sus personas más cercanas y queridas hizo que recordara algo que había ocurrido meses atrás. Se detuvo de repente, haciendo que Suzette Brunswick se tropezara y se detuviera de un modo mucho menos grácil pero bastante inmediato.

—Eres la hija de Ray, ¿verdad? —Cinder entrecerró los ojos cuando a Suzette se le sonrojaron las mejillas. *Culpable*—. ¿Te ha mandado a distraerme o algo? ¿Qué está pasando? —Un escalofrío de miedo le recorrió la espalda y se giró para mirar con impotencia las alturas—. ¿Dónde está Ellis? ¿Está bien?

—El gran idiota de mi hermanastro está bien, no te preocupes. —Suzette sonrió con una dulzura tan empalagosa que a Cinder prácticamente le dolieron los dientes—. No sé qué ves en él, Cin. De hecho, creo que te estás equivocando por completo. —La mano que todavía le agarraba el codo se deslizó hacia arriba para apretarle el bíceps mientras Suzette hacía un mohín exagerado con los labios—. Es conmigo con quien saldrás en los titulares, no con ese idiota de Ellis. Su ansiedad social es tan terrible que prácticamente no puede decir dos palabras seguidas. Pero ¿yo? Yo nací para estar en el foco de todo.

Se sacudió el pelo castaño largo rizado sobre el hombro y arrugó los labios aún más. A Cinder le costó evitar reírse. Puede que fuera la hija de Ray y posiblemente estaba cumpliendo un papel para mantenerle separado de Ellis por alguna razón perversa en la que preferiría no pensar en ese momento, pero además ni siquiera llegaba a la edad de consentimiento legal. Ni se acercaba a la edad en la que podría hacérsele responsable por tomar decisiones poco recomendables.

Si se hubiera esperado que Cinder llevara las responsabilidades de la idiotez en la que habían consistido su adolescencia y sus veintipocos años, todavía estaría sufriendo la peor parte de sus muchas malas decisiones.

—Escucha, muñeca. —Cinder se apartó los dedos del brazo de uno en uno hasta que le separó la mano y el intento de mohín sexy se volvió más grosero—. No estoy seguro de qué te ha pedido Ray que hagas, pero no me interesa. Nada de ello. Ellis es el amor de mi vida y pienso pasar cada momento desde ahora hasta el día de mi muerte con él a mi lado. No hay ninguna duda de que él es la persona adecuada para mí.

Suzette se quedó boquiabierta y cerró las manos en puños que se apoyó con fuerza en las caderas.

—Si tus fans supieran lo imbécil que eres, no tendrías ningún fan.

Encogiéndose de hombros, Cinder camino de espaldas hacia el escenario.

—Siéntete libre de comunicarlo. No escondo quién soy de mis fans. O les gusto o no.

Dicho eso, se dio la vuelta y dejó a Suzette boquiabierta y cabreada. Por mucho que quisiera encontrar a Ellis y ver que estaba bien después de su pequeño engaño, sus teloneros estaban terminando la penúltima canción y él aún tenía que pasar por maquillaje.

Con suerte, Kumiko estaría en su lugar habitual a la izquierda del escenario para darle pie cuando saliera a actuar. Mandaría a alguien de su parte a comprobar que Ellis estaba bien. Hasta entonces, tendría que esperar que Ray no hubiera hecho nada más estúpido que enviar a su hija adolescente para interferir. Porque, si le tocaba como mucho un pelo de la cabeza a Ellis o le causaba un solo momento de malestar emocional, Cinder ya no pensaba quedarse sentado en el banquillo.

Si a Ray no le había gustado pensar en que Kumiko usara el aikido con él, no sería fan del fuego del infierno que iba de la mano con Cinder cuando se implicaba del todo.

Capítulo veintitrés

—¿Estás segura de que esto está bien? —Ellis recorrió el espacio con la vista mientras retorcía el bajo de la camiseta entre los dedos —. ¿Quién se va a ocupar de mis deberes de tramoyista? No es seguro que…

—Relájate, querido. —Lizbeth le dio unos golpecitos en la mejilla antes de seguir con los círculos rítmicos que había estado frotándose sobre el vientre durante los últimos diez minutos—. Kumiko lo tiene todo bajo control. Han puesto a uno de tus compañeros en tu lugar. Nada se ha quedado colgado. Mi chica es muy, pero que muy buena en lo que hace.

Ellis asintió y se mordió el labio cuando Lizbeth apuntó a otro de los controles deslizantes y le dijo que se preparara para hacer un ajuste al final de la canción actual. Sin perder un segundo empezó la siguiente lección, siempre dos pasos por delante del cerebro fuera de control de Ellis.

No tenía ni la más remota idea de cómo había llegado allí. La última hora era todo un borrón. Fragmentos de recuerdos neblinosos aparecían y desaparecían de su consciencia. Una llamada del jefe de su equipo pidiéndole que bajara. Encontrarse a Lizbeth esperándole con una sonrisa ansiosa en los labios rojo rubí. Que le arrastraran hasta la cabina de sonido. Quedarse de pie boquiabierto mientras Lizbeth le decía al asistente de Ray (a cargo de la actuación de los teloneros) que podía irse y le decía a Ellis que entrara en la cabina con ella.

Descubrir que habían despedido a Ray y que Lizbeth estaba al mando durante lo que quedaba del contrato de Henry. Tener que pedirle a Lizbeth que se lo repitiera (dos veces) cuando le dijo que le estaban entrenando para transferirle a un trabajo de ingeniero de sonido todavía por determinar. Pedirle una tercera repetición cuando dijo que cabía la posibilidad de que le consideraran para «un ascenso bastante importante».

El resto de la actuación pasó en una confusión similar. Siguió las instrucciones de Lizbeth de forma mecánica, usando el conocimiento

que había adquirido durante toda su vida para llevar a cabo sus peticiones sin escuchar una de las palabras que decía.

Cuando cayó el telón después del último bis de Henry, las luces del teatro se encendieron en el modo más tenue; lo bastante brillantes para permitir el movimiento seguro sin cegar a la audiencia cuyos ojos estaban acostumbrados a la oscuridad hasta el momento.

Lizbeth abrazó con fuerza a Ellis y su vientre de embarazada le apretó la espalda.

—Lo juro, has nacido para esto. Los alardeos de Cinder estaban justificados por una vez en su vida.

Con la cabeza dándole vueltas y un pitido en los oídos, Ellis se quitó los auriculares y observó la cortina de color rojo sangre que separaba la zona de entre bastidores del área para el público. Nunca había estado a este lado de la cortina cuando terminaba una actuación, al menos no en el Colosseum y, desde luego, no de pie en la cabina de sonido.

—¿Sabe Henry…? —Ellis tragó saliva y se aclaró la garganta, antes de agachar la cabeza cuando Lizbeth inclinó la suya de modo divertido—. Eh, ¿sabe Henry esto? ¿Todo esto? ¿Lo de Ray…? ¿Lo mío? ¿Sabe que estoy aquí?

Lizbeth se apretó la parte baja de la espalda con la mano y trastabilló un par de pasos hasta que pudo sentarse en su silla. Apoyó los pies en el asiento que se suponía que era para Ellis, en el que los nervios prácticamente no le habían dejado sentarse, y entrelazó los dedos sobre el estómago.

—Cinder estaba ahí para escuchar las buenas noticias sobre tu padrastro, pero ha salido corriendo, presumiblemente para hablar contigo, antes de que Kumiko me dijera que me había propuesto como sacrificio. —Golpeándose los labios arrugados con un dedo, Lizbeth se encogió de hombros—. Ha debido acordarse de que tenía que mover el culo e ir a maquillaje o algo. De todas formas, Kumiko sabe que mi embarazo y yo no queremos ser los únicos responsables de llevar el espectáculo ahora mismo, pero no sabía qué otra cosa hacer. Como emergencia a corto plazo, he accedido, pero he exigido ayuda. Pensamos en ti de inmediato, conseguimos la aprobación del jefe de los jefes y aquí estamos.

Así que, básicamente, Ellis se había ganado esa oportunidad por sí mismo. Mientras que era verdad que solo conocía a Lizbeth y a Kumiko a través de Henry, había tenido la oportunidad de hablar de trabajo con Lizbeth y le había mostrado algunas de sus habilidades durante varias noches de citas dobles en los últimos meses. No podía pensar que hubiera pensado en él como asistente si creyera que era incapaz.

Estaba deseando decírselo a Henry.

¿Y las noticias sobre Ray? No había terminado de procesarlas todavía. ¿Qué querría decir que Ray ya no trabajara en el teatro? ¿Cómo afectaría eso a… a todo? ¿A su situación financiera? ¿A su tiempo libre? ¿A toda su vida?

Estirándose, Lizbeth alargó la mano para que la ayudara a ponerse de pie. Ellis lo hizo, ofreciéndole un brazo para acompañarla a través de la multitud que se disipaba hasta la entrada a entre bastidores. La llevó directa hasta Kumiko, que estaba ocupándose de algunos cabos sueltos y después pasó la vista por el escenario con la esperanza de ver a Henry todavía paseando por la zona. Nunca terminaban al mismo tiempo y estaba deseando pasar casi una noche entera juntos.

Mientras Ellis paseaba por la abarrotada zona entre bastidores, no vio a Henry por ningún sitio, lo que quería decir que o estaba duchándose o tenía invitados VIP en el camerino. Teniendo en cuenta que Ellis no sentía ningún deseo de verse atrapado en una marabunta de fans de Henry, se dirigió a la habitación en la que no había dormido en meses pero que mantenía como un lugar al que escapar durante las horas de trabajo. No tenía sentido librarse de ella, dado que seguía trabajando como conserje cuando no había actuación y era más que posible que la necesitara de nuevo una vez Henry se marchara.

De todas formas, pasar un poco de tiempo solo le vendría bien. Ellis necesitaba procesar todo lo que había pasado antes de poder empezar a entenderlo lo bastante como para hablar con Henry.

Cuando Ellis cerró la puerta del dormitorio, dejando fuera el caos que venía tras la actuación en el que normalmente estaba implicado, vio algo por el rabillo del ojo que le sobresaltó. El teléfono se le cayó

al suelo antes incluso de poder desbloquearlo para decirle a Henry dónde estaba. Pero la chispa momentánea de felicidad cuando asumió que la presencia inesperada podría ser Henry se hundió con una espiral nauseabunda de terror y desesperación.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Ellis apoyó la espalda en la puerta cuando Ray salió de detrás de una torre de cajas con los ojos brillantes con esa amalgama única de borrachera e ira que solo le iba a traer problemas de una clase.

Pese a ser algo más bajo que Ellis, Ray tenía los hombros más anchos. Unas capas de acolchado extra le cubrían los músculos, pero estos últimos seguían allí y a Ellis le aterraban. Siempre lo habían hecho. Incluso cuando superó a Ray en altura y su físico ganó más fuerza que el de su padrastro, Ellis seguía atrapado para siempre en el cerebro traumatizado de la niñez cada vez que se enfrentaba a Ray. Sobre todo cuando lo hacía solo.

—Has terminado pronto. —Ray agarró una botella de whisky medio vacía por el cuello mientras se tambaleaba hacia la cama de Ellis. Cayó sobre el colchón, haciendo que el catre chirriara sobre el suelo blanco y negro de linóleo—. Suzette dice que uno de los tramoyistas de refuerzo estaba haciendo tu trabajo. ¿Eso tiene algo que ver con que esos amiguitos *queer* tuyos hayan hecho que me despidan?

Ellis tragó saliva y apretó las manos contra la puerta tras él como recordatorio para mantenerse en el presente y no dejar que el miedo le arrastrara al pasado.

—Estaba ayudando a Lizbeth con el sonido así que sí, supongo que podría decirse así.

Ray gruñó y tomó un trago de whisky, siseando mientras sin duda le quemaba la garganta. Se frotó la boca con el dorso de la mano y miró a Ellis con los ojos entrecerrados.

—Te has aprovechado rápido de mi caída, ¿no, chico?

Estirando la espalda, Ellis hizo que la voz le saliera firme.

—No he tenido nada que ver con que…

—Los cojones que no. —Ray hizo un sonido de desaprobación y sacudió la cabeza con una decepción dramática—. Llevas detrás de

mi puesto desde el día que te conseguí un trabajo aquí, desagradecido.

Ellis nunca había querido robarle el trabajo a Ray. Sí, había querido meter un pie en la puerta de la carrera de ingeniería de sonido, pero lo único que había querido era ser el protegido de Ray. Quería que su padrastro estuviera orgulloso de él, no quitarle el trabajo.

—Nunca quise eso.

Un resoplido burlón hizo que a Ray le diera un ataque de tos. Tomó otro trago largo de whisky antes de recomponerse.

—No importa. Está hecho. Tendrás que compensármelo. Otros dos mil dólares al mes deberían servir para mantenerme a flote por ahora.

¿Otros dos mil dólares al mes? El pánico le encogió el estómago, llenándolo de acidez. Ya le daba a Ray la mayor parte de su suelo. No tenía otros dos mil dólares al mes que darle incluso si quería hacerlo. Su trabajo no pagaba tanto.

Con un resoplido, Ray apuntó a Ellis con la boca de la botella.

—No te preocupes, chico. Te darán ~~con~~ un aumento con esa posición nueva. Puedes permitirte pagarle a tu viejo un poco de dinero para que se mantenga.

Cerrando los ojos, Ellis se preparó para defenderse.

—Estoy seguro de que puedes pedir la bonificación de desempleo…

Ray aulló a carcajadas.

—No cuando te han despedido con causa justificada, chico. Incluso si la causa ha sido un invento de un grupo de *queers* prejuiciosos con sus propios motivos.

Queers prejuiciosos. Ellis abrió los ojos y tuvo que obligarse físicamente a no ponerlos en blanco. La ironía cómica de la elección de adjetivo de Ray había alcanzado todo un nuevo nivel de ridiculez.

—Sabes, *queer* ya no es un insulto. La comunidad *queer* lo ha abrazado como propio de nuevo.

Ray se levantó sobre piernas temblorosas y caminó a través de la habitación para golpear el pecho de Ellis con un dedo.

—No lo estás entendiendo, hijo. Te he dicho una y otra vez que no te asocies con los artistas. ¿Ves lo que pasa cuando no escuchas? Tu noviete hace que me despidan sin una puta razón. Eso es culpa tuya. Este puto desastre solo ha pasado porque no te has podido guardar la polla en los pantalones.

De la boca de Ray salían vapores de whisky al mismo tiempo que las palabras viles y Ellis se encogió de dolor con la asquerosidad que conseguían unidas.

—Esto no tiene nada que ver con mi relación con Henry.

Con un rugido, Ray agarró la camisa de Ellis con ambas manos, dejando que la botella de whisky cayera al suelo. Afortunadamente el cristal no se rompió, pero los contenidos agrios salpicaron la habitación. Ellis se vería rodeado del recuerdo olfativo horrible de este momento durante una temporada.

—¿De verdad piensas que serás más que un punto en el radar de ese gamberro famoso una vez se vaya de Las Vegas? —Ray le miró con disgusto y le abofeteó la cara—. Aclárate las ideas. Va a dejarte atrás y no va a volver a pensar en ti nunca.

La ira bullía y hervía en la sangre de Ellis, pero, como siempre, el miedo superaba todo lo demás, dejándole clavado al sitio. Sin embargo, esta vez, encontró la voluntad de responder, aunque solo fuera verbalmente.

—No puede dejarme atrás si me voy con él cuando se marche.

Alejándose con un empujón, Ray se agachó para recoger la botella, prácticamente incapaz de volver a levantarse y dejarse caer sobre el catre mientras su equilibrio peleaba contra la gravedad. Tomando otro trago, le lanzó a Ellis una mirada dura por encima del culo inclinado de la botella.

—¿En serio piensas que es así como va a salir esto, chico?

Ellis no podía encontrar la fuerza para responder nada más y Ray dejó escapar una risa agria, dejando el whisky en la mesita de noche de cartón de Ellis. Poniéndose de pie, volvió a enfrentarse a Ellis con una expresión de disgusto en la cara.

—No vas a ir a ningún sitio. Tu familia te necesita aquí. Además, nadie más va a aguantarte como lo hacemos nosotros. No durante mucho tiempo.

Pero Ray estaba equivocado. Henry no solo quería que Ellis fuera con él, sino que había pasado la mayor parte de los últimos dos meses y medio tratando de convencerle de que lo hiciera.

—Eso no lo sabes.

Con un resoplido y una risa, Ray agarró la camisa de Ellis y le apartó de la zona segura de la puerta.

—En realidad sí. ¿Quieres saber cómo lo sé?

Cuando Ellis negó con la cabeza, Ray volvió a abofetearle antes de darle un golpe que le hizo tambalearse. Como había intentado apartarse esa vez, aterrizó sobre la oreja izquierda, además de sobre la frente y la mejilla. La quemazón le dolía hasta el alma.

—Lo sé, porque si piensas siquiera en dejarnos a tu hermana y a mí tirados, le diré a quien quiera escuchar lo que le hizo a ella. Les contaré como intentó violar a la pobre y menor de edad Suze. —Ray entrecerró los ojos y dejó escapar una carcajada—. No, cómo la violó. Tu hermana es buena actriz y me debe a mí su lealtad. Dirá lo que yo le diga y lo sabes.

La sonrisa de Ray se volvió siniestra cuando la sangre abandonó el rostro de Ellis y le dejó sin respiración y temblando.

—Eso es. Déjanos y destruiré a tu novio. ¿Piensas que te seguirá queriendo cuando seas la razón de que sus fans se vuelva en su contra y le llamen depredador sexual? ¿De una menor, además? Sin importar qué pase, ese escándalo le seguirá para siempre. Su legado estará manchado de por vida.

—Yo… —Ellis tragó saliva mientras en su mente contemplaba todas las posibilidades. Ray lo haría. No tenía ninguna duda al respecto. Mentiría y Suzette le seguiría el juego sin pensárselo dos veces. No importaba si Henry le seguía queriendo o no después de aquello. Ellis nunca haría nada para ponerle en riesgo para empezar y Ray lo sabía—. No me voy a ningún sitio.

Con una sonrisa satisfecha, Ray le alisó la camisa antes de darle unas palmaditas en el pecho.

—No pensaba que fueras a hacerlo. Pero ¿sabes qué más vas a hacer?

Dando un paso atrás deliberado para estar fuera del alcance de Ray, Ellis cruzó los brazos abrazándose a mí mismo.

—Me imagino que vas a decírmelo.

—Eso es. —Ray volvió a dejarse caer en la cama y cogió la bebida con una sonrisa amplia satisfecha. Inclinó la botella en un brindis, tomó un trago y después miró a Ellis a los ojos—. Vas a romper con Cinder. Si quieres que se vaya de Las Vegas con la reputación intacta, vas a romper con él. Ahora. Esta noche.

—Pero…

—Sin ningún puto pero, chico. —Ray apoyó un codo en la rodilla y miró a Ellis con un ojo vidrioso—. Tienes una familia de la que cuidar ahora que has hecho que pierda el trabajo. No tienes tiempo para juegos.

El vacío frío de lo inevitable se derramó sobre Ellis como un cubo de agua helada. Tembló y se abrazó con más fuerza. Si Ellis tenía que romperles los corazones a ambos para salvar la carrera de Henry y su reputación, lo haría. Henry se merecía algo más que un cliché de ruptura sin una explicación sincera y la oportunidad de decir algo al respecto, pero sabía que Henry no se tomaría la amenaza de Ray en serio si Ellis no lo hacía por él. Porque si Ray se decidía a hacer algo, pocas veces (o nunca) fracasaba.

Capítulo veinticuatro

Temblando de anticipación e impaciencia, Cinder paseó de un lado a otro del camerino. Después de que Kumiko le hubiera contado la oportunidad emocionante que había tenido Ellis de perseguir el sueño de su vida (hecho posible por el cese de esa serpiente Ray Brunswick, lo que hacía que fuera el doble de placentero), Cinder estaba ansioso por celebrarlo.

Sin embargo, pese a que Lizbeth se había presentado hacía una hora para darle un beso de despedida y llevarse a su mujer a casa, Ellis aún no había aparecido. Cinder estaba intentando darle tiempo, suponiendo que podría estar lidiando con algunas emociones conflictivas alrededor de que su gran oportunidad hubiera surgido a costa del despido más que merecido de su padrastro, pero esperar resultó ser más difícil de lo que pensaba. Sobre todo cuando estaba deseando elogiar a Ellis.

Cuando por fin se abrió la puerta del camerino, Cinder se dio la vuelta con una sonrisa grande y tonta, preparado para darle un abrazo. Sin embargo, la sola visión de Ellis con los hombros agachados y la vista fija en el suelo fue suficiente para a que se le parara el corazón.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

La puerta se cerró antes de que Ellis apoyara la espalda en ella y evitara mirar a Cinder.

—Tenemos que hablar.

¿Qué tenían esas tres palabras que hacían que un hombre se sintiera como si le acabaran de atravesar el corazón con una flecha? Incluso aunque nunca las había escuchado fuera de las películas o de historias traumáticas que le habían contado sus amigos, seguían teniendo el poder de hacer que se le debilitaran las rodillas. Cinder se dejó caer en el sofá como si le hubieran puesto un peso de plomo en el culo.

—Vale. ¿Sobre qué?

Frotándose la nuca, Ellis suspiró.

—Estoy seguro de que has oído lo de Ray.

Cinder apretó los labios para detener las maldiciones varias que tenía en la punta de la lengua.

—Sí.

Si ese cabrón le había hecho daño a Ellis… Cinder entrecerró los ojos e inclinó la cabeza para ver mejor el rostro de Ellis. Buscando signos de violencia.

Aclarándose la garganta, Ellis agachó la cabeza todavía más, como si pudiera sentir la mirada atenta de Cinder.

—Lizbeth me ofreció la oportunidad de ayudar ya que tenía que hacerse cargo del puesto de Ray. Yo… Dije que sí y… —Ellis tiró del borde de la camiseta y frotó la tela entre el índice y el pulgar—. Necesito concentrarme en esto ahora mismo. Tengo la oportunidad de hacer que mis sueños se vuelvan realidad y no puedo… No puedo fastidiarlo.

Cinder frunció el ceño.

—Vale. —Alargó la palabra. ¿Qué estaba tratando de decir? ¿Qué tenía que ver eso con él? ¿Con ellos?—. Te apoyo completamente en eso. Estaba más que contento cuando he oído las noticias.

Ellis cerró los ojos y apretó los dientes con tal fuerza que Cinder pudo ver cómo se movían los músculos de la mandíbula. ¿Por qué estaba tan nervioso? ¿Acaso no era aquello algo bueno?

—Tengo que… Tengo que concentrarme. —Ellis repitió aquella frase que no significaba nada, lo que seguía sin darle a Cinder una pista del tema de la conversación. Apretando los puños, Ellis dijo—: No puedo seguir haciendo esto. Todo esto. Nosotros. Es… Es demasiado. Tengo que concentrarme.

Aquello golpeó a Cinder como un saco de cemento, dejándole sin aire mientras le aplastaba el pecho con el peso doloroso. Se apoyó una mano sobre el corazón, como si de algún modo pudiera prevenir el daño emocional con una defensa física.

—No… No lo dices en serio.

El sonido de la puerta al abrirse atrajo la mirada acuosa de Cinder. Se tragó las lágrimas ardientes mientras Ellis se daba la vuelta con una mano en el pomo y un pie ya fuera de la puerta.

—Sí. Lo digo en serio. Lo siento, Henry. Lo siento muchísimo. —Con la voz rompiéndose, Ellis salió corriendo. La puerta se cerró con

un portazo detrás de él y dejó a Cinder rodeado de las esquirlas de su corazón roto.

~*~*~

Para cuando consiguió reunir todas las piezas fracturadas de su mundo y llegar a casa (prácticamente sin notar que Emmitt tuvo que quitarle las llaves y hacerle subirse al asiento del copiloto de su propio coche para llegar allí), Cinder no estaba de humor para sorpresas. Lo único que quería hacer era enterrarse en la oscuridad de su habitación bajo el peso de las mantas y no volver a salir hasta que encontrara la voluntad de volver a respirar. O no. Lo que fuera.

Pero la libertad de deprimirse y dejarse llevar por sus demonios personales desapareció cuando entró en el salón y se encontró a Lizbeth y a Kumiko sentadas en el sofá.

Kumiko se puso en pie de un salto al oír las pisadas de Cinder rechinando en el suelo de madera recién encerado. Tenía una expresión contraída mientras daba la vuelta al sofá con los brazos abiertos en una invitación.

—Ven aquí, querido.

Congelado, paralizado en algún lugar entre la depresión creciente y el alivio agradecido de no tener que entrar en una casa vacía, Cinder solo pudo mirar con impotencia al suelo.

Cuando los brazos de Kumiko le rodearon seguidos del vientre de Lizbeth golpeándole la espalda mientras se amoldaba a su cintura desde atrás, las lágrimas que había conseguido retener cayeron con ganas. Enterró la cara en el algodón suave de la camiseta de Kumiko y dejó que cada punzada de dolor y de su corazón roto le atravesaran a la vez, dejándole abatido y arruinado, al mismo tiempo que estaba protegido de los bordes más afilados gracias a la presencia cálida y reconfortante de sus amigas más cercanas.

Le sostuvieron durante lo peor de los sollozos que le recorrían el cuerpo entero y después Lizbeth se dirigió a servirles una copa (algo alcohólico para Cinder y Kumiko y algo virgen para ella) mientras Kumiko le acompañaba al baño. Le hizo salpicarse la cara con agua fría y le acarició la espalda en círculos relajantes.

—Diría que lo siento por allanar tu casa, pero no es verdad. Además, nos diste una llave. Cuando AJ nos ha llamado y nos ha dicho que estabas realmente afectado por algo, hemos venido derechas aquí. Habla conmigo, querido. ¿Qué ha pasado?

Secándose la cara con la toalla que le pasó Kumiko, Cinder suspiró y se dejó caer en el borde de la bañera.

—Ellis y yo… Hemos roto.

Kumiko se unió a él en la bañera y entrelazó los dedos con los suyos.

—El amor nunca es fácil, querido. Es aún más complicado cuando añades fama y dinero al cóctel. Siempre consigue enturbiar las cosas cuando las dos partes no son iguales en ese aspecto.

Cinder negó con la cabeza.

—Pero no es así con Ellis. Nunca lo ha sido. Sabes que no le dije quién era cuando empezamos a hablar y, una vez lo descubrió, su mayor preocupación era pasar desapercibido porque no quería que todo el mundo se enterara de lo nuestro. No es como si estuviera intentando utilizarme. Me quiere por quién soy.

Kumiko le apartó el flequillo húmedo de la frente.

—Sé que lo hace, querido. Pero ser la pareja de alguien con el tipo de vida que tú llevas puede ser difícil en el mejor de los tiempos. —Una sonrisa, mezcla de melancolía y tristeza le asomó a los labios—. Conocí a mi primer amor cuando era una estrella en alza y yo todavía era una don nadie que corría entre bastidores con una carpeta y un sueño. El nivel de la fama de Jillian no había llegado ni siquiera a estar cerca de dónde estás tú y aun así, pese a que mi meta fuera una carrera en la carretera rodeada de celebridades ilustres, todo ello me abrumó sobremanera. ¿Puedes imaginarte cómo debe sentirse Ellis, sobre todo sabiendo que nunca ha querido este tipo de vida?

—Lo sé, pero… —La respuesta quejosa murió en sus labios cuando las palabras de Kumiko el atravesaron el cerebro adormilado. Tenía sentido. Demasiado. Ellis nunca había querido un novio famoso. Había intentado mantener su relación en secreto al principio y lo único que había querido era vivir una vida normal.

Cuando Cinder había escondido su identidad al empezar su relación, no estaba únicamente mintiéndole. También estaba evitando que tomara una decisión informada. Cinder siempre había asumido (claramente de forma incorrecta) que las cosas solo funcionaban en un sentido. Que todo el mundo quería ser conocido y famoso, vivir una vida de opulencia y extravagancia. ¿Había indicado alguna vez Ellis que quería cualquiera de esas cosas?

No. Nunca. De hecho, Ellis había dicho tan claramente como era posible que prefería el anonimato a la celebridad. Quería ganarse las cosas que tenía, no quería que se las dieran. Quería vivir en paz, no en lujo.

Y ahí estaba Cinder, ignorando lo que Ellis quería. Lo que había intentado decirle que necesitaba una y otra vez. En lugar de ello, demasiado acostumbrado a conseguir todo lo que quería en la vida sin preocuparse de lo que podría significar dárselo para las personas que le rodeaban, Cinder se había concentrado en sus propios deseos. Le había concedido a Ellis momentos de normalidad a regañadientes, pero por las razones incorrectas y acompañados demasiado frecuentemente de momentos que iban mucho más allá de la zona cómoda de Ellis.

Por el amor de Dios, le había dicho a Ellis que le quería por primera vez con una canción. Y no con una cualquiera. Había elegido cantar una balada de amor muy personal frente a una audiencia de más de cuatro mil personas.

¿Es que no había prestado atención en ningún momento?

Kumiko le acarició la mejilla con la mano y le sacó de sus pensamientos tumultuosos.

—No te tortures, querido. Todas las relaciones pasan por baches y se construyen cediendo y no martirizando. Si de verdad quieres que las cosas funcionen, tienes que encontrar ese punto medio. Dar un poco y tomar un poco. Los dos.

Cinder asintió. Pero aun así no estaba convencido de que las cosas fueran tan sencillas como Kumiko decía. A lo mejor si hubiera empezado con eso en mente… Pero… ¿Era ceder un poco lo suficiente para arreglar el daño que había causado?

Probablemente no.

Si quería recuperar a Ellis, tendría que hacer algo más que presentarse con una táctica incompleta de negociación y una oración. Tendría que pensar en algo que probara que le entendía y que no cometería de nuevo los mismos errores.

No tenía ni idea de qué podría ser ese algo, pero lo descubriría. En algún momento. Mientras tanto, le daría a Ellis el espacio que le había pedido.

Con un suspiro, Cinder se levantó y le alargó una mano a Kumiko.

—Venga. Vamos a beber algo con Liz y después podéis sorprenderme con vuestra última lista de nombres de bebé.

Kumiko rio mientras Cinder la acompañaba de vuelta al salón, donde aceptaron los vasos que les ofreció Lizbeth y se acurrucaron juntos en el sofá.

El corazón de Cinder todavía estaba en carne viva y seguía doliéndole, pero estar rodeado del amor de la familia que había encontrado (una de las mejores bendiciones) ayudó a apaciguar el dolor. Se acomodó entre ellas y dejó que los abrazos reconfortantes y la charla amable le calmara los nervios y le apoyara para la noche solitaria que tenía por delante.

~*~*~

Después de que Kumiko y Lizbeth volvieran al fin a su propia casa, Cinder paseó por la suya sorbiendo del vodka con zumo de arándanos que Kumiko no se había terminado. Revivió los recuerdos de los días y noches sin preocupaciones que había pasado allí con Ellis, solidificando aún más su determinación de recuperar al amor de vida.

Pero cuando llegó al dormitorio y se metió en la cama solo por primera vez en meses, reapareció el peso doloroso de la desesperanza. El poco alivio que había encontrado en el consuelo de la compañía de sus mejores amigas se disolvió, dejándole emocionalmente magullado y desolado.

Mientras se hacía una bola y atraía la almohada de Ellis contra su pecho como sustituto inútil del cuerpo cálido que anhelaba, la mano

de Cinder rozó algo suave de algodón. Teniendo en cuenta que sus sábanas eran de seda, el contraste de texturas hizo que abriera los ojos mientras retorcía la tela entre los dedos.

Liberándola de donde se había quedado encajada entre el cabecero y el colchón, Cinder se dio cuenta de que era una camiseta. Una de las camisetas de Ellis. Una nueva oleada de desesperanza le recorrió mientras la apretaba contra el pecho y hundía la cara en la tela que aun olía muchísimo a Ellis.

Tan repentina como la oleada de angustia, una risa forzada escapó de la garganta de Cinder cuando se dio cuenta de algo realmente absurdo. Si Ellis era el príncipe de Cinder que había escapado (huyendo cuando el reloj dio la medianoche porque solo había estado fingiendo que encajaba en el mundo caótico de Cinder), entonces a lo mejor esta camiseta era su zapato de cristal.

Algo dejado atrás para darle al príncipe abandonado, deprimido en su trono, un poco de esperanza de forma involuntaria.

Capítulo veinticinco

—Estás dejando pintura en todo el puto marco. —Ray golpeó a Ellis en la cabeza y apuntó a una gota diminuta de pintura que había escapado de la protección que Ellis había puesto con mucho cuidado —. Te he dicho que tuvieras cuidado, joder.

Murmurando una disculpa, Ellis sacó un trapo del bolsillo trasero y limpió el lugar antes de continuar pintando el salón de su padrastro. Pese a que estaba en paro y por tanto bebiendo más y de forma más frecuente, Ray todavía encontraba cosas que inventarse para mantener a Ellis ocupado.

Lo que, a largo plazo, probablemente era una bendición.

Si no hubiera pasado cada momento despierto fuera del trabajo que pagaba las facturas haciendo las tareas al azar que Ray había pensado para él ese día, Ellis no estaba seguro de que hubiera sobrevivido a las últimas semanas.

Después de cumplir con la exigencia de Ray de romper con Henry, Ellis había estado hecho un desastre. Y sin la válvula física de escape que le daba el trabajo de tramoyista, dudaba que hubiera mantenido la cordura haciendo solo las pequeñas tareas que se necesitaban para mantener su alojamiento en el teatro.

No era que no le encantara trabajar con Lizbeth y que confiaran en él lo bastante para que le enseñara y le guiara alguien experto en su trabajo de ensueño; alguien que había descubierto que era mucho mejor en su trabajo que el hombre al que había idealizado durante toda una vida. Pero si su cuerpo no estaba agotado cuando se iba a la cama cada noche, el sueño le evitaba. Y, sin el descanso adecuado, concentrarse en los detalles de los deberes de su trabajo como ingeniero de sonido era mucho más difícil de lo que lo había sido nunca sobrevivir a un día de tareas físicas para las que no tenía que pensar.

Pero todo terminaba ese mismo día. La última actuación de Henry era esa noche y, después de aquello, Ellis no tenía ni la más remota idea de qué esperar. No había escuchado nada de qué pasaría una vez la gente de Cinder se fuera y el Colosseum fuera

ocupado por la siguiente actuación. ¿Le degradarían de nuevo a sus deberes de tramoyista una vez Lizbeth ya no estuviera o le habían ascendido de forma permanente a asistente de audio?

Todavía más apremiante era la pregunta de qué haría una vez Henry ya no estuviera. Era duro verle en el escenario todos los días, cantando y bailando y con el aspecto de no tener el corazón roto en un millón de piezas irreparables como el de Ellis. Sobre todo, cuando cantaba a pleno pulmón la canción *Until I Found You* con tanto amor como lo había hecho siempre.

¿No era eso lo que Ellis quería? Quería que Henry siguiera adelante. Quería que encontrara paz y felicidad en una vida sin Ellis, aunque le doliera ver cómo pasaba mientras él seguía teniendo el corazón roto y seguía siendo inconsolable. Especialmente sabiendo que después de esa noche ya no tendría el consuelo de la presencia física de Henry para amortiguar el dolor.

—Cuando hayas terminado aquí, el recibidor necesita una capa. Hay que hacer que el lugar esté presentable. —Ray tomó un sorbo del veneno de color ámbar que le llenaba el vaso y se apoyó contra el marco opuesto de la puerta al que Ellis estaba trabajando—. Nuestro primer día de puertas abiertas es este fin de semana.

Ellis se quedó congelado con el rodillo a medio camino entre la bandeja y la pared.

—¿Día de puertas abiertas?

Con un resoplido, Ray tomó otro trago.

—¿Qué pensabas que iba a pasar? He perdido mi trabajo y tú no ganas lo bastante para mantenernos y hacer los pagos de la casa. Necesito dinero, y este viejo lugar tiene un patrimonio decente.

El dolor atravesó el corazón ya dañado de Ellis y dejó que el rodillo cayera en la bandeja sin preocuparse de las salpicaduras.

—No puedes hacerlo. Prometiste que mientras yo siguiera cumpliendo con los pagos no venderías la casa. Lo prometiste.

Ray removió el vaso y el hielo golpeó el cristal caro. Entrecerró los ojos, pero una expresión distante se apoderó de su rostro antes de que su ceño fruncido se volviera casi triste.

—Yo también quería a tu madre y este lugar tiene recuerdos agradables para los dos. Pero un hombre tiene que vivir y encontrar

trabajo en mi campo no es pan comido. Probablemente tendré que irme de Las Vegas para encontrar otro trabajo y vender la casa quiere decir que tendré la libertad para hacerlo. Además, nos da a mí y a Suze algo de lo que vivir mientras tanto.

Los pensamientos le nadaron en el cerebro con las palabras de Ray. Flotaron enfocándose y desenfocándose hasta que perdieron todo el significado. Se frotó las sienes en un intento vano de hacer que sus pensamientos tuvieran algún tipo de coherencia.

—Pero… Rompí con Henry.

Resoplando, Ray entrecerró los ojos.

—¿Qué tiene eso que ver con que yo venda la casa y me largue de aquí?

No tenía sentido. Ray había hecho que Ellis rompiera con Henry porque… ¿Por qué? Todo le parecía confuso. El único recuerdo que destacaba en contraste con el desastre neblinoso que le recorría la mente era la amenaza real que Ray había hecho. La amenaza de arruinar a Henry. De etiquetarle como agresor sexual. De decir que había puesto las manos (ente otras cosas, sin duda) sobre una menor contra su voluntad.

Pero había amenazado hacerlo si Ellis no cuidaba de él, ¿no? No había querido que Ellis se marchara. No quería que Ellis dejara de darle dinero o de seguir sus órdenes.

Así que, si Ray iba a irse de la ciudad, si Ray iba a vender la casa por el dinero y a huir a un lugar desconocido, ¿qué significaba eso para Ellis? Más importante, ¿qué significaba para Henry? ¿Se mantenía todavía la amenaza o estaba Ray lavándose las manos de Ellis en todos los sentidos, incluido preocuparse de con quién salía?

Una oleada de ansiedad fría recorrió el cuerpo de Ellis antes de que una explosión de ira acalorada ocupara su lugar. Cerró los puños mientras se volvía hacia su padrastro.

—He trabajado hasta dejarme la piel para tener bastante dinero para hacer esos pagos cada mes. Esta era la casa de mi madre, no la tuya. Te gastaste el dinero de su seguro de vida en lugar de pagar la hipoteca como te había pedido y después te hundiste en un pozo tan profundo con las apuestas que tu única opción fue pedir una segunda hipoteca o perder la casa. Así que lo hice. Bueno, lo hiciste

tú, pero yo he pagado cada centavo. Esta es mi casa más que la tuya.

Inclinando la cabeza, Ray movió la mandíbula de un lado a otro mientras estudiaba a Ellis.

—¿Y qué hay de todos esos años que pagué por esta puta casa mientras cuidaba de un niño que ni siquiera era mío? ¿Has tenido eso en cuenta en tu reclamación extravagante?

El dolor intentó aflorar, seguido del miedo, pero Ellis no dejó que echaran raíces. Esa vez no.

—Hubieras podido pagar la casa y pagar lo que yo necesitaba con la póliza de seguros de mi madre. Se aseguró de ello. No es culpa mía que decidieras tomar malas decisiones financieras. Tú eras el adulto en esa situación, no yo.

Esas palabras finales hicieron eco en la mente de Ellis, agriándole el estómago. En realidad, él había sido el adulto en su relación con Ray desde mucho antes de su decimoctavo cumpleaños. Y, sin embargo, seguía permitiendo que Ray le intimidara y le controlara.

Ya no. Había terminado. No solo era más grande que Ray, también era más inteligente. Después de quitarse los guantes de trabajo, se los metió en el bolsillo trasero y caminó hacia Ray. Utilizó su tamaño mayor y la oleada furiosa de ira que le recorría libremente las venas para reunir fuerza y apuntó al pecho de Ray con un dedo como él le había hecho a Ellis veces incontables en el pasado.

—Ya no pienso dejarme amedrentar por ti. —Ellis disfrutó del movimiento de sorpresa de las cejas de Ray—. No eres más que un fracasado y yo no voy a dejar que sigas arrastrándome por el fango contigo.

—No puedes…

—Oh, sí que puedo. —Ellis paseó la mirada por la habitación conocida, pero, por primera vez en más tiempo del que podía recordar, la miró de verdad. Los recuerdos de su madre seguían llenando el espacio. Su mecedora favorita, en la que solía tejer mientras él veía los dibujos, seguía allí, solo que la habían relegado a una esquina y ahora se usaba para dejar ropa descartada y apilar el correo sin abrir. El bol que usaba llenándolo con un popurrí de olor

a rosas estaba sobre la mesa antigua que había comprado en un impulso cuando había llevado a Ellis en una de sus muchas aventuras de compras en mercadillos de segunda mano, pero tanto el olor de las rosas como la diversión sin preocupaciones de esas excursiones de los sábados habían desaparecido no mucho después de que Ray apareciera en sus vidas.

Había dicho que era alérgico a las «aromas fuertes» y creía que las compras de segunda mano eran indignas. Después de todo, podía permitirse comprarle cosas nuevas, así que ¿por qué rebajarse con compras de segunda mano?

En realidad, Ray había estado intentando controlar a Maggie. Nunca le había gustado que intentara aferrarse a algo de los años antes de que conociera a Ray. Y eso incluía a Ellis.

Esta casa, el lugar que Ellis había luchado por mantener durante tantos años agonizantes y sin frutos, ya no se parecía al hogar que había conocido una vez. Ya no era de su madre y, cuanto más lo pensaba, más obvio le parecía.

No era la casa a la que él quería aferrarse. Era su recuerdo. Y si estar con Henry le había enseñado algo era que el amor no requería atarse a un espacio físico para ser real. Después de todo, ya no tenía acceso a ninguno de los lugares en los que había creado memorias con Henry (su casa, su vestuario, el camerino que estaba abierto solamente para la banda y sus invitados). Y, aun así, los recuerdos de Henry nunca habían desaparecido.

Nunca lo harían, igual que no lo harían los recuerdos de su madre. Siempre que Ellis los mantuviera vivos en el corazón, no importaba dónde estuviera. Siempre estarían con él.

Ellis se quitó un peso de encima.

—Vende la casa. Ya no importa. De hecho, adiós y hasta nunca. Espero que encuentres la felicidad en algún lugar muy, muy lejano. Pero, si no puedes, ni pienses en venir arrastrándote aquí pidiendo dinero.

Furioso, Ray miró a Ellis de un modo que, solo dos minutos antes, le hubiera hecho encogerse de miedo. En lugar de eso, afianzó la determinación de Ellis. Estiró la espalda.

—En realidad, hay algo más que tengo que decir antes de salir por esa puerta y no volver a pensar en ti nunca más.

Ray resopló por la nariz y cruzó los brazos mientras el licor se tambaleaba con peligro en el vaso.

—¿Sí? ¿Y qué es?

Estirándose hasta alcanzar su altura completa, Ellis miró a su padrastro desde arriba por primera y última vez.

—¿Toda esa mierda que estabas amenazando con llevar a la prensa sobre Henry? Si dices tan solo una palabra contra él o contra su reputación, te arrepentirás de haberlo hecho.

Esa vez Ray volvió a resoplar.

—Qué duro eres de repente, ¿eh? —Puso los ojos en blanco—. No te preocupes. Tu amiguito está a salvo de mí. No tengo razón para tenerte más a mí alrededor, después de todo. Ve y arrástrate de vuelta si quieres. No es que vaya a durar. Es demasiado bueno para alguien como tú.

Ellis sacudió la cabeza y de sus labios salió una risa sin ninguna alegría.

—No sé por qué me has intimidado alguna vez. No eres más que un viejo débil y asustado que está demasiado mal de la cabeza para darse cuenta de lo que es bueno para él y lo que no lo es. —Apuntó una última vez a la cara de Ray, solo para sentir la alegría de dejar ir otra capa de miedo—. Cuando llegues a donde sea que vayas, cómprate un saco de boxeo. Porque si alguna vez escucho que estás pagando tus sentimientos frágiles y fácilmente heridos con Suze del modo que has hecho conmigo durante los últimos veintiún años, te perseguiré y te haré probar tu propia medicina.

Dicho eso, Ellis se dirigió hacia la puerta principal y la cerró de un portazo al salir,

Prácticamente flotó en el camino de vuelta al teatro y su corazón fragmentado encontró alivio por primera vez en semanas. Puede que fuera la última noche de Henry en Las Vegas, pero, si Ellis tenía algo que decir al respecto, no habría otro adiós en su futuro.

Tendría que encontrar el mejor modo de disculparse y arreglar lo que había roto con Henry, pero el amor que sentía en el corazón le decía que cualquier cosa era posible.

Sobre todo si contaba con un poco de ayuda.

~*~*~

—Esto es posiblemente lo más romántico que he visto nunca. —Lizbeth se secó los ojos llorosos con un pañuelo—. Cinder se va a caer redondo cuando te vea.

Ellis estaba de pie frente a un espejo de tres hojas con los brazos abiertos en forma de T y las piernas abiertas a la altura de los hombros. Un hombre delgado como un palo con gafas redondas de montura de metal y un peinado cruzado estaba agachado frente a él poniendo alfileres en la tela de un par de pantalones de traje color gris acero.

De pie al lado de Ellis con la mirada fija en el sastre mientras trabajaba en los pantalones de Ellis, Kumiko murmuró en asentimiento.

—Ese chico ha estado deprimido y quejándose como si alguien hubiera atropellado a su perro y le hubiera dado una patada en la entrepierna al mismo tiempo. Puede que le dé un cortocircuito cuando todos sus sueños se vuelvan realidad en un solo instante.

Poniendo los ojos en blanco, Ellis miró a Lizbeth, que había soltado otro sollozo con las palabras de Kumiko, por encima del hombro.

—Para ser alguien que dice ser una mujer dura, la verdad es que lloras un montón.

Lizbeth gruñó y le lanzó un pañuelo arrugado a la cabeza. Ellis evitó el ataque y se le clavó un alfiler en el tobillo en el intento. Con un grito, miró al sastre, que le devolvió la mirada con una ceja levantada como diciendo: «Te he dicho que te estuvieras quieto. Esto es lo que te pasa por no hacer lo que te dicen».

Riéndose, Lizbeth levantó las manos con un gesto inocente cuando Ellis le lanzó una mirada fulminante.

No podía creerse que hubiera dejado que Lizbeth y Kumiko le convencieran de comprarse un traje a medida en primer lugar, pero ahora que estaba a punto de tener uno, la emoción le burbujeaba bajo la piel. No es que a él le preocupara su aspecto, sobre todo, no

se preocupaba por si su traje caro de cojones era de diseño y adaptado a medida para él.

Pero cuando Kumiko y Lizbeth habían escuchado su grito de ayuda y le habían apuntado hacia esa dirección, ¿qué se suponía que iba hacer? No iba a decir que no, que lo sentía y había cambiado de idea.

Eso era imposible. Especialmente después de que Lizbeth hubiera bailado en un círculo a su alrededor y declarado que ella y Kumiko eran sus hadas madrinas enviadas para prepararle para el baile con su príncipe. ¿Cómo iba a decirle nadie que no a una mujer emotiva embarazada que quería vestirle con ropa elegante para que pudiera sorprender al hombre que amaba y, con suerte, recuperar su corazón en el proceso?

La última actuación de Cinder había sido la noche anterior. Después de hablar con Lizbeth durante la actuación y reunirse con ella y con Kumiko después, el trío había ideado un plan. Para celebrar el final de su contrato en Las Vegas, Henry iba a dar una fiesta de disfraces en la preciosa casa del desierto. Iba a estar abarrotada de famosos codo con codo con las personas de menos importancia que hacían posible las actuaciones de Henry, lo que quería decir que a Ellis le habían invitado.

Sin embargo, Kumiko y Lizbeth le confirmaron que Henry no pensaba que fuera a ir. Así que si Ellis aparecía (y vestido de punta en blanco como insistía Lizbeth) tenía la sorpresa asegurada.

Pero aparecer no era suficiente. Ellis también tenía que pedirle perdón a Henry. Aunque aún no estaba seguro de si podía ir de gira con Henry (o incluso si de eso todavía era una opción), Ellis quería por lo menos intentar una relación a distancia. No quería perder a Henry para siempre. No, no podía.

Solo esperaba que Henry sintiera lo mismo.

Cuando el sastre terminó de tomarle medidas y le prometió que tendría el pedido caro y apresurado listo para la hora que habían acordado esa noche, Ellis siguió a Lizbeth y a Kumiko a una cafetería en la misma calle en la que podían seguir planeando la estrategia.

Una vez recogieron las bebidas calientes y azucaradas (cafés con leche para Kumiko y para Ellis y chocolate caliente para Lizbeth) se

sentaron alrededor de una de las mesas cursis de metal con sillas de madera diferentes. Lizbeth metió el dedo en la nata de la taza de Kumiko y gimió con gusto mientras lo lamía.

—Vale, tu vestido con lentejuelas está de camino. ¿Qué viene ahora?

—¿Vestido con lentejuelas? —Ellis entrecerró un ojo—. Será mejor que no me hayas tomado medidas en secreto para un vestido o estás despedida y haré esto solo.

Kumiko resopló y alejó su bebida del alcance de Lizbeth antes de que pudiera meter otro dedo y robarle más nata.

—Nada de vestidos, lo prometo. Sin embargo, como tus hadas madrinas, es nuestro deber ver que estás completamente preparado para presentarte en el baile y hacer que tu príncipe caiga rendido a tus pies.

Rindiéndose y esnifando cuando Kumiko alejó más aún la taza y Ellis hizo lo mismo cuando le miró a él, Lizbeth se apoyó en el respaldo de la silla. Entrelazó los dedos sobre el vientre prominente y miró de Kumiko a Ellis.

—Vale, lo pregunto otra vez. ¿Qué viene ahora?

Con un tarareo, Kumiko se dio golpecitos con el dedo sobre los labios fruncidos.

—Bueno, tendrá el traje. Y nuestro coche de alquiler será su calabaza de transporte. ¿Qué tal una tiara? ¿O zapatos de cristal? ¿Igual un par de esos guantes largos elegantes?

Lizbeth se tapó la boca con una risita cuando Ellis gruñó y dejó caer la cabeza sobre la mesa con un golpe seco. Le dio unas palmadas en el hombro, pero siguió hablando con la voz llena de humor.

—Tengo una idea mejor. Por qué no le hacemos la pregunta.

Levantando la cabeza para ver a Lizbeth apretando los labios para esconder una sonrisa, Ellis miró a Kumiko y la vio asintiéndole a su mujer con aprobación.

Con un gritito, Lizbeth se giró en el asiento y abrió la boca para probablemente hacer la pregunta, pero Kumiko levantó una mano para que se detuviera.

—Espera. Antes de que digas nada, tengo que decir algo importante. —Apuntó a Ellis y su expresión era más seria de lo que Ellis la había visto nunca—. Quiero que quede claro que lo que Lizbeth está a punto de preguntarte no tiene nada que ver con Cinder, incluso aunque parezca que puede que sea al menos un poco sobre él. ¿Entendido?

—Sí, esta ha sido decisión nuestra. —Lizbeth apoyó una mano en el antebrazo de Kumiko—. Cin ni siquiera sabe que te lo estamos preguntando y, no importa lo que pase entre vosotros, la pregunta sigue siendo la misma.

Ellis frunció el ceño.

—Eh… vale.

—Bien. —Lizbeth sonrió y miró una vez más a Kumiko antes de mirar a Ellis con unos ojos parecidos a una nube de tormenta—. Como sabes, voy a ser madre pronto. Con todo el terror que eso conlleva. —Abrió mucho los ojos y apoyó una mano protectora sobre el estómago—. Sin embargo, con miedo o sin él, va a ser algo a largo plazo para mí. Quiero ser una gran parte de la vida de esta niña y no quiero que la críe una niñera.

Kumiko cogió la mano de su mujer y entrelazó los dedos de ambas mientras sonreía para alentarla.

—De todos modos. —Lizbeth apoyó la cabeza en el hombro de Kumiko y dejó escapar un suspiro alegre—. He decidido ser una madre que se queda en casa. O, para ser más precisa, una madre que sigue a su mujer de gira.

Cuando Lizbeth no dijo nada más, pero las dos le miraron como si estuvieran esperando que él dijera algo, Ellis arrugó la nariz.

—Vale, ¿qué me estoy perdiendo? A ver, me alegro por ti, de verdad, pero no estoy seguro de qué tiene que ver eso conmigo.

Mirando hacia arriba con exasperación, Lizbeth se liberó del agarre de Kumiko para poder inclinarse hacia Ellis y colocarse frente a él casi tocándole la nariz con la suya.

—Claro que tiene que ver contigo. ¿Por qué crees que he estado enseñándote a llevar el sonido de Cinder? Quiero que ocupes el puesto de ingeniero de sonido en la gira. De forma permanente. Porque, acuérdate, voy a ser una madre que sigue a su mujer de

gira. Se acabó ser ingeniera de audio para mí. A no ser, por supuesto, que necesites un poco de ayuda o decidas, yo que sé, romperte el brazo o algo. Entonces estaré allí como refuerzo.

Los pensamientos de Ellis se detuvieron y se quedó congelado con la boca abierta.

Riéndose, Lizbeth volvió a ponerse cómoda entre los brazos de Kumiko.

—Voy a pensar que eso es un «sí». Entonces, golpeador, vamos a tener el vestido, eh, perdón, el traje, y ahora también tienes respuesta a todos tus problemas. Puedes suplicarle a tu hombre que te perdone y prometerle que vas a seguirle hasta los confines de la tierra mientras sigues manteniendo tu independencia. No solo eso, sino que también estarás persiguiendo tus sueños. Lo mejor de todos los mundos, en mi opinión.

—Yo… —Ellis sacudió la cabeza intentando aclarar el lodo de la sorpresa de las tuercas interiores para que se movieran hacia adelante y dejaran que su cerebro volviera a procesar pensamientos —. No puedes. Quiero decir, no puedo. Nunca he sido ayudante de audio. Ni siquiera me he ocupado nunca de los micrófonos. ¿Cómo puedo convertirme de repente en ingeniero de audio sin ninguna experiencia? Es… es ridículo.

Kumiko resopló.

—No, no lo es. Mi Lizzy es una criatura cabezota. También es muy protectora con su trabajo y con las personas a las que quiere. Lo que incluye a Cinder. No dejaría que cualquiera le llevara el audio y está impresionada con lo que ha visto estas últimas semanas. Tienes un talento natural. Y, si necesito recordártelo, creciste con un ingeniero de audio como figura paterna. No era un padrastro de calidad, pero conocía bastante bien el negocio. Y es obvio que tú prestaste atención. Sabes mucho más de lo que crees.

—Venga. —Lizbeth se levantó de la silla con ayuda de Kumiko—. Tenemos una manicura y pedicura programada en menos de veinte minutos. Después tenemos que llevarte a casa para que te duches y te prepares un poco. El encargado de peluquería y maquillaje de Cinder ha aceptado venir esta tarde para cortarte el pelo, así que estarás preparado del todo.

Aturdido, Ellis dejó que sus hadas madrinas le secuestraran para pasar una tarde cuidándose y preparándose antes del baile. Después sería cosa suya cazar a su príncipe y asegurar el final feliz para siempre que ambos se merecían.

Capítulo veintiséis

El personal que se encargaba de la gira de Cinder había pasado el día recogiéndolo todo y preparándose para la gira, lo que significaba que estaban desahogándose como bien se merecían. La fiesta estaba en su punto álgido y todo el mundo estaba pasándoselo bien. Todos menos él.

No era justo que Cinder se quedara bajo su propia nube negra de cascarrabias toda la noche cuando habían invitado a toda esa gente a su casa para una fiesta. Pero daba igual cuánto lo intentara, no podía encontrar ni siquiera un poco de alegría en la que apoyarse. No cuando esa «celebración» señalaba su última noche en Las Vegas. No cuando prácticamente garantizaba que no volvería a ver a Ellis.

¿Cómo se suponía que iba a encontrar la felicidad y la luz en un mundo sin el hombre al que amaba? Y sabe Dios que lo había intentado. Después de tratar de hablar con Ellis de forma patética y sin éxito con la esperanza de discutir su decisión y a lo mejor llegar a ese acuerdo mágico del que Kumiko había hablado, Cinder se concentró en su lugar en aceptar la situación.

Estaba claro que Ellis había tomado una decisión y que seguir dándose cabezazos contra esa pared inmóvil de esperanza no estaba ayudando en nada a Cinder. Sin embargo, no había tenido mejor suerte aceptando la situación que la que había tenido intentando hacer hablar a Ellis.

Se frotó el pecho con una mano como si el gesto pudiera de alguna forma amortiguar el dolor constante. Devolvió unos cuantos saludos de su personal y amigos y consiguió sonreírles.

Vio a Kumiko y a Lizbeth atravesando la multitud, parándose a saludar y hablar con todo el que se cruzaban. Sus rostros sonrientes emitían un brillo alegre que solo se veía en el amor verdadero más puro. Cuando llegaron al lugar en el que Cinder estaba de pie, los ojos de Lizbeth brillaron con picardía mientras Kumiko se inclinaba para darle un beso en la mejilla.

—Hola, querido. —Kumiko se pasó la lengua por los labios. Se le daba mucho mejor que a su mujer esconder cosas, pero Cinder la conocía desde hacía demasiado tiempo como para no ver los tics que intentaba disimular apartándose el flequillo con un gesto exagerado.

Entrecerró los ojos.

—¿Qué os traéis entre manos?

Abriendo mucho los ojos con inocencia fingida, Lizbeth negó con la cabeza.

—Nada de nada. No puedo ni imaginarme por qué preguntas algo como eso.

Cinder resopló y pasó la mirada de Lizbeth a Kumiko. Ambas llevaban puesta una máscara de inocencia puritana.

—Ya, seguro, parecéis tan culpables como es posible parecerlo. ¿Qué habéis hecho?

Antes de que ninguna de las dos pudiera evitar responderle de nuevo, la voz del DJ retumbó en la casa.

—Damas, caballeros y enebés, tengo una petición especial que me atrevo a decir que os va a encantar a todes. Mientras que no tenemos una grabación profesional disponible todavía, por favor disfrutad de esta canción de nuestro anfitrión. De un disco todavía inédito, aquí está *Until I Found You*, de Cinder, grabada en directo en el Colosseum.

—¿Qué coj…? —Cinder frunció el ceño y pasó la mirada por el salón hacia donde la cabina del DJ estaba colocada en una esquina. Se le encogió el estómago y se le hizo un nudo en la garganta.

No podía ser… ¿No?

Separando la multitud como las aguas del mar Rojo, Ellis caminó a través de la habitación hacia Cinder. Llevaba lo que parecía ser un traje a medida de color acero con una camisa azul cielo y una corbata plateada. El pelo ondulado estaba peinado hacia atrás y le brillaban los ojos preciosos con lágrimas sin derramar que hicieron que Cinder se quedara sin respiración.

Kumiko le apretó el brazo y Lizbeth le guiñó un ojo antes de que las dos se apartaran y dejaran que Ellis ocupara el lugar frente a

Cinder. Bajo la mirada silenciosa e hipnotizada de los asistentes a la fiesta, Ellis estiró la espalda y alargó una mano.

—¿Me concedes este baile?

Sin saber qué decir, todo lo que Cinder pudo hacer fue asentir. Aceptó la mano que le ofrecía Ellis y le siguió al centro de la habitación hasta que la cautivada multitud les rodeaba a una distancia segura pero fascinados por la escena.

Ellis atrajo a Cinder cerca, poniéndole una mano en la espalda y apoyando la frente en la suya.

—Lo siento mucho. Nunca podré expresar con palabras el arrepentimiento y el dolor que siento por la forma en que terminé las cosas. Estuvo mal por un millón de razones diferentes, la más importante es que sabía cuánto daño te haría y lo hice de todas formas.

Cinder cerró los ojos y disfrutó de la sensación de tener a Ellis entre sus brazos, algo que había estado convencido que sería un regalo del que nunca volvería a disfrutar.

—No pasa…

—No, sí que pasa. —Ellis negó con la cabeza y le agarró con más fuerza—. No quería decir nada de lo que dije. Nunca quise perderte y nunca me sentí abrumado. No en las cosas que importaban. No con nosotros. No por nosotros.

Abriendo los ojos, Cinder vio la mirada acuosa de Ellis clavada en la suya. Todavía tenían las frentes juntas de modo que las palabras podían caer como susurros privados solo para sus oídos. De fondo, la voz de Cinder cantaba sobre encontrar el final feliz, algo que Cinder prácticamente había descartado durante las últimas semanas.

Ellis suspiró con irritación y se apartó para observar la estancia. Se sonrojó cuando pareció darse cuenta de lo cautivada que estaba la audiencia por ellos, pero de todos modos volvió a centrar su atención en Cinder. Para alguien que odiaba ser el centro de atención tanto como Ellis, ese gesto ya significaba muchísimo.

—Te quiero, Henry. Fui débil y me dejé influenciar por cosas que nunca deberían haber jugado ningún papel en nuestra relación. Cosas que no merecen tener tanto poder sobre mí y que aun así siempre parece que… que… —Ellis gruñó y cerró los ojos durante un

momento de lo más breve—. Lo siento. Lo siento muchísimo. Por todo. No se me dan tan bien las palabras como a ti. O sea, nunca podría hacer algo tan bonito como esto —Indicó la música que les rodeaba— ni siquiera en mi mejor momento. Es solo… Yo no…

Cinder no pudo detener la sonrisa que le estiraba las mejillas y la risita que le pasó por los labios sin posibilidad de pararla. La naturaleza torpe de Ellis siempre había sido una parte de él que Cinder atesoraba, y el esfuerzo que estaba haciendo en ese momento para expresar con palabras algo que no podía era una de las cosas más adorables y valiosas de las que Cinder había sido testigo.

—No pasa nada, cariño. —Le pasó un nudillo por la mejilla y le dio un beso suave en la comisura de los labios—. Todos hacemos cosas de las que nos arrepentimos, y esas cosas a menudo las provocan factores que no podemos controlar, aunque pensemos que deberíamos ser capaces de hacerlo. Es una parte de ser humano.

Ellis hizo un gesto de dolor y asintió.

—Si te hace sentir mejor, por fin les dije a esas «cosas» por donde metérselo.

Cinder apartó el mentón y levantó las cejas con sorpresa.

—¿Quieres decir…? Esto ha sido todo culpa del puto Ray, ¿no? —Respiró para calmarse cuando el rostro arrugado de Ellis le dijo todo lo que necesitaba saber—. Voy a mandar a ese cabrón de una patada a…

—Se va de la ciudad y está fuera de mi vida. Para siempre. —Ellis le apretó el hombro—. Va a vender la casa de mi madre. Odio admitir que esa fue la gota que colmó el vaso, pero así fue. Cuando me di cuenta de que todo lo que había estado haciendo, todo el dinero que había gastado en la casa, que todo había sido para nada… Que había dejado que Ray me controlara y yo… yo…

—Espera. —Cinder se puso tenso mientras repetía las palabras de Ellis en la mente—. ¿Qué quieres decir con que va a vender la casa de tu madre? ¿Y qué dinero estabas gastando en ella?

Esa pizca de rosa en las mejillas de Ellis se calentó hasta convertirse en un brillo rosado, pero no evitó la mirada de Cinder.

—Sé que fue ignorante creer… Bueno, de todas formas. Ray apuesta. Se ha metido en muchos líos financieros durante años y cuando amenazó con vender la casa en la que crecí, la casa en la que vivimos mi madre y yo antes incluso de que Ray entrara en escena, entré en pánico. Es… Me sentía como si fuera todo lo que me quedaba de ella, aunque sabía que no era así. Así que acepté ocuparme de los pagos de la hipoteca si no la vendía.

De repente, Cinder entendió muchas cosas con una claridad nítida. Lo duro que Ellis trabajaba para ganarse la vida y que aun así siempre pareciera que simplemente subsistía. Lo firme que era a la hora de hacer las tareas sin fin y los proyectos de renovación de la casa que Ray le cargaba sobre la espalda, incluso aunque ya no vivían bajo el mismo techo.

Lo mucho que Ellis se estresaba sobre la posibilidad de que Ray perdiera el trabajo.

Si Ellis ya estaba pagando la hipoteca de su padrastro, ¿a qué otras amenazas se enfrentaba si Ray ya no ganaba nada de dinero?

Joder. ¿Era eso por lo que Ellis había roto con él? Habían roto la misma noche en la que habían despedido a Ray. ¿Había llegado a Ellis y le había exigido cosas que hacían que su relación ya no pareciera viable a ojos de Ellis? O peor aún, ¿le había dado algún tipo de ultimátum? Algo que había forzado la mano de Ellis aunque, en lo más profundo, no quería perder a Cinder más de lo que Cinder quería perderle a él.

—No pasa nada, cariño. Lo arreglaremos. El mundo no tiene ninguna posibilidad con nosotros juntos. Unidos como un equipo. —Cinder sonrió cuando una sonrisa dulce levantó las mejillas sonrosadas de Ellis—. ¿Puedo pedirte un favor?

Inclinando la cabeza con confusión, Ellis asintió.

—Sé que va a ser difícil para ti aceptarlo, pero significa mucho para mí así que escúchame, ¿vale?

Ellis asintió de nuevo y apretó los labios en un gesto obvio de preocupación.

—¿Dejarías que compre la casa de tu madre para ti? —Cinder levantó un dedo cuando Ellis abrió la boca para contestar—. Sé que te gusta ganarte las cosas que te dan en la vida y te admiro por ese

nivel de abnegación. Pero a veces tienes que conceder la derrota y dejar que otros se lleven la victoria. Como tu novio, por ejemplo, que de verdad quiere darte el mundo y cada vez que le niegas la oportunidad se pone un poco más de mal humor y se vuelve más desafiante.

—Yo… —Ellis sacudió la cabeza con los ojos muy abiertos por el asombro—. De verdad que no tienes que hacerlo, pero… Gracias. Gracias por entenderme mientras al mismo tiempo sabes cuándo decirme que me calle y acepte tu generosidad como un hombre.

Cinder soltó una carcajada y se alegró muchísimo cuando Ellis se le unió.

—Además, quiero decir… —La risa de Ellis se volvió traviesa y se pasó la lengua por el labio inferior carnoso—. Siempre podemos discutir el modo de compensártelo… más tarde.

No era ni el momento ni el lugar apropiado para pensar en todas las formas obscenas en las que esos labios podían usarse a modo de compensación, pero la libido rebelde de Cinder peleó con sus instintos más sabios.

—Oye, ¿en qué estás pensando? —Ellis tuvo la valentía de parecer escandalizado antes de volver a sonreír—. Me refería a un pago financiero, no a ninguna de las cosas lascivas que estaban pasando por tu mente calenturienta. —Guiñó un ojo mientras disfrutaba de los intentos de Cinder de controlar sus pensamientos —. Después de todo, me han dicho que, como tu nuevo ingeniero de sonido, tendré un sueldo bastante generoso…

—Espera. —Cinder clavó los dedos en el hombro de Ellis mientras el corazón se le disparaba—. ¿Puedes repetir eso?

Un brillo juguetón encendió los ojos de Ellis.

—He dicho, como tu nuevo ingeniero de sonido…

—Sí. Eso. Dilo otra vez. Creo que mis oídos me están engañando.

Ellis inclinó la cabeza hacia atrás y rio mientras giraba con Cinder entre los brazos.

—Tu directora de gira y la ingeniera de sonido en funciones, que ha decidido que quiere ser una mamá de carretera en lugar de seguir trabajando, me han ofrecido un puesto en tu equipo de gira.

El corazón de Cinder estaba tan hinchado que parecía que podría explotar, haciendo que se le disparara el pulso y se le calentara la piel.

—Así que estás diciendo…

—Estoy diciendo que espero que la oferta de compartir tu cama y tener algunos cajones propios en el autobús de la gira siga en pie, porque la verdad es que no me gustaría que me pillaran mandándome mensajes picantes con el jefe mientras comparto habitaciones con el personal de la gira. —Ellis se mordió el labio y arqueó una ceja de forma inocente—. Aunque si te van ese tipo de cosas, siempre podemos interpretar los papeles.

—Joder. —Cinder sacudió la cabeza, aturdido y tan enamorado que prácticamente no podía respirar—. Te quiero, Ellis Tremaine.

Apretando sus cuerpos, Cinder sonrió.

—Y yo también te quiero, Henry «Cinder» Cinderford. Con toda mi alma.

Mientras el puente entre el último verso y la última repetición del estribillo atravesaba la habitación, Cinder dejó una serie de besos suaves como suspiros sobre la mandíbula de Ellis hasta que le puso la boca sobre la oreja. A tiempo con la música que sonaba sobre ellos, le cantó el último verso directamente al hombre al que amaba.

—The tales they tale in storybooks are always so sublime. There's a happily ever after for every once upon a time. But fairy tales never do come true, at least, not until I found you.

Ellis posó los labios sobre los de Cinder y la multitud explotó con un aplauso. Riendo, Ellis enterró la cara en el cuello de Cinder.

—Pese a todo, Cinderellis continuarán juntos para vivir felices para siempre, al fin y al cabo.

---

[1] (N. de la T.) *Bendecido por el éxito, siempre estoy acompañado.*

En la carretera, nunca me he sentido tan solo.

Maldito con la fama, nunca he echado raíces.

He soñado con encontrar un hogar toda mi vida,

pensando que sería mi Nunca Jamás.
No lo entendía hasta que te encontré a ti.

Las historias de los cuentos de hadas
Siempre son tan sublimes.
Hay un felices para siempre
para cada érase una vez.
Pero los cuentos de hadas no se hacen realidad,
no lo hacían, hasta que te encontré a ti.

Huyendo de lo que siempre he conocido,
fuiste tú quien me dio refugio.
En tus brazos encontré la respuesta
a preguntas que no me había hecho nunca.
Me enseñaste cómo dominar
todo lo que me volvía loco.
Pero, sobre todo, le diste un empujón a mi corazón,
porque, hasta que te encontré, no creía en el amor.

Las historias de los cuentos de hadas
Siempre son tan sublimes.
Hay un felices para siempre
para cada érase una vez.
Pero los cuentos de hadas no se hacen realidad,
no lo hacían, hasta que te encontré a ti.

Juntos, hemos escrito nuestro capítulo,
un final feliz adecuado para siempre.

Las historias de los cuentos de hadas
Siempre son tan sublimes.
Hay un felices para siempre
para cada érase una vez.
Pero los cuentos de hadas no se hacen realidad,
no lo hacían, hasta que te encontré a ti.

Agradecimientos

Este libro ha sido una verdadera obra de amor de principio a fin. Me gustaría dar las gracias y mandarles un millón de abrazos, besos y chocolate a las siguientes personas:

Primero, a Benjamin, el mejor compañero de vida que cualquiera pudiera querer, que pone mis sueños al frente de nuestra lista de tareas y soporta mis rabietas de escritora con gracia y amabilidad. A mi madre, que me enseñó a amar la lectura desde que era muy pequeña. A mi padre y a mi madrastra, que nunca se olvidan de apoyar mis triunfos relacionados con los libros y cuyo apoyo no tiene límites. A mi hermano y su mujer, Shaila, y a sus hijas, Ava y Levi, que sin duda estarán entre mis primeras ventas, aunque Ava y Levi no podrán leer esta historia hasta que cumplan al menos dieciocho años. A toda mi familia política, que me quiere como si fuera una hija, hermana y tía de sangre. A mi Dollface, que siempre cree en mí hasta cuando más dudo de mí misma. A Becky, que lleva el amor y la devoción a una «hermana gemela» a niveles inexplorados.

A mi agente, Eva Scalzo, que tiene una paciencia interminable y siempre me apoya, y que siempre está ahí para cogerme de la mano y contestar mis correos electrónicos llenos de ansiedad, aunque ahora esté siguiendo la ruta independiente.

A mi editora, Desi Chapman, y a su personal de edición en Blue Ink Editing, LLC, que ayudaron a hacer que mis palabras fueran la mejor versión de sí mismas.

A mi increíble comunidad #amwriting de Twitter, sobre todo a mis adorables #writeLGBTQ+, que me han ayudado y han hecho que siga adelante, día tras día. A Jess, mi hermana al otro lado del océano, que me escucha cuando me quejo y lloro y que lee todos

mis libros, aunque los penes no sean lo suyo. Y, finalmente, a mi lectora alfa y mi mejor amiga, Lily, que tiene el honor de haber sido la primera persona que ha leído mis palabras no académicas. Sin su apoyo, su amor y las charlas de ánimo nocturnas, no estaría aquí hoy.

Acerca del autor

Evie Drae

Evie Drae (elle) es enfermere durante el día y une autore superventas de romance M/M por la noche. Está casade con el amor de su vida, es le madre de tres maravillosos bebés peludos y funciona casi exclusivamente gracias al café y las buenas vibraciones.

Ha sido ganadore en siete competiciones de Romance Writers of

America® (RWA®), incluyendo el prestigioso título de «Best of the Best» en el Golden Opportunity Contest en 2018. Fue doble finalista en el Golden Heart® de 2019, en las categorías de romántica contemporánea y suspense romántico, y ha sido finalista en cuatro concurso adicionales de la RWA.

Una de las cosas favoritas de Evie es animar a sus compañeres escritores. Con eso en mente, empezó los hashtags #writeLGBTQ and #promoLGBTQ en Twitter para apoyar y promocionar a autores y aliades LGBTQ+ authors and allies al mismo tiempo que proporciona un lugar seguro en el que crecer y conectar como comunidad. También ha empezado dos grupos de Goodreads para impulsar este esfuerzo. Write LGBTQ+ Beta Readers tiene el objetivo de conectar escritores con los importantes lectores beta para sus manuscritos, y Write LGBTQ+ ARC Readers hace un esfuerzo para conectar a les autores publicades con lectores dispuestos a escribir reseñas a cambio de una copia avanzada de su próxima publicación.

Libros en esta serie

Érase una vez en Las Vegas

El secretario y el luchador: Un retelling romántico gay

Adam Littrell, «La Bestia», campeón de la MMA, está preparándose para la pelea más importante de su carrera. Si gana, añadirá otra proverbial muesca a su récord de reinado como campeón. Si pierde, irá directo a la jubilación. Pero, cuando le abre la puerta a Bo Wilkins, una distracción con forma de hombre, mantener la concentración se convierte en otro tipo de lucha.

Conociendo la reputación hosca de su nuevo jefe, Bo espera ganarse el sueldo generoso que le ofrece su nueva posición como secretario residente de Adam. Sin embargo, la química hierve bajo la apariencia de una amistad inesperada, y Bo descubre que la Bestia no hace mucho honor a su nombre. Y, cuando su amor compartido por los libros les lleva a estudiar juntos, el futuro se tiñe de un color mucho más rosa.

Por desgracia, justo cuando su relación finalmente comienza a despegar, una emergencia familiar aparta a Bo del lado de Adam, y hace que lo abandone todo. Incluso a Adam.

Hasta ahora, Adam creía que la pelea más importante de su vida sería una pelea física. No obstante, con la defensa del título en la balanza y Bo alejado de él, llega a una conclusión desalentadora.

Su mayor premio no puede ganarse en el octágono.

Libros de este autor

El secretario y el luchador: Un retelling romántico gay

Adam Littrell, «La Bestia», campeón de la MMA, está preparándose para la pelea más importante de su carrera. Si gana, añadirá otra proverbial muesca a su récord de reinado como campeón. Si pierde, irá directo a la jubilación. Pero, cuando le abre la puerta a Bo Wilkins, una distracción con forma de hombre, mantener la concentración se convierte en otro tipo de lucha.

Conociendo la reputación hosca de su nuevo jefe, Bo espera ganarse el sueldo generoso que le ofrece su nueva posición como secretario residente de Adam. Sin embargo, la química hierve bajo la apariencia de una amistad inesperada, y Bo descubre que la Bestia no hace mucho honor a su nombre. Y, cuando su amor compartido por los libros les lleva a estudiar juntos, el futuro se tiñe de un color mucho más rosa.

Por desgracia, justo cuando su relación finalmente comienza a despegar, una emergencia familiar aparta a Bo del lado de Adam, y hace que lo abandone todo. Incluso a Adam.

Hasta ahora, Adam creía que la pelea más importante de su vida sería una pelea física. No obstante, con la defensa del título en la balanza y Bo alejado de él, llega a una conclusión desalentadora.

Su mayor premio no puede ganarse en el octágono.